



*Una flor
de la
Virgen*

LA HERMANA
SATURNINA CARLÓN

HIJA DE JESÚS

POR TRINIDAD MONASTERIO

UNA FLOR DE LA VIRGEN

LA HERMANA SATURNINA CARLÓN

HIJA DE JESÚS

POR TRINIDAD MONASTERIO

UNA FLOR DE LA VIRGEN

LA HERMANA

SATURNINA CARLÓN

Hija de Jesús

Por

TRINIDAD MONASTERIO

Prólogo

Del

Excmo. Sr. D. José Artero

Rector Magnífico de la Universidad Pontificia de Salamanca

Salamanca

En el Noviciado de las Hijas de Jesús

Y en todos los colegios de la Orden

APROBACIÓN

NIHIL. OBSTAT:

Dr. PEDRO DE ANASAGASTI

Censor

IMPRIMASE

CASIMIRO, Obispo Auxiliar

Vicario General.

Madrid, 18 de diciembre de 1944

PRÓLOGO

Comenzamos a leer las cuartillas que hoy salen a la luz en este libro,, porque le habíamos dicho al autor que sí, que las leeríamos y le daríamos nuestro juicio; pero no con poco temor al fin darle un juicio poco favorable. ¡Es tan difícil hacer interesante la vida de una colegiala! O por mejor decir, ¡ es tan difícil que la vida de una colegiala o de una religiosa jovencita que casi al salir del noviciado se va al cielo, resulte interesante a los lectores!.

Porque en el Colegio todo es “uniformidad”, en tanto grado, que la misma “personita”, que en cada colegiala en esa edad empieza a despuntar, apenas se la puede descubrir si no es en los recreos. Y en los recreos de las colegialas... ¿Quién es el que se detiene a descifrar en el gorjeo bullicioso de los pájaros del jardín en una alegre mañana de primavera?.

Y todo lo demás en el Colegio, lo que constituye propiamente su “historia”, suele ser solamente una serie de palabras más o menos consoladoras y e s p e r a n z a d o r a s, pero de una insoportable monotonía: “Bien, muy bien, regular, mal, bastante bien”, etc... Y esa misma monotonía y sequedad suelen tener hasta los mismos informes de los directores a los padres de las niñas. Todos igual o casi igual, facilísimos de clasificar en cuatro o cinco modelos, que siempre se repiten...

“Niñas buenas”, “buenísimas”, las hay ¿cómo no?, tal vez la mayoría. Pro con perfiles propios... con algo que excite el interés..., con algo que merezca la pena seguir leyendo...

¿Sería así el librito que me llegaba a las manos?

Desde los primeros párrafos pudimos comprender que el “autor es un poeta”. Ya es mucho, pero mucho. La poesía pone un encanto indecible en todo cuanto toca. Cuando es sincera y verdadera, claro está. Y aquí había poesía.

Pero no poesía de oropel o de imaginación; sino esta poesía espontánea y realísima, irradiaba de las cosas, y que sólo las pupilas de los poetas perciben y a través de sus obras se refleja. El librito, desde luego era hermoso y se leía con gusto.

Y que era edificante no hay que afirmarlo siquiera. De antemano suponíamos que se trataba de una jovencita modelo.

Pero en esto de la edificación también hay sus más y sus menos: Porque aquí no se trata de nada “extraordinario” en sí, o por la magnitud externa de las cosas; sino “extraordinario” por la emoción que en ellas se pone, y el amor con que se hacen y ... con que se escriben.

El autor, por lo demás, es persona cultísima, y sabe encuadrar muy bien las cosas y dar a cada una su medida. Toquecitos de erudición selecta, muy bien traídos, contribuyen notablemente a ambientar la obra, invitando al espíritu del lector a explayarse en amplísimos horizontes.

Creemos pues, firmemente que **UNA FLOR DE LA VIRGEN** se leerá con gusto y hará bien, que es lo principal, sobre todo en Colegios de niñas y en casas de formación religiosa.

Pero, y luego, ¿quién es el desgraciado que no goza mezclándose siquiera alguna vez con los niños, sintiéndose él mismo un poco niño y aspirando a sentirse cada vez un poco más niño..., imitando esos pequeñitos modelos de perfección, que el mismo Cristo, como necesarios para entrar en el Reino de los Cielos, nos propone?...

Pues esta **FLORECITA DE LA VIRGEN** tiene esa virtud: envolvernos en los gratísimos aromas de una "infancia espiritual", que tan gratos son a Dios y tanto nos ayudan a conquistar la gloria, y que ahora mismo nos llegan del portalito de Belén entre cánticos de ángeles y pastores.

La Laguna, fiesta de Noche Buena de 1944.

Fray **ALBINO G. MENENDEZ REIGADA**,
Obispo de Tenerife

SEMBLANZA MISIONAL

TERESITA DE TIERRA DE CAMPOS

Era de Villacid, la antigua villa del Cid, junto a Villalón, la del famoso Rollo, en las llanuras leonesas, tierras de pardos horizontes y anhelos conquistadores.

Iba primero, para licenciado en Ciencias, después, para Misionera; pero llegó antes al Cielo, y desde allí colmó su ilusión de ser otra Teresita.

Se llamaba Saturnina Carlón y Blanco.

Estudiaba en Valladolid primero en el Colegio-Convento de Santa María de las Huelgas Reales con su Monjas Cistercienses: luego, con las Hijas de Jesús.

Y como un manso y límpido arroyuelo se deslizó su vida breve, cuyo supremo afán era volar una pavesita consumida en amor.

-¡Oh!-dijo un día a sus amigas-.¿Qué felicidad si muriese yo joven como Santa Teresita!

Y como ella, ansió también ser Misionera.

Pequeñita era aún y en sus vacaciones del Bachillerato iba a su pueblo; paseaba preferentemente por las afueras, cara a los horizontes sin fin, y contando a sus amigas los ejemplos de Santa Teresita, las proezas de los Misioneros y las maravillas de la conversión de los chinitos.

¿Y si fueran chinitos estos rapazuelos de Villacid? Pues como si lo fueran, -y así se los imaginaba-; les enseñaba versos y cantares, les “tomaba” el catecismo y siempre, como bandada de parleros gorriones, revoloteaban en torno suyo. Hasta les enseñó más que nada con su ejemplo, a privarse de caprichos y golosinas y echar sus perrillas en la hucha de las Misiones.

A sus quince floridos abriles hizo espléndida eclosión la flor de su vocación misionera. Estaba en el Colegio de las Jesuitinas. Hubo una gran fiesta para celebrar la partida de las Misioneras a Anking. Pues ella también había de ser Hija de Jesús para irse en otra expedición a la China.

Y desde entonces sólo hablaba de Misiones y devoraba las revistas misionales y soñaba con empresas de Evangelio; y cuando tanteaba, para expansionarse confiada, el espíritu de sus condiscípulas y creía adivinar en alguna indicios de vocación, decía con alborozo:

-¡También tú estás tocada de la misma feliz dolencia!

Y fue novicia de las Hijas de Jesús en lo que llaman “Los Mostenses” de Salamanca. Ella, ingenua y encantada, escribe sus emociones:

“Por fin, tengo la dicha de poderle comunicar que me voy al Noviciado... El Instituto del cual voy a formar parte se dedica enteramente a la enseñanza en España y América: tiene dos casas de Misión en Filipinas y otra en China... ¡Lo que me ilusiona no tener que ocuparme de libros en un buen rato!...”

¡Adiós a su carrera de Ciencias! ¡Adiós su quinto de piano! Pero bien sabe que pronto tendrá que volver “a esta penitencia”. Y lo era, no por desaplicación, pues era alumna brillante y de premios, sino por temor de que con sus estudios no la enviaran a Misiones.

El ansia se le acrecentó a los pocos días de novicia. Pudo ver la entrega del Crucifijo y la tierna despedida de dos Madres Jesuitinas que marchaban a Anking para reforzar la casa aquella, de la que había brotado el “Instituto de Cristo Rey” en la vieja ciudad imperial de Pekín.

“Satur -escribió una compañera- se pasó el día llorando”. ¡Santa envidia!

Pronto pudo gustar el acíbar de un éxodo. La República, apoderada de España, hizo huir a su noviciado a tierras de Portugal. Y allí, cuando para explicar el Catecismo a los “portuguesinhos” se veía mal con su menguado conocimiento de la lengua, se esforzaba y se gozaba pensando que era una experiencia preliminar de su Catequesis en el Celeste Imperio.

Todo lo reducía Hermana Sátur a su preparación de Misionera. Pedía a la Hermana Enfermera que le enseñase a poner inyecciones: “porque eso es muy necesario en China”. Y el día que puso la primera le dijo la Hermana:

-Hágase la idea de la pone a un chinito.

-Sí; ya puedo ayudar en algo a la Hermana Herminia en su dispensario de China.

Tenía una hermana Bernarda en las Huelgas Reales de Valladolid; también con ellas cambiaba sus impresiones apostólicas y la escribía:

“No tenéis el calendario de Misiones? Está lindísimo. Vienen nuestras Hermanas: Ya conocerás a la Madre María; es la que está haciendo la señal de la cruz a un chinito; están monísimas.”

Ella sí tenía el calendario, y enviaba sus grabados de propaganda a sus familiares. Hasta las otras novicias se privaban de ellos para dárselos a la Hermana Sátor, pues le edificaba y emocionaba el ver con qué cariño estampaba un sonoro beso en aquellas chatillas desarrapadas a la puerta de un Orfanotrofio, y exclamaba, encendida en afecto misional:

-¡Mira, qué riquiñas...!

Por ellas sueña dar su vida, derramar su sangre.

“Pero esa dicha tan grande del martirio, escribiré, sólo la concede el Señor a algunas almas; no sé si algún día, por su misericordia, nos la concederá a nosotras”

Sí; a ella se lo concedió, pero no de sangre. Un martirio lento que la iba consumiendo, como lámpara votiva, en holocausto de ardores misionales.

-Qué virtud ha procurado más particularmente?-le preguntó la Madre Procuradora.

-La del amor, Madre.

Y por amor a Jesús y a su Madre Inmaculada, la Hermanita languideció. Y en su enfermedad sólo una duda la angustiaba: si había de pedir una pronta muerte para ir a gozar en plenitud de Jesús y María, o si sería mejor sanar para llevar a las Misiones sus anhelos de Apostolado.

Un momento pareció que las Misiones sus anhelos de Apostolado.

Un momento pareció que las Misiones triunfaban y la salud iba a retornar. Mas, ¡ay!, que la flor se agostaba a los ardores del Sol divino!. El día de San Francisco Javier la dieron los Santos Sacramentos. En su fiebre hética soñaba estar ya como Javier en Sanchón y que por los chinos iba a morir a las puertas de su tierra!.

Y escribía la Rvdma Madre General:

“Es un angelito; no cesamos de pedir y ofrecer especiales oraciones por su curación pero ella dice que está segura de que se va al Cielo, a ser desde allí Misionera, como Santa Teresita, con alguna pena de no haber podido morir en China, según su devoción hacia aquellas almas; siempre, ante todo, respetando y amando las disposiciones divinas. Está de aspecto y semblante monísima con su habitual sonrisa y carácter de siempre: nos perdemos una verdadera joya”.

No podían resignarse a perderla. Y la argüía una Madre para que “consintiera” en quedarse.

-¡Vaya, vaya! ¿Cómo se quiere ir al Cielo si aún no ha hecho nada para ganarlo?

-A mí, Madre, me lo regalan.

En efecto: ya sabía nuestra Misionera en flor que había de ser pronto trasplantada al Cielo.

-Pida usted mucho por mí, que me voy a morir –dijo a una Hermana.

-¡Ah, pero ¿ya no quiere...?

-Sí; lo que no quiero es ir contra la voluntad ajena. Antes decía: A China o al Cielo; ahora ya lo veo: A China desde el Cielo.

Ya sabía los prodigios de Santa Teresita, que desde su Lisieux recoleto derramó las torrenciales lluvias de sus rosas sobre todos los Misioneros. Y meditaba la fin de su vida en el dogma consolador, estimulante, de la Comunión de los Santos. Todos sus actos de amor, todos sus sacrificios, el ofrecimiento de su vida por las Misiones inyectarían raudales de vida sobrenatural, que harían mil veces más fecunda la predicación de los apóstoles.

Y para sensibilizarlo de algún modo se creía ya en el Cielo, entrando a hurtadillas, colocándose a los pies de la Inmaculada, y desde allí, las gracias de María a los Misioneros, y sería el “botones” de la Virgen.

Así, pues, anunció ya definitivamente, poco antes de morir, sus designios:

-Iré a China, antes que ninguna de mis compañeras.

-¿Cómo?...

-Sí; misionaré desde el Cielo...

Espigando en esta bella biografía he trazado la silueta misional de la Hermana Saturnina.

Es una de las facetas lucientes y simpáticas e esta “Flor de María”.

Pero quien quisiera contemplarla en toda su belleza, quien quisiera aspirar todo su aroma, adéntrese en el vergel que le ofrece en estas páginas. Trinidad Monasterio. Esta dice muy bien que en la Hermana Sátor se apreciaba aquel no sé qué indefinible, que es precisamente el buen olor de Cristo.

Para que la Vida no desdijera de la biografiada se ha escrito en un estilo sencillo y reposado, como de suave lectura espiritual, con glosas discretas y ceñidas, citas de oportuna ejemplaridad ascética y consideraciones que ponen de realce la sublimidad de unas virtudes practicadas con cristiana sencillez.

Todo va fluyente; nada conciso y apretado: así es que deja una impresión sedante de paz de conciencia, de felicidad en el dolor, anhelos sin inquietud amor divino sin intermisiones.

Yo no sé cómo recomendar mejor la lectura de esta Vida, que diciendo que al dejarla de las manos se siente uno mejor y con ansias de más puros afectos e ideales.

Sobre todo para la juventud estudiosa y para las vocaciones en flor será una lectura la más edificante y provechosa: todo juntamente con la simpatía amenidad; porque aquí hablan los hechos y habla la fervorosa biografiada. Y los hechos den su aparente sencillez, son tan heroicos, y las palabras, en su espontaneidad epistolar –jamás soñaron en verse impresas–, son tan fervorosas, tan encendidas, que a su contacto es imposible no sentir ánimos de imitación, ni dejarse prender en esos místicos ardores que hicieron un Serafín de la angelical Hermana Sátor.

¡Qué bella galería de esta juventud fervorosa y edificante –santa diríamos, si no fuera que parecíamos prevenir el juicio de la Santa Iglesia Jerárquica– la que nos están

dando las Hijas de Jesús! Con Hermana Sátor forman un tríptico aquella tolosana Hermana Antoñita y la brasileña Hermana Marisa, en tres libros cuya contemplación será la más fecunda en vocaciones, heroísmos y sólidas virtudes, que se pudiera presentar a la juventud femenina de nuestros tiempos.

José Artero

INTRODUCCIÓN

“LA ORACIÓN DE LAS COSAS SENCILLAS”

Las criaturas inanimadas son también obra del Divino Amor. Dios pensó en ellas desde toda la eternidad a otras sin cuento que nunca vendrán a la existencia; se complació al crearlas porque “vio que eran buenas”, y se recrea de continuo al mirarlas, porque obedecen a sus mandatos como servidores sumisos e instrumentos dóciles de su Providencia. “Dios se sonríe haciendo salir el sol todos los días; Dios se goza repartiendo a manos llenas los dones naturales; Dios se alegra cada vez que una flor exhala su aroma...” (Manjón).

Por su parte, todo lo criado eleva al Altísimo oración no interrumpida, reflejando en sí las divinas perfecciones y utilizando como lengua la vistosidad de sus galas, la magnitud imponente de su mole o su imperceptible fluidez que todo lo invade y fecunda.

Los cielos cantan sus gloria; el sol, su beneficencia, el océano, su inmensidad; la tempestad, el poder de su justo enojo; la fecundidad de los campos, su munificencia; los montes, su majestad. La variedad incalculable de las criaturas menores; hierbas, flores, insectos y avcillas pregonan las riquezas inagotables de Dios y su ternura paternal, que no sólo proveyó al hombre de lo necesario sino que sembró de encanto nuestro destierro, y cuidó de nuestro regalo con la dulzura de tantos frutos como distribuye profusamente, según las estaciones.

Las almas santas, que son entre todas las más delicadas, perciben dentro de sí, este himno de alabanzas que entonan a Dios sin cesar las criaturas; vibran al unísono con ellas y se les unen arrobadas en mística adoración. “No la podremos sacar de aquí – decía Santa Teresa una de sus monjas - , que con esta diversidad de flores y el encanto de los pajaritos se está toda deshaciendo en alabanzas de Dios”. Y la misma santa Madre escribe de sí: “Aprovechábame a mí ver campo, agua, flores: en estas cosas hallaba yo memoria del Criador; digo que me despertaban y recogían y servían de libro.”

Concierto humano

En el mundo de las almas no reina por desgracia el orden admirable que observamos en el universo material. Los hombres forman por sí solos un mundo aparte que supera en excelencia al de los seres sensibles, como es espíritu y la razón aventajan a la materia y al instinto.

¡Quién puede ni remotamente imaginar la belleza del concierto que hubieran formado todos los hombres sin la caída original! Adornados con la gracia, dueños de sus apetitos, libres del dolor y de la muerte, reyes efectivos de la creación, y concededores de sus misterios; hubieran vivido entre sí en paz perpetua y levantarían a Dios de continuo el corazón y las manos sin mengua de su albedrío, pero la misma espontaneidad con que el prado se viste de flores y entonan las aves sus gorjeos.

El pecado secó en su raíz tanta belleza y felicidad.

Las almas sencillas

Hay, con todo, algunas almas que guardan los rasgos esenciales de la justicia original; son los niños y las almas sencillas. “Gracias sean dadas a Jesucristo, dice el Cardenal Newman, que al devolvernos lo que Adán nos hizo perder, *la vestidura de la inocencia*, nos ha enseñado el don de la *sencillez...*: esa sencillez de espíritu que brota del corazón entero unido a Dios..., del corazón sin pecado, del corazón virgen que tiene serena la frente, y el mirar puro, que no sabe lo que es un pensamiento doblado, ni envidia ni temor”.

Una de estas almas

Una de estas almas, a la letra, fue Saturnina Carlón, cuya breve historia quieren recordar las páginas que siguen.

En esta “Flor de la Virgen”, como en sus hermanas las flores del campo, todo es sencillez y espontaneidad; todo surge del interior, sin esfuerzo aparente ni sombra de artificio; todo es llano y corriente, al mismo tiempo que original e inconfundible, como lo es a cada flor su aroma y propios colores.

Sus compañeras dicen que con sólo vivir a su lado se consideraban felices, y que sin sentirlo se hacían mejores; pero su benéfico influjo radicaba en algo tan sutil e impalpable que ellas no podían precisar ni menos copia en sí. La afabilidad de su trato, su sonrisa constante, los actos más comunes de su vida llevaban en su misma sencillez un sello tan claro de novedad, que a un tiempo admiraban, atraían y casi desconcertaban.

Secretos

Santa Teresa de Jesús con su perspicacia de mujer lista, y con los ardores de su amor seráfico, adivinaba que en todas las cosas, aun las menos aparentes, “*debe haber hartos secretos*”, inadvertidos para el común de los mortales, que andamos entre ellos “*como unos pastorcillos bobos*”

También sus compañeras barruntaban en lo profundo del alma de Saturnina ciertos secretos que explicasen lo que en ella resultaba inimitable, sin dejar por eso de parecer insignificante y corriente. “Muchas veces dije, escribe una de ellas, que

Hermana Saturnina tenía *algo de cielo* que no se podía imitar. Si “eso” pudiera trasladarse al papel, ello sólo “**cautivaría**”.

Lo menos imitable es precisamente lo más natural: brota del interior, y se resiste a toda copia, siempre artificial.

El secreto de Saturnina estaba en no tener secretos; en obrar sin fórmulas, y crecer como las otras flores, olvidadas de sí, merced a los jugos que les presta la tierra, y a los efluvios que les envía el sol desde el cielo.

Un apólogo.

Acaso nada explique mejor el secreto de estas almas sencillas que el apólogo de un ilustre poeta español de nuestros días. En su libro “A la rueda rueda ” trae Don José María Pemán una narración primorosa, cuyo protagonista es un frailecito lego de alma ingenua que, en un atardecer misterioso y grave, cuando menos pudiera esperarlo, se siente invadido por cierta inquietud congojosa, mezcla de envidia y desconfianza, la cual le pone a peligro de perder el tesoro inapreciable de la paz interior.

Por fortuna, a falta de maestro que le tranquilice, mira en derredor suyo para consultar aquella tentación con las humildes criaturas, y éstas, con su mudo lenguaje, le dan cumplida respuesta.

Pero... el Señor Pemán lo cuenta mucho mejor:

Por eso su vida se parece tanto a la existencia de las cosas sencillas.”

Por eso también en la vida de Saturnina

“Todo es paz y orden”

¡Todo deletrea como una oración!

¡La oración de las cosas sencillas

que obedecen humildes a Dios!”.

I

“ FLOR DE LOS CAMPOS”

INFANCIA DE SATURNINA

Saturnina Carlón Blanco vino al mundo en un pueblecito de la Tierra de Campos.

Fue una más entre las flores otoñales que en 1915, puso el Señor en esta tierra austera y solemne, abierta a todos los soles y a todos los vientos, rica en frutos, pero avara en flores; a no ser las que a despecho de sus habitantes crecen silvestres entre los trigales y majuetos para poner un punto de belleza en la vida ruda de los aldeanos y decirles que, como ellas levantan sus corolas, eleven ellos los ojos al cielo y esperen allá el descanso y el premio de sus duras labores.

Diseminadas por la vieja meseta, a corta distancia unas de otras, descansan silenciosas muchas aldeas, las cuales, vistas de lejos parecen oasis minúsculos en la monotonía de un paisaje que, según las estaciones, es verdor de promesas cercanas, dorada amarillez de frutos en sazón, o rastrojos adustos con arrugas de madre cansada. Conocidos de cerca, estos pueblos son remansos de paz y sosiego, sólo turbados por los juegos bulliciosos de los niños, y las labores tranquilas de sus madres y hermanas mayores.

Todos los trabajos fatigosos se realizan fuera del recinto aldeano; el labrador pasa en el pueblo solamente los días festivos y las horas dedicadas al descanso y a las suaves efusiones del hogar terminadas las faenas diarias, y libre ya de cuidados. Por eso su modesta casita de adobe y tapial, las calles tortuosas y las plazas polvorientas de su aldea tiene para él más encanto que los jardines artificiales y tantos lugares de recreo como abundan en las ciudades modernas; donde se cruzan sin conocerse los que buscan legítimo descanso, con los vagos impenitentes; y donde a veces andan mezclados niños candorosos con maleantes de profesión.

Villacid de Campos

Uno de estos pueblecitos es Villacid de Campos o Villa del Cid, como se la llamó hasta 1500 con nombre sonoro y evocador.

Está enclavado Villacid en el corazón mismo de la Tierra de Campos, en las márgenes del río Navajas, afluente del Valderaduey; colinda al norte con Gordaliza de la Loma, al mediodía con Cuenca y Celinos de Campos, al poniente con Vecilla d Valderaduey, y al oriente con Villalón de Campos que es la cabeza de partido y el centro de comunicaciones y de la vida industrial y comercial de todos los pueblos comarcanos.

La historia de Villacid se funda en la de su región. Perteneció al señorío del Almirante de Castilla y a finales del siglo XV la adquirió por compra don Álvaro de Osorio, nombrado poco después Mayordomo Mayor del Emperador Carlos V.

Este ilustre personaje debió estimar mucho a sus vasallos de Villacid, pues se edificó entre ellos un palacio-fortaleza, del que aún perdura una torrecilla en la parte alta del pueblo conocida con el nombre de “el Cubo”. Además en 1497 cedió al Concejo y vecinos, un censo perpetuo, las heredades que él había adquirido, y emprendió con gran cariño la reforma de la iglesia parroquial, ya amplia y bella: la cual se alza majestuosa como edificio central, a cuyo amparo se cobijan como simples anejos, las demás viviendas. ¡Magnífico símbolo de la majestad de Dios, que mora en dulce hermandad con los hombres sin menoscabo de su grandeza!.

La iglesia es la joya de Villacid. El presbiterio de amplísimas proporciones y solidísima construcción, fue lo único que pudo reformar don Álvaro, **pues le sobrevino la muerte en 1557, fecha en que acababa de construirse. Los restos mortales de este prócer descansan al lado del Evangelio. Junto con los de su esposa. En el de la Epístola están los de D^a Teresa de Fonseca, señora de Villanueva del Campo, y probable protectora del templo.**

Hasta la época de la desamortización hubo dos capillas, adosadas a la iglesia pero con capellanes propios, y vida independiente entre sí y del templo parroquial. En el pasado siglo, éste se agrandó aún más, al derribarse los muros que la separaban de las dos capillas, y formar con ellas un solo cuerpo de edificio.

En su interior alberga hasta once retablos en los que se destaca el mayor, por su grandiosidad. Hay profusión de imágenes, algunas no desprovistas de mérito artístico, particularmente el Santo Cristo de los Pizarros, junto con la Virgen y San Juan que le acompañan. El titular de la Iglesia es el misterio de la Asunción de la Virgen, representado en el centro del retablo por una imagen gigantesca.

Valiosos artesonados cubrieron sus naves, hasta que el mal gusto del siglo XVIII los ocultó con bóvedas de yeso: al quererlos descubrir recientemente, se los encontró muy deteriorados o del todo perdidos.

A un kilómetro del pueblo se halla el santuario de Nuestra Señora de Bustinillos, patrona del lugar, en cuyo patrocinio tuvieron fe ciega durante muchos siglos los vecinos de Villacid, como prueba la multitud de exvotos que cubren las paredes del santuario. Hoy renace su devoción, gracias al fervor de un sacerdote joven, hijo del pueblo, a quien debemos los datos que preceden, de escasa importancia, ciertamente, para la historia del mundo, pero que nos ayudarán a conocer el ambiente donde germinó, y donde corrieron los primeros años de nuestra florecita.

Dos fechas, dos vidas

El 16 de Octubre de 1915 nació en Villacid Saturnina, o *Sátur*”, como la llamaban con abreviación familiar y cariñosa, cuantos la trataron en la intimidad.

Era el tercer retoño de una familia patriarcal de ricos labradores, que conservan todas las virtudes de su raza laboriosa y cristiana a carta cabal.

Como regalo de la tierra que la vio nacer, endurecida casi siempre por los ardores del sol, o por las largas heladas de invierno, sintió Sátur toda su vida atractivo por lo extremado y heroico: su genio se avino mal con las temperaturas tibias de lo vulgar y corriente.

De los horizontes sin linderos a que se acostumbraron de pequeñas sus ojos, le quedaron las aspiraciones ilimitadas y ansias de apostolado entre infieles. De sus paisanos conservó siempre la gravedad, sencillez y nobleza ingénita, virtudes que, si bien tomaron formas diferentes según las épocas distintas de su breve paso por el mundo, nunca se eclipsaron en su conducta.

El día 30 del mismo mes recibió la niña el santo bautismo, segundo nacimiento más glorioso, y sin comparación más estimable que el primero. Así lo reconoce el pueblo sencillo, que festeja con grande alborozo, no el día en que ve la luz del mundo un descendiente de Adán, pecador y condenado a morir, sino aquel, en que regenerado por la gracia, nace un nuevo hijo de Dios destinado por siempre a la gloria del cielo.

En la alegría por el bautizo de Sátur, como ocurre generalmente en su aldea, participaron no sólo sus familiares, sino todo el vecindario y especialmente los niños

que asistieron en masa vitoreando a la nueva cristiana y recibiendo en cambio dulces y monedas distribuidos a voleo por los padrinos.

Al volver de la Iglesia, la “Florecita” silvestre venía injertada en el Árbol de la Vida, que es Jesucristo y desde entonces, dos vidas se desarrollan en su ser frágil y diminuto: una se sostiene con el dulce néctar del amor materno, la otra, con la gracia divina, que brota de Jesús por los Sacramentos.

Sólo seis meses contaba Sátor cuando llegó a Villacid el Señor Obispo para administrar la Confirmación. Sus padres hicieron de padrinos para todos los niños del pueblo y ella fue también confirmada. Por cierto que el no poder estar con su madre, fue causa de que pasase llorando toda la ceremonia. Aunque incapaz de comprender la grandeza de este Sacramento, el Espíritu Santo perfeccionó la gracia del bautismo, infundió la perfección de la vida cristiana en aquella existencia tan débil, y tomó para siempre posesión de un alma, que, a lo que podemos creer, jamás había de perderle por culpa grave.

Fue creciendo.

La “flor” fue creciendo al amor de un hogar cómodo y desahogado, entre los cuidados de sus padres y las caricias de los dos hermanos mayores. Nada extraordinario se notó en su primera infancia, si no es el apego excesivo que sentía hacia su madre, de la cual era imposible apartarla sin que se deshiciera en llanto. En sus brazos **paseó muy pronto las calles del pueblo, salió a las afueras a respirar el aire sano y se alargó a las aldeas vecinas, sobre todo a Melgar de Abajo, donde residían sus abuelos maternos.** En brazos de su madre frecuentó la Iglesia y clavó muchas veces sus ojos inquietos en los de aquella otra Madre que tiene los suyos fijos en el cielo adonde se dirige. En brazos de su madre aprendió a persignarse, a balbucir las primera oraciones y también a ser respetuosa y humilde con todos los que se acercaban.

Así poco a poco fue abriéndose a la vida aquel cuerpecito menudo que mostró muy pronto gracia y singular hermosura, y afinándose el alma en las cosas de Dios y del espíritu.

Pero todo ello sin exquisiteces ni melindres: en cuanto pudo valerse por sí misma, empezó a gatear y correr por toda la casa, dando pruebas de excesiva movilidad. Por suerte suya, la casa de sus padres era grande, con salas amplias y corales bien poblados donde los pequeños pueden a sus anchas saltar, reír y jugar sin graves molestias para nadie. Sátor aprovechó estas ventajas que pronto le parecieron pocas, y por eso acompañada de sus hermanos, se alargaba a las eras o jugaban en las calles que en Villacid son anchas para el escaso número de transeúntes, no ofrecen peligros de pérdida o atropello, ni presentan a los niños escenas inconvenientes. Así Sátor se crió ágil y sana, se saturó de luz y aire puro y fue el encanto de su familia y de todos los vecinos del pueblo, a los que conoció pronto por su nombre o apodo, y a los que encantaban con su gracia de criatura vivaracha y juguetona.

Tan pronto como supo hilvanar unas frases empezó a contar con su media lengua las peripecias del día en sus juegos, y a repetir las historietas que oía a los mayores, acompañándolas de gestos graciosos y de animadas figurillas de animales que formaba con el pañuelo, y a las que hacía correr en la mesa con singular donaire.

¿Qué pensáis será esta niña?

Muy niña frecuentó Sátor la escuela de su pueblo: allí pasó muchos meses canturreando el b, a, ba; divirtiéndose con las bodas del contador, repitiendo a grito pelado la tabla de multiplicar y las principales oraciones. Manifestó ya entonces facilidad en el manejo de los números; en lo demás no pasó de escolar corriente. Pero no era la escuela el ambiente preferido de Sátor: ella necesitaba mucho aire y movimiento. Se estaba quieta de ordinario, porque era educadita y naturalmente sumisa, pero aguardaba con impaciencia la hora de verse libre para entregarse en cuerpo y alma a los juegos de su edad, sobre todo los más movidos, en los que hacía gala de su garbo y agilidad: como el escondite, la comba y diábolo. En los juegos mostraba Sátor sobre todo, la riqueza exuberante de su natural, no siempre ordenado, pues sus travesuras, sus gritos destemplados y las quejas de sus amiguitas mostraban que la futura “Hija de Jesús” había tenido **su parte en la herencia que nos legó nuestra primera madre; es decir**, que Saturnina en su infancia se mostró legítima...

Hija de Eva

Además de su excesiva movilidad, que hacía que la calificasen en casa de niña “trasta” e impertinente. Sátor mostró pronto su genio dominador, nacido para mandar más que para obedecer. Sus hermanos tenían que avenirse a todos **sus caprichos y ellos y sus compañeras había de jugar a lo que Sátor ordenaba; y si había contradictores, o en la partida juzgaba** heridos sus derechos, se mostraba altanera y acudía a todos los medios para defenderse.

Otros antojos mostraba de mil maneras: si su madre creía oportuno dejarla en casa cuando salía a alguna visita, se quedaba llorando, con muestras de gran disgusto, sobre todo si acompañaba a la madre alguno de sus hermanitos. Seguramente consideraba esto como una preferencia, que se le hacía insoportable: ella quería concentrar en sí la estima y el cariño de cuantos la trataban. En cierta ocasión una de sus tías la mandó por unos sellos al estanco; Sátor se dispuso a cumplir el recado, pero no sin antes dirigirse a su madre y decirla en voz alta, con tono entre sentencioso y dolorido:

-Mi tía es muy lista; a Clarita (su hermana mayor) la quiere más, y a mí me manda hacer las cosas.

Eran celos infantiles, o como dicen en su pueblo, “pelusilla”.

Por fin, desde sus primeros años fue pulcra y cuidadosa en extremo del vestido y de su persona. El instinto de agradar y parecer bien se desarrolló muy pronto en esta niña, y si la educación más tarde no hubiese cambiado por completo esta inclinación tan frecuente como perjudicial a la piedad verdadera, habría encontrado en ella el

grave obstáculo con que tropiezan tantas doncellas cristianamente formadas. Se lavaba con mucha frecuencia, y nunca sin echar en el agua algunas gotas de colonia, u otra esencia olorosa. No soportaba vestidos desaliñados, y si su madre la forzaba a ponerse un delantal u otra prenda que no estuviese perfectamente ajustada, concluía por obedecer, pero con muestras visibles de repugnancia y mal humor. Esta vanidad inconsciente era lo que sobre todo hacía exclamar a su madre algunas veces preocupada y temerosa: ¡En qué vendrá a parar esta niña!”.

Hija de Jesús

Andando el tiempo, la única ambición de Sátor, será poderse contar entre las “Hijas de Jesús”. En su infancia, rezaba con gusto sus oracioncitas antes de acostarse, acudía al rosario y a la santa misa con frecuencia, se preparó a los siete años como mejor supo a la primera Comuni3n, y desde entonces siguió comulgando en las principales fiestas; pero sin que se manifestara en ella la piedad precoz de otros niños privilegiados.

Con todo, Jesús obraba a escondidas en su alma inocente,, y poco a poco fue curándola de sus defectillos y desarrollando las virtudes naturales con que se había dignado enriquecerla. Entre ellas estaba la bondad. Exceptuando los breves ratos de mal humor, dicen sus amiguitas de entonces, era muy buena y cariñosa con todos. Con los de su casa lo era en extremo: si su madre se veía obligada a guardar cama por alguna indisposici3n, Sátor no se apartaba un instante de su lado, y a las amigas que la invitaban a jugar, les contestaba:

“¿Voy a dejar sola a mi madre estando enferma?”.

Allí se quedaba hasta la hora de acostarse, y entonces no se apartaba sin darle nuevas pruebas de cariño y arreglarle mimosamente la ropa. Este afecto se extendía a todos, incluso a los sirvientes. Cuando su padre amonestaba en tono agrio a los criados y gañanes, a ella le dolía tanto que se le saltaban las lágrimas.

Era noble y sincera en todo: no mentía ni ocultaba lo que pudiera acarrearle alguna reprensi3n, y no podía soportar que en su presencia se denigrarse a nadie. Si oía hablar de un ausente, inmediatamente interrumpía o con estas o parecidas expresiones:

“No tanto”, “no exageréis”, “no digáis mentiras”.

Esta costumbre de excusar a todos la conservó siempre, y es prueba clara de su corazón bondadoso y compasivo.

En resumen.

El Señor hizo de Sátor una criatura noble y franca, ardorosa, decidida y hasta un poco violenta. Lo primero en su primera infancia, cuando el candor infantil no ponía freno a la espontánea manifestaci3n de sus defectos y cualidades, que después cuando empezó a gobernarse por raz3n, y a obrar por virtud, siempre dio muestras de carácter entusiasta y tenaz, corazón afectuoso e inteligencia clara; lo cual, unido a la esbeltez del cuerpo y a un rostro noble y dulce, le hubiera puesto en condiciones de ejercer en su derredor irresistible influencia.

Andando el tiempo, pudo Sátor haber **limitado sus aspiraciones a brillar en el mundo; y terminados sus estudios universitarios, la hubiera sido fácil conseguir envidiable posición. Pudo también consagrar al servicio de Dios los dones que de El graciosamente había recibido.**

Cuando llegó su espíritu a pleno desarrollo y se le presentaron estas opuestas perspectivas, su nobleza innata, no empañada por la culpa y orientada por la fe, escogió la mejor parte: estos caracteres ardorosos y tenaces presentan a Jesucristo la materia más apta para que Él se elija sus apóstoles o enviados.

Con las Hijas de Jesús de San Bernardo

Durante más de diez años Saturnina fue verdadera flor de los campos, que recibe la lluvia del cielo cuando el Señor la envía y crece espontánea con los auxilios corrientes de la gracia.

Sus padres quisieron cuanto antes proporcionarle las atenciones esmeradas de que son objeto las flores de jardín y como en el pueblo era imposible conseguirlo, le buscaron en Valladolid un colegio cristiano.

No necesitaron discurrir mucho sobre la elección; pues hacía ya cuatro años que Clarita estaba educándose , con plena satisfacción de todos, en el Colegio-Convento de Santa María de Huelgas Reales, que las Religiosas Cistercienses tienen en la capital castellana.

Contraste

En abril de 1927, al reanudarse el curso después de las vacaciones de Pascua, partió Sátor de su pueblo, llena de alegría bulliciosa, para iniciar su nueva vida de colegiala interna.

El encanto que le habían producido sus excursiones a Valladolid los días de feria, las atenciones que la habían prodigado las monjas en las visitas a su hermana, y el deseo de aprender a bordar, pintar acuarelas y tocar el piano, le habían llenado el alma de halagüeñas ilusiones.

Los primeros días que pasó en el colegio respondieron bastante a estos sueños dorados. Pero el escenario había cambiado para ella de modo demasiado brusco: la transición del campo al convento es muy violenta; y así, al cabo de pocos días la florecita se puso mustia. El influjo benéfico que a la larga experimentó con la mudanza, se fue obrando insensible y perezosamente en su alma, como se abre el botón de una rosa, la cual se ajaría, quizá sin remedio, si alguien con mano impaciente quisiera acelerar su plena floración.

En el colegio se vio Sátor atendida, cómoda, casi mimada; pero también enjaulada. Echó de menos la libertad con que se había movido hasta entonces como pájaro suelto, y se aburrió pronto de la monotonía del reglamento, de tanto silencio y tantas horas de estudio. Su hermana, en cuyos brazos venía a arrojarla desilusionada, logró consolarla con la proximidad de las vacaciones estivales; pero su pena y su llanto

no tuvieron límites, cuando su padre tomó la inesperada resolución de llevarse solo a Clarita y dejar a Sátor en el convento para que no perdiese lo que había aprendido en aquellos pocos meses, ni se viciara más todavía con tan largo descuido de los libros.

Acomodación

Cuando se vio en el convento sin su hermana ni vacaciones y casi sola, lloró de continuo varios días; pero al fin comprendió que era inútil tanto trabajo y buscó un acomodo. Fue la primera batalla consigo misma, en la que salió plenamente victoriosa.

Por no disgustar a las Madres empezó a mostrarse conforme y aun satisfecha; y llevada de su natural complaciente y agradecido enderezó hacia ellas el afecto de su noble corazón y trató punto a las monjas en el colegio con la misma familiaridad que en casa a sus padres. Les contaba con su peculiar gracejo historietas y chascarrillos que las Madres reían de muy buena gana, y así se granjeó las simpatías de todas, a lo que contribuyó también el gusto con que se daba a la piedad; pues “desde el principio, dice la Madre Prefecta, obedientísima, respetuosa, dócil y piadosa, con piedad sencilla, pero no común, en todas las prácticas de devoción”.

En el estudio, en cambio se molestaba lo menos posible. Y tenía sobre este punto su filosofía personal:

¿ Para qué estudiar tanto?(decía a las monjas). Para vivir en su pueblo no hacía falta saber tantas cosas como allí querían enseñarla.”

Y para Sátor por entonces no había otra inspiración que vivir la vida de campesina de su aldea.

En cambio, “nunca deshacía los juegos ni la unión de sus compañeras”, dicen las Madres. Al contrario, se daba arte para organizarlos a veces fuera de tiempo, y, si lograba burlar la vigilancia, incluso se entregaba a algunos poco reglamentarios y nada conformes con el retiro monacal.

Las fotografías de entonces nos la muestran en su rosada hermosura de diez a doce abriles, ya mimosa, ya en cierta actitud de travesura inocente e inquietud retozona, ya también satisfecha de sí un poco arrogante y atrevidilla.

En casa, sus padres se quejaban de su poca aplicación al estudio y de aquellos humos de niña presumida, que iban en aumento. “Recuerdo muy bien, dice su tía, que nos llevó una vez su padre a los toros; estrenó Sátor aquel día un vestido que le caía admirablemente, y ella se complacía en verse tan mirada, y se miraba a sí misma con íntima satisfacción de verse tan guapa”.

“Con flores a María”

El fervor religioso se orientó como naturalmente en el corazón de esta niña tan hambrienta de cariño y tan afectuosa con su madre terrena, hacia la Santísima Virgen. Mucho ayudaron a estas disposiciones naturales el ejemplo y las enseñanzas de sus maestras, las Hijas de S. Bernardo, al cual bebió su ternura filial a la Virgen, en la fuente

misma de sus purísimos pechos. Sátor se recreaba oyendo contar los favores de alma y cuerpo que hace la Virgen a sus devotos; rezaba con fervor de ángel el santo Rosario y las demás devociones; pero su mayor contento era recoger las flores más lindas que encontraba para adornar sus altares. Y no siempre supo juntar su devoción con el respeto a la disciplina, como en esta ocasión, según relata una Madre de Huelgas: “Tenía Sátor sus rasgos de intrepidez: en una ocasión, con otra compañera su igual, subió por una ventana cuya reja caía encima de un tejadillo, y saltando ventana y tejado descendieron a hurtadillas al jardín, que estaba cerrado, para coger lilas con que adornar el altar de la Virgen, pues era en el mes de mayo”.

Estos actos de intrepidez eran en ella comunes, sobre todo cuando el amor los impulsaba.

La voz de las campanas

La hermana mayor de Sátor daba ya por entonces tales muestras de vocación religiosa, que las monjas solían llamarla cariñosamente la “Madre Priora”. El contraste que ofrecía su seriedad con las travesuras de Sátor les daba ocasión de divertirse a veces preguntando a ésta si también quería ser monja. Ella con inocente desenvoltura y un gesto de dulce desdén contestaba:

“¡Ay Madres ¡, a mí todavía no me ha dado San Bernardo el cachavazo”.

Las monjas reían la ocurrencia con todas sus ganas.

Pero otras veces con más sinceridad, aunque con no menos risa de las Madres contestaba:

“¡No crean Madres! Cada vez que oigo la campana de ese convento de enfrente, siento en el corazón una voz muy adentro que me dice: *aquí, aquí*”.

Cerca de las Cistercienses tienen la Dominicas su convento del Corpus Christi: de este convento era la campana que oía Sátor, y que “la robaba el corazón”, como decía también otras veces. Si sonaba esta campanita en lo más animado del recreo, repentinamente Sátor se paraba hasta que concluía el repique. Y lo curioso del caso es que no fueron estas llamadas sentimiento pasajero, ni parecen capricho infantil. Andando el tiempo no se contentaba con interrumpir los juegos, sino que, con su soltura y agilidad peculiares, se encaramaba por las rejas de un balcón y permanecía embelesada escuchando el misterioso repique. Algunas colegialas se figuraban que era una de sus travesuras, y la tiraban de la falda para que bajase; pero sus íntimas, tomando su defensa: Dejarla (decían), que está escuchando la campana de Corpus Christi.

En realidad Dios la quería ya para sí; ella no se daba cuenta exacta, más en lo secreto de su alma había aceptado ya la invitación. Por entonces nació su hermanita pequeña, y al dar cuenta del acontecimiento decía a las Madres:

“¡Eso es! Cinco hermanas, como Teresita, las cinco religiosas y las cinco santas.

Pero Sátor no sería monja encerrada en las Huelgas ni en el Corpus, sino donde tuviera campo inmenso para sus ansias de luz, vida y movimiento.

Lágrimas de contrición.

El segundo año de su permanencia en las Huelgas, hurtando la vigilancia de la Madre Inspectora, Sátor y otras amiguitas suyas se entregaron a algunos de aquellos juegos arriesgados en que se mezcló algo que pareció inconveniente y menos modesto, no a los ojos candorosos de las niñas, sino a las colegialas mayores que los presenciaban. Al entrar del recreo avisaron éstas a una Madre, quien llamó a las cuatro o cinco culpadas, las afeó la falta y les dijo entre otras cosas, que habían disgustado a Jesús y a María. Prometieron todas no volverlo a hacer, y todas se fueron tranquilamente a su labor; todas menos Sátor que cayó de rodillas ante la profesora, llorando sin consuelo. “Aseguro, dice ésta, que eran lágrimas de perfecta contrición; yo al vela comprendí lo que pasaba en aquella alma; la consolé, la aseguré que Jesús y María la habían perdonado, y que ya ni se acordarían de ello. Sólo entonces se fue tranquila, y yo quedé admirada del tesoro de inocencia que se encerraba en el corazón de aquella niña tan juguetona y al parecer irreflexiva, no menos que de la sinceridad de su dolor y buen propósito, y del amor sincero que profesaba a la Santísima Virgen, ante cuya imagen pasaba esta escena. Desde aquella fecha quedó entre Saturnina y su profesora (que lo relata) una unión íntima de afecto y plena confianza; la niña se desahogaba y contaba a la Madre sus secretos, la hacía mil preguntas y exponía sus deseos y ésta la dirigía. Según Jesús la inspiraba; de modo que quedaron impresos en el corazón de Sátor ciertos pensamientos que ya nunca olvidó, como manifiestan las cartas que más tarde escribía a su hermana”.

A solas con Jesús

Fruto de esta santa intimidad entre maestra y discípula fue el gusto que empezó a sentir Saturnina por la oración retirada: Oía una voz más oscura que el repique de las campanas del Corpus, pero no menos dulce, que la invitaba a pasar algunos ratos a solas con Jesús. Ya lo había hecho muchas veces por breve tiempo, pero entre otras devociones le había recomendado la Madre la devoción de *la hora santa de Getsemaní*. Un día, la víspera del Sagrado Corazón, se acercó Sátor a su maestra y le dijo reservadamente que quería hacer ese día la hora santa en el coro ante Jesús Sacramentado.

-No parece muy bien- contestó la religiosa, yo te dejaré el libro, pero no te lo permito hacer en el coro, porque llamarías la atención a religiosas y colegialas; puedes hacerla en el dormitorio, sin que nadie se entere más que Dios, tú y yo.

En efecto, a las siete de la tarde se encerraba la niña en su alcoba, y allí pasó la hora entera consolando al Divino Paciente. ¡Cómo fue su oración? ¿Qué oblación tan perfecta hizo de sí al Corazón Divino en esta primera hora santa?... ¡Dios lo sabe! Y yo lo colijo (dice la Madre, que aún vive) del desenlace y último día de su vida, que se verificó exactamente a los diez años de esta primera hora santa, víspera del Sagrado Corazón de Jesús, en la misma hora en que ella oró y se ofreció a la Divina Víctima.

Es, ciertamente muy fácil que en este día quedase sellado ente Jesús y Saturnina un pacto de amor; fue el primer coloquio que con plena conciencia tenía esta alma sencilla con el amigo de los niños. Muchos otros habían de seguirle, sólo conocido de los dos, pues la oración retirada y el guardar los secretos de su corazón para solo Jesús es una de las notas más personales de Sátor, y una prueba inequívoca del amor que Jesús la profesaba. “Los más privilegiados – dice Santa Teresita del Niño Jesús - son aquellos a quienes Dios guarda únicamente para sí, y se requiere un milagro para que las almas que Él pone mucho en evidencia no pierdan su frescura.” Sátor guardó siempre esta frescura de alma, pero fue a costa del escrúpulo, aparentemente excesivo con que calló cuanto se refería a sí misma. Por eso las más bella páginas e su vida no podrán escribirse nunca; si nosotros hemos de lamentarlo no será sin reconocer que obró con mucha cordura, pues es muy raro que las acciones laudables hechas en público no vayan mezcladas con muchas imperfecciones, aún en los verdaderos siervos de Dios. Para no perder su fruto es preferible hacerla con discreción que las oculte a las alabanzas humanas e incluso a nuestra propia complacencia.

Ya quiero estudiar

Desde esta fecha Sátor fue poco a poco, sin advertirlo quienes la rodeaban, concentrando en su interior la actividad que antes desplegabá en movimiento y bulla externa. La fidelidad a la gracia de la oración fue la semilla de todas las que recibió en los sucesivo, pero como la transformación venía de dentro a fuera, era tan lenta como profunda, y tanto más segura cuanto menos visible.

En las vacaciones de aquel verano de 1928 adoptó un propósito que orientaba su vida en dirección del todo opuesta a la que hasta entonces había soñado.

Un buen día, con extrañeza de todos, dejó caer como al descuido en presencia de toda la familia esta sencilla expresión:

-Padre, ya quiero estudiar.

Lo cual significaba que estaba dispuesta a empezar una carrera.

Sus padres que no deseaban otra cosa, y que muchas veces la habían instado a ello, viendo despabilada e inteligente, aunque tan despegada de los libros, le tomaron inmediatamente la palabra y añadieron:

-Pues lo dicho; a estudiar.

No se desdijo Sátor como ellos temían, sino que apoyó el propósito repitiendo:

-Sí, padre; ahora ya quiero estudiar.

Su tía, la que cuidaba de los estudiantes en Valladolid, se encargó de buscar colegio y de hacerle las últimas advertencias:

-Mira, Sátor- la dijo-, ahora vas a estudiar el bachillerato, no te tienes que fijar en si los libros son grandes o chicos; tienes que aprovechar el tiempo, pues no es justo que tus padres gasten el dinero sin provecho ninguno.

Ella , por toda respuesta de aceptar humildemente lo que aquellas palabras ocultaban de justo reproche por su desaplicación pasada contestó:

-Sí, tía; ahora sí estudio.

Adiós a las Madres

La imprevista resolución de Sátor exigía nuevo cambio de decoración. En las Huelgas no preparaban entonces las Madres Bernardas para el bachillerato; había, pues, que escoger nuevas Maestras. Pero Sátor no dejaba del todo a las antiguas. Allí quedaba Clarita, ya decidida a tomar el hábito cisterciense, como, en efecto, lo hizo un año después.

Desde su nuevo colegio Saturnina iba a ver a su hermana con frecuencia, a reanudar sus conversaciones entre alegres y devotas con sus antiguas profesoras, y a refrescar las emociones de su infancia, que le parecía más dorada y beneficiosa a medida que se alejaba. En las Huelgas providencialmente orientó su vida, que hubiera sido diferente in el influjo de aquellas Madres.

No olvidó Sátor lo que debía a su primer colegio. Cuando salió de Valladolid y escribía a su hermana, nunca omitió una palabra de cariño para sus profesoras: “Un saludo a la Comunidad, que nunca olvidaré, pues guardo de ahí grandes recuerdos...Pido mucho por todas... Deseo pases unas felicísimas Pascuas en unión con la Comunidad, como solíamos pasarlas cuando yo estaba ahí... A la Madre Superiora y Comunidad un cariñosísimo saludo, que saben no las olvido ni puedo hacerlo, que las considero como mis hermanas”.

Tiene recuerdos especiales en los cumpleaños de las religiosas, en las profesiones y otras fiestas de familia; para alguna enferma etc. Todo ello prueba el cariño y agradecimiento que guardó siempre a esta segunda familia.

Con las Hijas de Jesús

Las “Hijas de Jesús” forman una Congregación moderna, dedicada exclusivamente a la enseñanza.

Su fundadora, la Madre Cándida de Jesús, aunque oriunda de una pintoresca villa guipuzcoana, recibió del Señor, precisamente en Valladolid, y de modo sobrenatural, la orden expresa de fundar un nuevo Instituto religioso.

Contaba poco más de veinte años y rezando el 2 de abril (que aquel año1869 era Viernes Santo en la Iglesia de Nuestra Señora del Rosario (vulgo Rosarillo) se la apareció la Santísima Virgen y la descubrió los designios que Dios tenía sobre ella, esto es, que debía fundar una Congregación religiosa dedicada a la salvación de las almas mediante la educación e instrucción de la niñez y juventud.

De modo casi milagroso se abrió en Salamanca (1871) el primer colegio de la Orden; a éste siguieron Peñaranda, Arévalo, Bernardos, Segovia, Tolosa etc.; y lo qué admira, viviendo aún la Fundadora, que solía repetir: *“El mundo es pequeño para mis deseos: al fin del mundo iría yo en busca de almas”*, se fundaron varios colegios en las

apartadas regiones del Brasil. Hoy los tienen en otras naciones americanas, e incluso en la China y en Filipinas.

En Valladolid, cuna espiritual del Instituto, abrieron las Hijas de Jesús en 1922 el Colegio de la Sagrada Familia, pocos años después de la santa muerte de su Fundadora, y en este vergel fresco y fragante aún con el recuerdo de la Madre Cándida. Va a descubrir los primores de su virtud la “Florecita de la Virgen”.

El miedo a los libros

El 8 de octubre de 1928 pocos días antes de cumplir sus trece años, franqueaba Sátor los umbrales del Colegio de la Sagrada Familia. Iba animada de los mejores propósitos, mas a punto estuvo de desalentarse cuando vio apilados todos los libros que debía aprenderse en un año:

-¡Pero estos libros tan grandes tengo yo que aprenderme!- exclamó con muestras de espanto y extrañeza.

Los presentes no pudieron contener la risa, aunque bien pensado, Sátor tenía razón sobrada: es mucho lo que los maestros piden de los niños, sobre todo si quieren que en un año aprueben, como tuvo que hacerlo Sátor, el ingreso y primer curso de Bachillerato. Mas vinieron las frases de aliento, y, fiel a su palabra, se entregó en cuerpo y alma a su nueva tarea de estudiar, juntando a ello el buen comportamiento y la devoción.

De más edad, desarrollo y preparación que la generalidad de sus compañeras, no le fue difícil despuntar entre las mejores; esto la alentó mucho, no menos que la satisfacción con que veían sus progresos las profesoras, quienes más de una vez la proponían como modelo a sus compañeras. Ella tan pundonorosa y amiga de complacer, se llenaba con esto de íntima satisfacción y se alentaba más al trabajo.

Así al fin de curso logró dominar el contenido de aquellos libros que tanto la habían asustado y pudo con brillantez sufrir en junio los exámenes de Ingreso y de primer curso de Bachillerato.

Luces y sombras

Recién llegada a su nuevo colegio, la Madre Inspectora la reprendió cierto día porque dejaba la cama mal arreglada. Ella respondió al momento con su natural viveza y muestras de mal humor:

“Pues yo no sé hacerla de otro modo”.

Calló prudentemente la Inspectora dejando para mejor coyuntura darle una lección de humildad, pero no hizo falta: la misma Sátor se acercó poco después a la Madre para decirle:

-Perdóneme Madre, que la haya contestado tan mal; en adelante voy a procurar hacer mejor la cama.

En el examen de ingreso ocurrió una anécdota de poca importancia en sí, pero muy propia para pintar su carácter resuelto y poco escrupuloso, al menos en materia de exámenes.

Al salir del aula, donde había tenido con sus compañeras el ejercicio escrito, y después de la natural comunicación de impresiones se dio cuenta de que había cometido una grave falta en el dictado, y temió las tristes consecuencias que aquello pudiera acarrearle. De pronto se le ocurrió una idea salvadora, que realizó sin pérdida de tiempo. Simuló que había dejado en el aula la gomita de borrar y pidió al bedel licencia para ir a buscarla. Entró tranquilamente, y con singular desparpajo buscó su ejercicio, corrigió la falta y salió jubilosa a los claustros.

Meses después no se hubiera atrevido Sátor a realizar esta proeza, que en sí no es laudable. “La flor de los campos” conserva su espontaneidad fresca y aroma, e irá poco a poco perdiendo las durezas comunes a todas las plantas silvestres.

¡Qué monjas éstas!

Una amonestación en Las Huelgas la abrió el camino para encontrar a Jesús: un desengaño en el Colegio de la Sagrada Familia la decidió a buscarle a Él solo. Sabía Sátor que llevaba buen curso; había escuchado muchas veces durante el año felicitaciones de sus maestras, y más de una vez la habían propuesto por modelo de sus discípulas; creía, pues, gozar la estima de las Madres y esperaba las mejores recompensas. Ta vez se equivocaba, pues miradas todas las circunstancias, otras tenían mejor derecho. Sátor en su candor no lo creyó así, y por eso su desencanto no tuvo límites cuando en la distribución de premios, presidida por el señor Obispo, ella se quedó sin ninguno

Disimuló su pena y contuvo las lágrimas que pugnaban por salir, pero ya fuera del salón vino a arrojarle en los brazos de su tía y la dijo con tono de indecible desilusión:

-¡ Qué cosas hacen estas monjas! Todo el año me han estado diciendo que era la mejor, y ahora no me dan ningún premio.

A su tía, por todo consuelo, sólo se le ocurrió decir:

-No llores, hija; acaso el Señor quiere probarte; no digas nada a nadie.

Subida era aquella razón y heroico el consejo de acallar su pena, pero esta almita, al parecer alocada e irreflexiva, fue capaz de entender una y otra, y de sus labios, nadie supo nada.

Andando el tiempo llovieron sobre ella premios y recompensas, pero nunca se envaneió: este primer desengaño fijó para siempre su voluntad de no obrar bien por miras humanas, sino para dar gusto a Dios.

De vacaciones

Terminado el curso salió Saturnina inmediatamente para el pueblo sin rencor ni frialdad con sus maestras, por las que sintió desde el principio sincera admiración,

que fue aumentando de continuo. Pronto notaron sus padres, hermanos y amigas que Sátor ya no era la niña caprichosa de los años anteriores. Seguía tan pulcra, pero sin los ribetes de vanidosilla que antes la notaban; ya no la absorbían todo el tiempo los juegos, sino que pasaba largos ratos relejendo los libros ya estudiados u hojando los del curso siguiente; era cariñosa y cumplida con todos, pero sin “pelusilla” de sus hermanos; aquellos desplantes y arrebatos de mal humor habían desaparecido del todo... Y lo más raro es aquello no parecía un barniz de niña tornadiza que dura unos días o, a mucho tirar, pocas semanas: Sátor, cada día era mejor, y cuanto más se la trataba, mejor podía apreciarse que aquello era “de verdad”, que había cambiado del todo.

Mucho, ciertamente, influían en esta conducta los consejos oídos en el colegio antes de venir de vacaciones; pero hubieran sido por sí solos insuficientes, si en aquellos meses, privada de tantas ayudas como tenía en Valladolid, no se hubiese buscado un “profesor particular” que no sólo le repitiera las lecciones de sus profesoras y los avisos de padre espiritual, sino que la instruyera en otras cuestiones y de modo más íntimo y convincente que ellos pudieran hacerlo. Este profesor no era otro que el Buen Maestro Jesús, a quien trataba cada día con más intimidad; a quien recibió todos los días de aquel verano en la sagrada Comunión, por temprana que fuese la misa y por sola que se encontrase en la Iglesia, y con quien se apartaba a solas varias veces entre día para oír una voz en la lectura de algún libro devoto o en frecuentes “horas santas” como la de aquella vigilia célebre que hizo en Las Huelgas, la víspera del Divino Corazón.

II

“FLOR DE ESPINAS”

SATURNINA, COLEGIALA MODELO

Nada en apariencia tan diferente de la Saturnina de doce años como la Saturnina de catorce a diez y nueve. La niña vivaracha y comunicativa es ahora la jovencita seria y reservada. Con todo, por dentro sigue la de siempre: cuando más adelante podamos por sus cartas sondear su interior, descubriremos las mismas ansias de vida, la misma fuerza de afectos... sólo ha cambiado la dirección.

Con los datos que proporcionan sus maestras y condiscípulas, su figura de “escolar santa” aparece un poco descolorida, los trazos de su fisonomía algo duros, su imagen un tanto rígida y hierática. No es ésta “*vera efigies*” de la que ellas conocieron, modelo de naturalidad y sencillez casi infantil; pero no es fácil dar a entender cómo se concilian en ella la observancia estricta con la simpatía y cordialidad.

Su retrato moral nos lo traza una de las Madres que mejor la conocieron, en las líneas que siguen, primeras de unas notas sobre la vida de Sátor colegial, que serán nuestro mejor guía, y que ella intuía.

Recuerdo de un ángel

Desde el ingreso de Saturnina Carlón Blanco, año de 1928, hasta fines de 1934, convivimos días muy felices en el Colegio de Valladolid. Yo no tenía clase ninguna con ella, pues atendía a un grupo de primera enseñanza, y corría por mi cuenta gran parte de la inspección del Colegio. Esta ocupación me procuró muchas ocasiones de tratarla y observar el proceder de nuestra querida colegiala, a la que sencillamente se la distinguía en el centro con el calificativo de la “niña buena”.

“De su vida anterior nada sé que fuese manifestado por ella: era un tanto reservada, y esta discreción sobresalía en su trato con los demás, no demostrando nunca curiosidad que le hiciera incurrir en preguntas inoportunas ni aun a guisa de broma. Sin embargo, sus cualidades externas, animadas por el espíritu que vivía, daban a entender la riqueza de aquel corazón infantil, puro y entregado a la acción de la gracia.

“Como se destacaba entre todas las demás alumnas, fácilmente llamó mi atención (aparte de que mi natural espíritu de observación, me ayudaba mucho por entonces a fijarme en todo). Yo acostumbraba en su ausencia, ponerla por modelo a las demás, y ninguna dejaba de reconocer, admirar y respetar la superioridad de Sátor en el terreno del comportamiento, como colegiala, compañera, Hija de María etc.

“Puedo asegurar que la estudiaba y nunca la vi descompuesta en sus maneras, atolondrada o ligera. La caracterizaba a mi modesto juicio, una igualdad de carácter que encerraba gran caudal de vencimiento propio; una piedad perfecta y casi directamente orientada por Dios Nuestro Señor; digo “casi” para explicar que los hombres no tuvieron en ello la mayor parte, ya que naturalmente era poco comunicativa, y le costaba manifestarse lo mismo de palabra que por escrito. Sobresalía también en otras virtudes; confianza grande en Dios, alegría moderada y constante acendrada piedad, recogimiento, aplicación, caridad para con el prójimo, etc. pero lo que más me encantaba, y llamaba en ella la atención era la virtud de la compostura y discreción: para mí era un *ángel de modestia*. Fuera del colegio y dentro del mismo, en la clase, recreos, comedor, dormitorio, capilla... en todo lugar era igualmente delicada, con el reflejo de esta virtud. Bastaba verla en la capilla para saber cómo podían orar los ángeles; y me atraía porque al mismo tiempo de ser recogida, todo en ella llevaba el sello más patente de la naturalidad: me es antipática en extremo la ñoñez”.

Bonito retrato, ¿verdad?. El cariño de madre apasiona siempre un poco: pero los celos de sus compañeras tendrán poco que suprimir en él, como brevemente se irá comprobando.

Mas antes, una aclaración.

Santidad infantil

¿Se puede con propiedad, hablar de santidad infantil, de niños santos? Sería ciertamente insensato buscar en la primavera los frutos del otoño: pero una primavera es ideal cuando ofrece todas las flores que tenemos derecho a esperar de ella. Sería también ridículo pedir a un chiquillo la experiencia, fortaleza y equilibrio de la edad madura; pero, gracias a Dios, santidad no depende de los años, es fruto más de la generosidad del tiempo; y el niño que, con sus recursos de niño, responde plenamente a las invitaciones de Dios, ¿qué otra cosa será si no es un santo? ¿Tendrá que disculparse el día del juicio de haber dejado la tierra a los diez o doce años para estar con Él en el cielo? (Fr. Leone).

Su Santidad Pío X al dar a los niños facilidades, y aun ponerles precepto de acercarse en edad temprana a la Sagrada Mesa, profetizó: “habrá niños santos”; y son ya muchas biografías que en todas las naciones se han escrito de “niños santos”, algunos de los cuales veneraremos pronto tal vez en los altares. Otros, que han pasado de niños, son ahora apóstoles en el sacerdocio, la vida religiosa o la Acción Católica seglar.

El cardenal Mercier dice expresamente: “Puede haber santos de diez años: las elevadas ideas de unión con Dios, renunciamiento, espíritu de sacrificio son accesibles a esas almas todavía puras, en las que mora el Espíritu Santo”.

Y la experiencia prueba que en los aspirantados de Acción Católica, en las Congregaciones marianas y otras asociaciones piadosas; en el seno de las familias fervorosas y en los colegios bien orientados hacia Dios, es frecuente encontrar almas escogidas que están en las disposiciones de verdaderos Santos: que por la comunión frecuente adquieren intimidad con Jesús, y son capaces de cualquier sacrificio, hasta de ofrendarle sus vidas, como algunos han hecho en nuestra sangrienta revolución.

Adolescencia santa

No puede afirmarse de Sátor que fuera uno de estos niños “niños santos”. Su alma se abrió plenamente a las dulces influencias de la gracia, pasada ya la influencia propiamente dicha. Siempre fue buena pero su vida es ejemplar, sobre todo, en los años de la adolescencia, los más difíciles y casi siempre decisivos en la vida de cada hombre. La piedad ingenua de los primeros años encuentra entonces su mayor peligro en las ilusiones que se complace en forjar la fantasía: surgen espontáneas, turban la conciencia y traen consigo mil desórdenes. El ambiente profano del mundo empieza a ejercer su influjo maléfico; se desarrolla con violencia la curiosidad por conocer y sentir misterios y sensaciones nuevas; surge el amigo incondicional, y la necesidad de las comunicaciones íntimas; adquiere el joven conciencia del propio valer y de la propia libertad, con todas sus arrogancias por un lado, y con su inexperiencia y falta de voluntad por otro; pugna por romper las trabas que le impone la obediencia de los padres y superiores, y es víctima, más o menos inconsciente, del respeto humano...

No siempre aparecen claros todos estos peligros; con frecuencia se disimulan, con lo que se retrasan sus perniciosos efectos, pero no se suprimen ni contrarrestan.

¡Qué necesidad tienen, los que han llegado a estos años difíciles entre la infancia y la plena juventud, de ejemplos y modelos que los enseñen a franquearlos sin peligro! Uno muy hermoso les ofrece la vida de Sátor, que supo aprovecharse de ellos para ordenar y encauzar definitivamente su existencia.

El marco

Los santos “pintados” necesitan un marco, y los santos de verdad tienen también el suyo. No siempre corresponde al valor de la pintura: así, en la vida, muchos tienen el mismo marco, pero pocos logran encerrar en él una obra maestra. El marco de la santidad son los deberes del propio estado: para un colegial, el reglamento del colegio en que se educa. El de Sátor fue parecido al de cualquier estudiante.

Trabajó en clase la mayor parte del día; recreos a media mañana y media tarde; comidas regulares y generalmente silenciosas como en los monasterios; los domingos y fiestas, descanso, piadosos ejercicios y salidas con la familia, tanto más ansiadas cuanto más tardías; los jueves, y algún que otro día bonancible, paseos y excursiones campestres; de tiempo en tiempo, exámenes, con sus disgustos y malos ratos; unos días, al principio o al final de curso, ejercicios espirituales que agitan las aguas mansas de la conciencia, revelan ciertos escollos, y abren horizontes nuevos...; al fin de cada curso, al menos en el antiguo régimen, los terribles exámenes oficiales ante caras desconocidas y con tales consecuencias, que los convertían en punto de convergencia de toda la actividad escolar...

Todo monótono; para algunos asfixiantes. ¿Y es posible, con ese cúmulo de vulgaridades formar un santo, que es siempre extraordinario, y la antítesis de lo vulgar?.

Los jóvenes se entusiasman con lo heroico... Pues bien; el niño en quien, por la gracia de Dios y su buena voluntad, se dan cita las virtudes que pueden exigirse de sus pocos años, constituye un verdadero atleta, un héroe de la mejor calidad. Lo dijo Pío XI en una circunstancia solemne: “Nunca se muestra tan pródiga la Iglesia como cuando invita a admirar e imitar los ejemplos de las más humildes y comunes virtudes cotidianas; las cuales son tanto más preciosas cuanto más humildes y comunes.

Las obligaciones de todos los días, cualesquiera que sean, acaban siempre por hacerse terribles, abrumadoras, asfixiantes”.

Y ningún colegial que se haya aplicado a vivir unas cuantas semanas seguidas, tanto días largos e iguales, como lo hizo Sátor en la edad de la inconstancia, con inflexible exactitud, con amor y rostro alegre, como si cada uno constituyese un acto nuevo y excepcional, y como si nada le costase, tendrá inconveniente en calificarla de “héroe”; y si no, a hacer la prueba.

Su fórmula

Sátur no distinguió entre deberes grandes y chicos. Se aplicó humilde y sencillamente a “cumplir el *Deber*, así, con D mayúscula, como el santo nombre de Dios, dicho sin sombra de irreverencia, sino con profunda verdad, porque sólo en el deber se encuentra a Dios “ (Fr. Leone).

Lo que da gloria a Dios no es precisamente lo que hacemos, sino la disposición de obedecerle sin límites en cuanto se digne ordenarnos, sea grande o pequeño; y esto se reduce al cumplimiento de nuestros deberes de estado; quien esto hace perfectamente, con solo ello se santifica. Un santo lo dice con admirable precisión: “No hagáis diferencia entre el cumplimiento de los deberes de vuestro estado, y el negocio de vuestra salvación y perfección. Tened por cierto que nunca obraréis mejor vuestra salvación ni adelantaréis tanto en la perfección como cumpliendo bien los deberes de vuestro estado, con tal que lo hagáis con el fin de obedecer a Dios “. (*San Juan Bautista de la Salle*).

Pero Sátur encontró una fórmula mucho más breve, y en su concisión más completa. Para ella el sentido de toda santidad está en “*hacer lo que Dios quiere con mucho amor*”.

“*Lo que Dios quiere*”... para el niño y el colegial sometido de la mañana a la noche, a la obediencia de sus padres y superiores, es facilísimo de conocer. Enseguida vamos a acompañar a Sátur en las principales distribuciones de su vida de estudiante.

Mas el secreto para hacer bien “lo que Dios quiere” es el *amor*. El amor aprovecha todos los recursos humanos; espiritualiza y aun diviniza, torna dignos de eterna remuneración, no sólo los actos religiosos, sino toda acción digna, y hasta los ejercicios directamente ordenados al desarrollo físico. La fórmula de Sátur, que ella misma reveló con toda sencillez a una amiga, es, pues en sí, perfecta, y su vida lo fue también, precisamente porque la fórmula no fue letra muerta sino aliento y sustancia de todos sus instantes.

Pasemos brevemente revistas a sus obligaciones ordinarias.

Disciplina

Lo primero *que Dios quiere* de un colegial es sumisión al reglamento: disciplina. ¡Palabra dura y antipática, más dolorosa que el instrumento del mismo nombre que sirve para macerar el cuerpo!. No hablar ni reír a deshora, acomodarse a tantas menudencias como exige el buen orden en una casa d educación, es una disciplina que acaso duele más, y de seguro vale más que lastimar los propios miembros después de haberles concedido excesiva libertad. Nadie podía saberlo mejor que Sátur, tan bullanguera, hasta entonces; con todo, gracias a su esfuerzo y al respeto que tenía con todos sus deberes, ha podido decirse de ella: “Nunca la vi descompuesta, atolondrada o ligera”.

Y nadie la vio tampoco faltar al silencio: “ Siempre la vi compuesta y educada, dice otra profesora, y en el defecto que con más frecuencia incurren los niños es la falta de silencio; *nunca* la vi faltar”. Esto parecerá increíble a los niños, sobre todo a los que como Sátor, tienen tantas cosas que les bullen en el cuerpo y que se atropellan por salir al exterior; pues a pesar de todo, ella tan sencilla y amiga de hacer como todas, no se avergonzaba de singularizarse en la guarda de esta difícil virtud: “Si al apartarse de lo común constituye un defecto, Saturnina, en lo que pude observar(dice otra Madre), incurrió en el grandísimo de hacerse *singular* en la observancia, sobre todo del *silencio* y modestia”. No se tomaba la libertad de hablar en ninguna distribución hasta que tuviera permiso expreso de las Madres. Ocurrió una vez que al reemplazarse dos profesoras en la vigilancia del comedor, se dio algún intervalo que aprovecharon las niñas (¡es tan natural!) para bonitamente entablar conversación unas con otras. Al entrar la segunda vigilante y ver que las niñas, en general, estaba hablando, creyó tenían permiso de la primera, e incluso dirigió a alguna, ella misma la palabra. Sátor seguía, con todo, en silencio, a pesar de las instancias que le hacía su hermana menor que comía a su lado y andaba lejos de tales escrúpulos.

-Habla, boba, le decía, ¿no ves que todas lo hacen?

-No puedo, no tengo permiso-respondió sencillamente Sátor, y así siguió callada, hasta que la Madre se dio cuenta y la permitió hablar.

Exageraciones que revelan el heroísmo con que se sometía el reglamento que para ella era la voz de Dios

Y como en el silencio hacía con las demás órdenes; así nunca se ausentaba del lugar exigido por el horario, ni siquiera para ir a la iglesia durante el recreo.

Estudio

El estudio es deber esencial del estudiante; pero deber duro, insípido y fatigoso para casi todos ellos; lo había sido en especial para Sátor. Estudiar constituyó siempre para ella una mortificación, probablemente la principal, según lo dio a entender años después: “Me ilusiona mucho no tener que ocuparme de los libros por un tiempo, aunque pasado un año tendré que practicar {de nuevo} esta *mortificación* con preferencia a todas las demás”. Y llegada la ocasión afirmaba en efecto: “Este año será menos sabroso, pues ya empezaremos los estudios”.

No encontró, pues, nunca gusto en estudiar ni tuvo tampoco aptitudes excepcionales para el estudio: si se decidió a ello fue después de muchas vacilaciones y de luchar largo tiempo con repugnancias que al principio creyó insuperables; pero al ver que ése era su deber, se dio con tanto afán a los libros, que su diligencia, constancia y las bendiciones del cielo merecieron en toda la carrera excelentes resultados.

Incluso pudo aprobar el quinto año de bachillerato preparándose casi sola durante las vacaciones. Sus compañeras decían que ella era en todo *la de la suerte*. No lo negaba Sátor, aunque en lugar de suerte prefería llamarlo bendición de Dios; pero en realidad, era merecida recompensa de sus esfuerzos constantes.

No perdía un momento, escuchaba con toda atención las explicaciones, sometía a las maestras sus dudas, y jamás se presentaba sin saberse la lección señalada y sin terminar concienzudamente la tarea práctica propuesta de una lección para otra.

Así llovieron sobre ella en cada curso los primeros premios, y las mejores notas en los exámenes del colegio, del Instituto o de la Universidad. Desde los catorce años siempre llevó la banda, distintivo de la mejor alumna en el Colegio de la Sagrada Familia, pero con modestia y humildad casi vergonzosa: “Al llegar al pueblo dice una paisana, no había que preguntarla por las notas que había tenido, siempre sobresaliente; se la daba la enhorabuena, y casi no sabía qué contestar, la debía parecer que era vanagloria”.

Jamás se prevaleció del ascendiente que le daban sus resultados para ensoberbecerse; cuando en clase no había entendido alguna parte de la lección o no se acordaba de alguna cosa ya estudiada, si la profesora la preguntaba sobre ello, se sonreía y contestaba con llaneza: “No lo sé, Madre”, o “Ya no me acuerdo”.

En los recreos

En el recreo, Sátor era ya otra; se mostraba activa y se entregaba, sin las predilecciones exclusivistas de muchas, a los juegos que le imponía el reglamento o que sus compañeras escogían. También aquí le acompañaba la buena suerte, y por eso era estimada como “buen elemento”, aunque por una razón un poco especial, que explica así una condiscípula: “Como a Sátor no le gustaban el barullo ni los meneones, andaba de ordinario un poco apartada del grupo general, así cuando iba la pelota por su lado nadie se la disputaba y ella, aprovechando la oportunidad, hacía el tanto de “la suerte”.

En las funciones literarias y recreativas que en días señalados celebra el colegio tomaba siempre parte muy principal. Encarnaba admirablemente los personajes de los dramas y sainetillos, cantaba con voz muy melodiosa y tenía gracia especial para bailar la jota.

Con sus compañeras

Fue ante todas cosas espejo de rectitud: incapaz de una mentira, adulación o disimulo. Ya se ha visto cómo estas virtudes le fueron connaturales desde su infancia; mayorcita, su amor a la verdad influyó sin duda en la poca afición que sintió por el cine y la lectura de novelas: “aquello” no era verdad, y con frecuencia es mentira harto peligrosa.

Algunas cosas vio en una u otra de sus compañeras que le disgustaban; pero nunca las acusó a las Madres, aunque más de una vez le dieron motivo. Con todo, su misma sinceridad la obligó en ciertas ocasiones a mostrarse antipática; si la encomendaban una vigilancia era inaccesible a los halagos o las pequeñas represalias que pudieran tomar con ella:

-No puedo hacer otra cosa, ya ves mi obligación- contestaba a las quejumbrosas.

Si las Madres la preguntaban sobre algún hecho desagradable que ella hubiera presenciado, contestaba con sencillez, paliando la falta todo lo posible y terminaba casi siempre quitando importancia al hecho, o pidiendo indulgencia por aquella vez “; pero jamás mentía.

Y esta sinceridad la llevaba Sátor a todos los actos de su vida. Una tía suya cuenta el hecho siguiente que revela la delicadeza de alma, y su ingenuidad infantil, cuando ya tenía quince o diez y seis años: “Recuerdo que en cierta ocasión saqué del colegio a Sátor y fuimos las dos a ver a su hermana Clarita, ya monja en las Huelgas. Llegadas al convento nos enteramos que era el santo de la Madre Abadesa y yo, que siempre la había felicitado en tal día, aproveché tan halagüeña oportunidad para hacerlo, y, claro, por quedar bien dije a la Madre, que, como en años anteriores, la había tenido presente en la Misa y Comunión, con ánimo de hacerlo al siguiente día. Sátor felicitó también a la Madre, pero confesó claramente:

-Hoy no me había acordado de que fuese su fiesta, pero mañana rezaré por usted.

En cuanto salimos del convento le faltó tiempo para decirme:

-Tía, ¿por qué miente usted?

Y como yo la contestara que se trataba de una mentirilla oficiosa, y por tanto muy leve, me replicó:

-Sí, sí, siga usted mintiendo, y verá lo que la pasa. ¡Ande, que yo no voy a quedar por usted en el purgatorio, los días que tenga que estar por esa falta!

Su bondad

Una compañera y amiga entrañable que cursó con Saturnina todo el Bachillerato, dice de ella: “Aunque he tenido la suerte de tener muy buenas compañeras, ninguna se puede comparar con Sátor. Nunca se enfadó, y al contrario, lo que hacía era desenfadarnos, a las que tuvimos la suerte de ser sus amigas... Tratándola se sentía una feliz, y yo la quería con toda el alma, como ella merecía por su extraordinaria bondad, muy difícil de encontrar en este mudo”.

Todas sus condiscípulas dirán cosa parecida; por eso todas se disputaban su amistad y encontraban en su persona un atractivo irresistible. Hasta las más pequeñas, con ese instinto que tienen para descubrir en los mayores la inocencia que les da con ellos cierta semejanza, cuando la encontraban en los patios, se la acercaban, y una le tiraba de la falda, otra la cogía la mano o se la abrazaba, y todas querían divertirse con ella como si fuera su igual. Sátor procuraba complacer a todas, reía con ellas candorosamente y terminaba por darles algún dulce o tenía que desprenderse con cierta violencia para no faltar a la fila.

Las mayores la querían también sin saber bien la causa, y a veces casi les parecía que a su pesar: la virtud no siempre es amable, lleva consigo ciertos reproches que pueden hacerla poco simpática; pero la bondad todo lo suaviza, y la sonrisa apacible y serena de Sátor era irresistible.

Además, tenía un como olfato particular con que adivinaba las penas y desconsuelos de los otros: se insinuaba entonces en el corazón de la compañera; la consolaba y se hacía partícipe de su dolor. Si era capaz de comprenderlo, le sugería un motivo de fe o de apostolado que le hiciera meritorio el padecer, y terminaba hablándola de la Santísima Virgen consoladora de todos los hombres, porque todos somos sus hijos, y los niños más particularmente.

En los caso apurados aprovechaba su natural intrepidez.

En cierta ocasión, estando de paseo, se quedó extraviada con una compañera, y en algún peligro, pues para acercarse al grupo tenían que bajar una empinada cuesta a cuya falda corría el Pisuerga. La compañera se asustó, pero ella le dijo:

-No temas que la Santísima Virgen nos ayudará.

Sacó el rosario, bajó sola para explorar la senda, y cuando estuvo segura subió por la cuitada y la condujo de la mano.

Actos insignificantes, pero que revelan su buen corazón y la daban ascendiente que ella aprovechaba para llevar a la virtud: porque “más bien hace la bondad que el saber y la elocuencia”: la bondad abre los corazones y es muchas veces el vehículo más seguro, y a ratos el único utilizable para que entre la gracia de Dios en ciertos corazones endurecidos. Sátor, a quien Dios llamaba para su apóstol, tenía en su bondad un recurso infalible de éxito.

Paciencia

Todas sus condiscípulas querían a Sátor, todas reconocían sus méritos y la ventaja que les hacía; pero... las distinciones de que era a veces objeto por parte de sus maestras, y el reproche mudo con que reprendía la desaplicación o ligerezas de algunas, le valieron más de una vez palabras punzantes en las que la lengua femenina es tan ingeniosa, y bromas pesadas o de mal gusto; nunca se impacientó por ello ni tomó su defensa. Si alguna vez se enteraba o intervenía la autoridad, lejos de exagerar la ofensa, le quitaba toda importancia, y abogaba en favor d sus ofensoras. No que fuese insensible; nosotros ya conocemos su natural; pero una de las Madres que más pudo observarla en la Sagrada Familia, aunque desconocía su mal genio de pequeña, escribió lo que sigue: “En honor de la virtud de Saturnina debo decir que nadie crea obraba naturalmente y sin hacerse violencia: todo lo contrario, tenía carácter o genio fuerte, como solemos decir. Muchas veces observé que la disgustaban no pocas cosas en las que oía o se le mandaba: entonces se hacía violencia, como se notaba en su propio semblante, que sin alterarse precisamente, daba a entender muy bien la impresión desagradable que sentía: se sofocaba en estos casos de manera muy notable, bajaba los ojos, apretaba los labios y daba a todo su semblante la expresión de quien se prepara a la lucha, a fin de no desperdiciar las ocasiones”.

En cierta coyuntura (única que recuerdan las colegialas) revivieron con todo su ímpetu aquellos impulsos de sus primeros años y llegó a dar un cachete a una de sus

compañeras: todas lo extrañaron, si bien reconocieron que la causa fue noble, y el arrebató digno de excusa.

Lo corriente fue su mansedumbre inalterable, que respondía incluso con una sonrisa de amistad y benevolencia si la ofensora la atacaba directamente; si era contra tercera persona, le era más difícil guardar la calma, y a veces rompía a llorar.

Un domingo de Ramos

¡Estaban entonces prohibidas las procesiones religiosas en España! Sólo se permitían los escándalos de los enemigos de Dios y del orden. Un año, a algunas niñas mayores se les ocurrió en el colegio de la Sagrada Familia, celebrar en privado, pero con todo pompa, aprovechando las galerías interiores, la solemne procesión del Domingo de Ramos, en reparación del ultraje que se hacía a Jesucristo, no reconociéndole el derecho a pasear por sus dominios que son la redondez de la tierra, y muy particularmente la ciudad de Valladolid, donde El se dignó asegurar que reinaría en España con preferencia a todas las demás naciones.

A las profesoras les pareció bien la idea, y encomendaron su organización a unas pocas colegialas escogidas entre las más fervorosas y formales. Como cabeza del grupo figuraba Saturnina, que tenía gracia especial para adornar altares y preparar fiestas. Emplearon muchas horas en disponerlo todo: ramos, luces, flores, acólitos..., nada faltaba, ni siquiera un jumentillo, aparejado con todo primor. Se organizó el colegio y dio principio la comitiva con fervor y serenidad, sin que nada extraño se notase, más que la voz destemplada de algunas cantoras que no seguían el coro general. Una de las Madres invitó a éstas a que tomasen el tono que daban las demás; pero al parecer no la entendieron; seguían las voces desentonadas, creció el desorden y pronto se puso en claro, por ciertas risitas maliciosas, gestos muy disimulados y miradas casi imperceptibles, la existencia de una confabulación para desdorar la fiesta. En efecto, fue aumentando el barullo y hubo que suspender la procesión con gran disgusto de las Madres, que resolvieron castigar ejemplarmente a las culpadas.

No es fácil pintar el dolor que sintió Saturnina, lo uno por haberse utilizado su intento de desagaviar al Señor, y también por la pena que sintieron sus maestras; lloró en abundancia y tuvo un día muy triste. Sus díscolas compañeras, en cambio, para hacer sentir mejor su triunfo, organizaron la partida más bulliciosa de juegos a la vista de todo el colegio. ¡Satisfacción y venganza muy femenina!

Pasado el día, la Inspectora impuso a las culpables un castigo ejemplar: ahora le llegaba a Sátor la hora de reír y complacerse; pero bien lejos de incurrir en tan excusable flaqueza, intercedió por ellas, y obtuvo que les disminuyeran notablemente su pena.

Estos roces entre chicas mayores envenenan a veces por algún tiempo las relaciones, en nada menguaban las buenas disposiciones de Sátor con sus

condiscípulas: el olvido que mostraba de todo le ganaba aún más el respeto y el afecto general.

Con las Madres

Con sus profesoras fue Saturnina modelo acabado de respeto, llaneza y filial confianza: Jamás se le ocurrió juzgar ¡cuánto menos desaprobar! La conducta de ninguna de sus maestras; si alguna compañera se tomaba esta libertad, “Sátur (dice una amiga, que coincide en esto con la Madre Inspectora), padecía visiblemente, bajaba los ojos, apretaba los labios, fruncía suavemente el ceño, y con todo su cuerpo y aun ligero ruido de garganta tomaba una actitud muy característica con que aparecía, no airada, pero sí condolidada de la ofensa que se infería a la Superiora y del atrevimiento de la compañera”. Si ésta persistía, le reprochaba su proceder y salía en defensa de la Madre, o alguna vez se echaba a llorar; y en una ocasión de éstas fue cuando perdió su ordinaria mansedumbre y dio un buen cachete a la compañera inconsiderada que fue demasiado lejos en sus críticas.

Esta veneración que profesaba a sus maestras no tenía por fin mendigar su cariño: admiraba en ellas la virtud, el celo y desinterés con que se desvivían por su educación; pero fue siempre reservada con todas: Nunca se pareció a esas escolares, que con fines casi siempre interesados, se aficionan en particular a alguna maestra; la discreción que manifestaba con sus condiscípulas, guardó también con ellas, ni les comunicaba ni le sonsacaba secretillos y su nobleza y sencillez le impedían usar con nadie lo que aun de lejos pareciese lisonja o adulación.

Algunos años acompañó a Sátur en el colegio una hermana menor, de carácter, entonces, sumamente inquieto y despreocupado, muy traviesa y desprendida de los libros, sin dejar por eso de ser buena, como ahora se está apreciando. Pues bien, las frecuentes advertencias y correctivos que se vieron obligadas a emplear con ella las profesoras para ayudarla a entrar en razón, jamás despertaron en Saturnina el menor recelo o malquerencia: antes, ella misma sufría y secundaba la labor de las Madres amonestándola a su vez y pidiendo perdón y excusa porque no se portaba su hermana con la corrección y deferencia que debía a sus maestras.

Fuera del aprisco

Desde el cuarto curso de Bachillerato tuvo que asistir Saturnina, sin dejar el colegio, a las clases del Instituto como alumna oficial. Era en aquellos días aciagos que siguieron a la implantación de la república y a la quema e conventos, cuando todos los resortes de la decencia pública se aflojaron o rompieron, y cuando los malvados o farsantes que desencadenaron sobre la Patria tanta desgracia y vergüenza, no se detuvieron ante las conciencias juveniles, antes abusando de su irreflexión, se sirvieron de los estudiantes para alborotar con algaradas escandalosas.

Las compañeras de Sátur, todas buenas y bien educadas, no se mostraron del todo invulnerables a lo que interiormente repugnaba a su conciencia. Aisladas, acaso

hubieran resistido mejor a los malos ejemplos, instigaciones y burlas de sus camaradas, pero en grupo, fuera del aprisco de su colegios, y lejos de la custodia inmediata de las Madres, unas a otras se pegaron su flaqueza y cayeron en algunas travesuras, que, a decir verdad, pudieran calificarse de inocentes ligerezas, comparadas con los excesos de sus condiscípulos y ... condiscípulas. Pero en el colegio de la Sagrada Familia se hila fino, y así se dieron por entonces muchos días de verdadero disgusto: las niñas iban al Instituto acompañadas de una señora, pero unas veces se escapaban de su vigilancia, otras llamaban la atención con ciertas indisciplinas y modales que imitaban de los muchachos; gastaban en dulces cuanto se les antojaba, faltaban incluso a algunas clases y mentían para justificarse con una facilidad e ingenio desconcertantes.

Todas estas cosas eran reprobadas por Sátor en su interior, pero nunca las acusó, ni se quejó de las molestias que le causaban con su indisciplina y con su malevolencia en condenar la conducta irreprochable observada por ella. Sátor no perdió un punto la calma ni la bondad ordinaria: cumplía sencillamente su obligación, era esclava del deber o mejor (porque eso es muy frío), era esclava del amor de Jesús que le exigía fidelidad perfecta en todo *lo que Dios quiere* y esclava de la palabra que le había dado de serle fiel. Pero con su prójimo no se mostraba orgullosa ni displicente: era la “florezilla” que se deja azotar del viento sin quebrarse, y que no niega a los mismos que la desprecian o insultan, ni la sonrisa de sus colores, ni el aroma de su buen corazón.

“... Con mucho amor.”

El secreto para hacerlo todo bien, con suavidad y perseverancia, es el amor: el “mucho amor” del que hablaba Sátor. El amor es el óleo que suaviza los engranajes de nuestros deberes, y los hace no sólo llevaderos, sino gratos. Porque la piedad verdadera no es algo pegadizo que se añade a los demás ejercicios del día; sino la vida entera ofrecida al Señor en su plenitud. La piedad es hábito que imprime carácter permanente, informa los pensamientos, palabras y acciones, da unidad a la vida y la hace buena y santa.

“Amor meus, pondus meum”.

El amor es el peso que arrastra al hombre con suave e irresistible violencia hasta anegarle en el objeto amado. Lo dice con fuerza extraordinaria San Agustín: “El hombre se convierte en lo que ama; ¿amas la tierra? Pues eres tierra. ¿Amas a Dios? ¿Qué te diré? Eres Dios”. El amor es todo en el hombre, y más particularmente en el muchacho, cuyo corazón virgen no entiende de particiones utilitarias ni de menguada tacañería. Dios no se contenía con nuestras obras, sino que nos dice en la Escritura: “Hijo mío, dame tu corazón”.

Pero hay otras muchas cosas que secreta o abiertamente solicitan el corazón del joven: las riquezas que son un poco de barro; la vanidad, que es humo; con falsos placeres, la carne, que pronto será corrupción; con mil engaños y falsas apariencias, el mundo y sus satélites.

Saturnina, con prudencia celestial, en edad muy temprana y en medio del siglo, se desprendió por completo de todos los bienes sensibles y vivió sólo para Dios. En nada tenía a las modas y costumbres mundanas, y si, a su juicio, se oponían en algo al decoro, prescindía de ellas, sin dársele nada lo que pudiera parecer y las apreciaciones de quienes tenían criterios no tan severos. Como dice una amiga, con frase vulgar, pero muy significativa: “Se había puesto el mundo por montera”. En esto, sobre todo muestra su grandeza de alma, y se puede proponer como modelo de la doncella cristiana, que encuentra casi siempre en la seducción del siglo el mayor peligro de su inocencia, el ladrón más sutil e hipócrita de su inocencia, el ladrón más sutil e hipócrita de su felicidad futura, y el tirano que más le atormenta aun al presente.

Ángel de modestia.

La belleza y gracia eran en Sátor destellos de la hermosura interior no fruto pegadizo de los ungüentos o de otros artificios. Se curó pronto de aquella vanidad infantil que preocupaba a su madre, y cuando llegó su espíritu a pleno desarrollo tuvo la intuición de esta sentencia de un antiguo: “La hermosura es un don breve, y no se te alquilará por años”; ella no quería, pues, a aficionarse a bienes tan caducos, sino pensar en los eternos.

El cuidado de su persona se lo impedía el culto de Dios, que vive en el cuerpo del justo, y el respeto a sus prójimos; nunca el deseo de atraerse las miradas de los mundanos.

Salía siempre de paseo muy bien arreglada; pero con tanta sencillez que, de mayor, ya no usaba para su aseo ninguna esencia ni jabón especial, y, lo que es más extraño, apenas se miraba al espejo para componerse.

Andaba siempre con las manos recogidas y nunca cruzaba las piernas. Su respeto al pudor, sobre todo en el vestir, parece casi exagerado. Siendo aún niña de doce o trece años, la llevaron a Melgar con sus abuelos maternos y durante las fiestas del pueblo quisieron darle una sorpresa haciéndola estrenar un vestido muy elegante. Se dispuso a probarlo con la natural alegría en una niña de su edad; pero al caer en la cuenta de que no tenía mangas o que eran muy cortas sin decir palabra, dejó colgado los brazos por dentro del traje. Se rieron al principio los de la casa, la suplicaron y riñeron después, pero todo fue inútil; ella siguió rígida como una momia, hasta que convencidos de que no la harían cambiar de propósito, desistieron de que se pusiera aquel traje, hasta añadir el aditamento que ella creía necesario a su honestidad.

En la profesión de su hermana, cuando Sátor tenía ya diecisiete años, ocurrió algo semejante. Le habían hecho para aquella ceremonia un vestido de gasa que nos desdijera del de novia que llevaba Clarita. Como todos la conocían ya bien, tuvieron buen cuidado de que otro traje de crespón hiciera de fondo a la gasa, la cual sólo se traslucía desde el codo a la muñeca, ¡bien poca cosa para lo que hoy se estila! Mas no lo juzgó así Sátor; y como no era cuestión de dejar el traje por tan insignificante pormenor, se vistió una camiseta de manga larga debajo del flamante de gasa, y así se

presentó en el convento. Mucho se disgustaron también sus familiares al verla llegar así del colegio, pues tenían por impertinencia y escrúpulo infundado tanto rigor.

-¿No ves que te pones y nos dejas a todos en ridículo?-le decía su madre.

-¿Qué nos importa a nosotros, madre – repuso respetuosa- lo que piense la gente?...

¡Con tal de que Jesús, a quien ya por entonces se había ofrecido del todo, estuviese contento, y ella quedase con la conciencia plenamente tranquila, ¡qué podía importarle todo lo demás! No quería que en su holocausto hubiese la menor rapiña: todo para Jesús, no sólo el árbol con sus frutos, sino toda la vistosidad y frescura de su ramaje!

En este punto fue intransigente, y no por pusilanimidad o ñoñez, sino por íntimo convencimiento y con gallarda valentía que la hicieron aún más simpática a los que la trataban. Sentía que sus amigas fuesen en esto poco miradas:

-¡Qué pena- decía con amargura y desilusión, viendo a una joven queridísima suya, ataviada demasiado a la moda-, qué pena verla así en plan de señorita mundana, ella que ha sido siempre tan sencilla!.

Por su parte, llevó siempre los vestidos sin escote, y más largos que la generalidad de las personas aún pías y de bastante más edad. Y cuando lograba intimar con alguna compañera la animaba a hacer otro tanto.

Cuenta una amiga de entonces que siendo muy revoltosa de colegiala, la pusieron al lado de Sátor para que se la pegara algo de su sensatez. Al principio la ejercitó mucho con impertinencias y travesuras.

-¡Jesús, qué pelma! Habla algo, mujer, ¿no ves que esto es muy aburrido?- le decía con frecuencia.

Otras veces le daba codazos, movía los cuadernos o hacía mil molestias por el estilo. Después, poco a poco, la paciencia y dulce sonrisa de Sátor fueron ganándola el corazón. Cuando ésta se dio cuenta de ello comenzó a decirle con cariño y solicitud maternal:

-Vamos, Fulana, por amor a la Virgen, no lles más las mangas cortas.

La amiga se resistía, porque incluso se oponían a ello en su casa; y estuvo muchos días en lucha consigo misma, hasta que triunfó de todos los obstáculos, empezó a vestir con todo recato, y , de vencimiento en vencimiento, vino a sentir vocación a la vida del claustro. Fue a Salamanca en pos de su santa amiga, y allí son de oír las lindezas que refiere de sus años de niña traviesa. Entre ellas la hazaña de aquel Domingo de Ramos, en que, con otras, hizo fracasar la solemne procesión.

A sus solas

En la intimidad de la familia, con las compañeras de todos los días, y en las circunstancias más corrientes, observaba la misma reserva.

Dice una Madre: “Cuando por la noche después de acostadas todas las niñas, iba, según costumbre del colegio (y sin seguir el mismo orden), a darles a besar la

medalla de la Virgen, a Saturnina, siempre, invariablemente, la encontraba en el lecho de la manera más correcta, modestamente acostada, leyendo algún libro piadoso (casi siempre de misiones) o rezando con las manos cruzadas sobre el pecho, y con todos los enseres de la habitación en esmerado y perfecto orden". LO mismo cuentan de ella sus hermanas.

Cuando pasaba con su familia las vacaciones se daba maña singular para aparecer siempre cubierta con todo recato, aun con las parientas más íntimas, como si estuviera entre extraños.

Una condiscípula concluye de pintarnos el cuadro añadiendo: "Era muy delicada en su trato con nosotras, y por tanto, la molestaban los empujones y los roces más pequeños. Si alguien decía en su presencia algo que no estuviese muy bien, ella en seguida se sofocaba; si estaba en su mano, cambiaba inmediatamente la conversación, y, si no, se iba cuanto antes.

En la Universidad

El último año que pasó en el siglo acudió Sátor a la Universidad como alumna de la Facultad de Ciencias; allí se mostró tan edificante como dentro de los muros del Colegio, sin parecer por eso huraña ni insípida. Cuando alguien le dirigía frases de admiración o elogio, algún "piropo", como dicen los muchachos, se sonreía modestamente sin darle importancia, y seguía camino o su ocupación. Sin ella darse cuenta, era objeto de la admiración general. Hablaban cierto día entre sí un grupo de jóvenes pertenecientes a distintas facultades sobre sus compañeras de estudios. Uno de ellos nombró con elogio a Saturnina, poniéndola como ejemplo de señorita completa y todos a coro repetían entusiasmados:

-¡Qué chica! ¡Qué chica!

Se hallaba presente su hermano mayor, estudiante entonces de Medicina, que dijo al fin con legítimo orgullo:

-Pues esa muchacha es mi hermana.

-¡Como!- le interrumpieron todos.-¿ Eres tú hermano de la Carlón de Ciencias?...- y llovieron sobre él las felicitaciones de sus compañeros.

Contra lo que a primera vista puede parecer, aun los chicos, no siempre modelos de seriedad y recato, estiman más a las "niñas" modestas que a las frívolas y casquivanas.

Sus diversiones

De pequeña se entregó con pasión a los juegos de su edad, tradicionales entre las niñas de su aldea; en el internado se aplicaba a cumplir su deber durante los recreos, como en las demás distribuciones. Pero durante las vacaciones, o los días que sus padres obtenían licencia para sacarla del Colegio, ¿cómo los pasaba Saturnina?.

-¡Cosa extraña! -dice una de sus paisanas - Si en sus primeros años de estudiante lloraba al terminar las vacaciones y no quería volver al Colegio, no pasó mucho tiempo, y ya sentía que llegase la hora de dejar el internado.

No es que el pueblo le fuese antipático; tampoco la ciudad tenía para ella atractivos; es que, en la ciudad y en el pueblo, se encontraba en el mundo, y el mundo, según el catecismo, es uno de los enemigos del alma, el más peligroso, sobre todo para los jóvenes. El mundo tiene sus “bienaventuranzas” diametralmente opuestas a las de Jesucristo: tiene sus sofismas: “no desentonar”, “convivir”; tiene sus lazos: la moda, los espectáculos; tiene sus venganzas crueles: la calumnia y el ridículo... Es como dicen los Santos, el mejor ministro de Satanás. “El demonio no tiene labios con que sonreír, ni lengua con que halagar, ni manos con que aplaudir, ni ojos con que admirar”... y los hombres mundanos le sirven admirablemente, prestándole todos esos medios de sugestión. Por eso es tan difícil conservar la amistad de Dios a los que son amigos del mundo. La Escritura lo declara incluso imposible.

Sátur conoció pronto su malicia y le atacó de frente, no precisamente con el odio, sino con olvido y desdén, que es lo más sensible a su vanidad.

En el pueblo, su recreo favorito eran los paseos al campo, acompañadas de amigas de toda confianza. En las calles era la edificación de todos: cuando salía de casa, apenas levantaba los ojos del suelo, aunque con tal llaneza, que a nadie parecía extraño su recogimiento, y ahora se admiran sus paisanos de no haber entonces caído en la cuenta de que con ellos tenían una santa. Pero una vez alejada del pueblo, se sentía a sus anchas y parecía otra persona: cantaba, reía satisfecha u hablaba sin cansarse, aunque casi siempre de cosas del cielo.

Este era también su proceder durante los paseos que daba en el Colegio: “Recuerdo – dice una condiscípula - que en los paseos nos contaba, y la gustaba que la contásemos ejemplos y cosas edificantes de los santos, especialmente de Santa Teresita y San Juan Berchmans; también recaía frecuentemente su conversación sobre la conversión de los chinitos, y ella sentía verdaderos deseos de ser misionera”.

En el pueblo, sobre todo, otra de sus recreaciones (nueva manifestación de su espíritu apostólico) era acompañarse con los niños pequeños y enseñarles a cantar, a rezar y los elementos de la doctrina; en cambio, no gustaba juntarse indistintamente con las jóvenes de su edad, porque con frecuencia se mezclaban en la conversación algunas palabras menos dignas de los altos pensamientos que alimentaba en sí este verdadero ángel de honestidad y recato juvenil.

Espectáculos

No recuerdan sus amigas que entrase nunca en un salón mundano. Algunos de sus familiares la invitaban a veces a que (como dicen) frecuentase la sociedad; pero ella “daba siempre la callada por respuesta” y distraía la atención a otro asunto, como si no entendiese lo que la querían decir. Algunas de sus paisanas la rogaban que fuese con ellas al baile, y, en cierta ocasión, por complacer a una forastera, que estaba en Villacid las fiestas del pueblo, llegó hasta los umbrales del salón; pero iba tan apenada y descompuesta, que otra amiga lo notó y se ofreció a dar con ella un paseo por las

afueras; Sátur, agradecida y jubilosa, aceptó la invitación, aunque es seguro que, de no haber mediado esta compañera, hubiera ella misma inventado algún pretexto para no hacer lo que tanto la repugnaba. En otra ocasión la hacían fuerza para que entrase en la sala, al menos para ver el baile, ella contestó que ya le conocía y no le interesaba; y como insistieran, se le saltaron las lágrimas, o por ver tan ciegas a aquellas amigas, o como desahogo de la violencia que tenía que hacer a su natural bondadoso y condescendiente, negando lo que se oponía a los dictados de su conciencia.

En la capital, no gustaba de los lugares concurridos, y si tenía que acompañar a su padre, procuraba convencerle de que era más cómodo atravesar la ciudad por calles menos frecuentadas que por la céntricas; no era timidez, según prueba la naturalidad con que se desenvolvía en los lugares más movidos, cuando era necesario acudir a ellos; sino amor al recogimiento y tal vez cautelas con que protegía su corazón.

Poco antes de entrar en el noviciado la llevó su padre al teatro con otros de la familia; sólo por obediencia les acompañó, pues de otra manera se hubiera negado, como hacía invariablemente; más dentro del salón no vio nada de la pieza, pues todo el tiempo cerró los ojos o los tuvo ocultos con la mano. Su tía lo notó y la preguntó por qué hacía aquello, pues se trataba de una obra digna que podía verse en todas partes; pero ella disimulaba su mortificación diciendo que le perjudicaba a la vista tanta luz... De muchos Santos se cuentan actos parecidos.

Tampoco le gustaba pasar largos ratos de conversación con los jóvenes y cuando en casa había una reunión íntima, no tomaba parte en el baile ni siquiera acompañaba con el piano, y si le forzaban a hacerlo y no podía excusarlo, lo hacía con evidente repugnancia.

La piedad

El secreto de estas delicadezas de Saturnina, que algunos tacharán de extravagancias o exageraciones, hay que buscarle en su profunda piedad. Para el común de los fieles, la oración se reduce a suplicar que ponga el Señor a nuestro servicio su omnipotencia: que nos libre de peligros temporales o nos colme de bendiciones, casi siempre terrenas. Es cierto que podemos pedir todas esas cosas, pero el fin esencial de la oración es muy distinto; más que recurso de orden temporal, la oración es medio de vida sobrenatural: el medio de conocer lo que Dios quiere de nosotros, sus designios en orden a nuestra santificación; lo cual es ya una gracia singular, y adquirir después docilidad para adaptarnos voluntaria y generosamente a esos designios con toda la exactitud que nos es posible, y en esto consiste la esencia misma de la santidad.

En la sumisión a estas normas que impone la “vida de oración” está la clave de toda la conducta de Saturnina.

Las primicias.

Fue siempre Sátor, muy madrugadora; pero penetrada del divino honor que le hacía Jesús diariamente, no sólo en concederle larga audiencia con Él, sino en sentarla a su mesa en la Comunión, consideraba como un deber de cortesía guardar para Él su primer saludo y las primicias de su delicado corazón. En el pueblo, una vez vestida y arreglada, daba principio a sus rezos sin salir del cuarto, ni querer distraerse en nada hasta que abrían la Iglesia. Como este intervalo duraba a veces horas, terminados los ejercicios que tenía por costumbre, leía o meditaba, sin apartarse ningún día de esta regla de conducta. Cuando la reñían porque no ayudaba en las faenas de la casa, callaba humildemente, o respondía con modestia que en el resto del día quedaba tiempo sobrado para arreglar su dormitorio y ocuparse en los demás quehaceres o en sus estudios.

En el Colegio se veía obligada a seguir la distribución general, pero notaban las Madres que era muy tarda en asearse por las mañanas, y tal vez pretendía con aquel retraso evitar ocasiones de distraerse o hablar, antes de su primera entrevista con Jesús en la Iglesia.

Llegada a este santo lugar, todos comparan espontáneamente su actitud con la de un ángel: “Bastaba verla en la capilla para saber cómo podrán rezar los ángeles”, dice la Madre Prefecta; los de Villacid decían lo mismo; una amiga añade:” Al verla venir a comulgar decían todos que parecía un ángel; con las manos juntas, los ojos bajos, olvidada de todo lo terreno y como si no hubiera entonces en la iglesia más que ella y Dios”, fundidos en uno durante aquellos preciosos instantes que siempre le parecían breves. “Llegada a su sitio, cubría el rostro con las manos y así permanecía inmóvil toda la misa dando gracias, pues solía comulgar al principio”.

Cuanto la veían quedaban profundamente impresionados, y más que nunca, su ascendiente era irresistible de modo que aun los más distraídos se recogían con sólo mirarla. No sin cierta pena añade una amiga de Villacid este sentido reproche que tendríamos que dirigir todos a Saturnina: “Pero nunca la dio por comunicar a las amigas u otras almas las dulzuras que ella gustaba”.

La intimidad

No fija horas de audiencia. Sátor consagra a Jesús las primeras de la mañana como deuda sagrada debida a las prevenciones de la más amorosa y magnífica de las amistades. Pero los buenos amigos están siempre dispuestos a recibirse, y deseosos de nunca apartarse si ello es posible. Por eso dice de Sátor una Madre:

“Todos los ratos o momentos libres, al dar la hora, y al llegar el recreo, después de dar el Ave..., que es la señal para empezarle, pedía permiso y empleaba unos minutos a los pies de Jesús Sacramentado con las manos recogidas y ligeramente apoyadas en el banco modestísima” No necesitaba mucho tiempo, lo suficiente para agradecer los beneficios recibidos en la oración y misa de la mañana, renovar los propósitos y pedir a Jesús una nueva bendición. Luego una genuflexión en que ponía toda su alma y revelaba todo su espíritu de interior respeto y adoración a la divina

Eucaristía; por fin la última mirada al Sagrario, la más amorosa, al tomar agua bendita, y, con el corazón lleno de gozo, a jugar, a estudiar, a obedecer. Ni siquiera entonces cesaba del todo la comunicación: la seguían a todas partes la atención tranquila y amorosa a las inspiraciones divinas y el deseo y preocupación de conformar en todo con ellas su voluntad.

Durante las vacaciones pasaba entre día largos ratos en la iglesia, y cuando esto le era imposible, se retiraba a su habitación, dando cualquier excusa a sus compañeras o familiares.

Supuesta una vida tan constante de oración, se comprenden bien las renunciaciones de Saturnina a toda diversión que no pudieran aprobar los ojos purísimos de Jesús o que solamente la distrajeran de tan amable compañía. Viviendo en el mundo andaba absorta de todo lo criado y recogida en el más profundo centro de su alma, en soledad íntima que permitía a Dios obrar libremente en ella.

De aquí le nacía también la filial confianza en que vivía con Dios. Si alguna vez en las conversaciones se ponderaba la justicia del Señor, ella siempre añadía:

-Sí, sí; ponderen todo lo que quieran la justicia..., pero es mucho mayor su misericordia.

La obediencia y sumisión perfecta a que llegó, siendo de su natural tan independiente y amiga de mandar, le vino también de la oración: la herencia de Eva se corrigió con este antídoto, cumpliéndose en ella lo que admirable y profundamente dice el B. Ávila: "Heredamos de nuestros primeros padres un secreto deseo de divinidad, aunque robada, que nos hace imitarlos en ello y querer que las cosas se hagan como y cuando nos parece, con otras secretísimas raíces que no se ven sin lumbre del cielo; ésta no se puede alcanzar sin *oración larga*".

La madre del Amor Hermoso.

"Cuando hablaba de la Santísima Virgen, escribe una paisana, siempre decía: *Mi madrecita querida*; y si alguno la preguntaba si era su madre terrena, ella respondía con una sonrisa divina, que no, que era la Santísima Virgen, su Madre del cielo". Todos se daban cuenta de que el amor a María era en Saturnina nota característica: "Su amor a la Eucaristía, su filial cariño hacia la Reina de los Cielos y el amor acendrado a las misiones, forman la fisonomía espiritual de Saturnina." El suceso de su vida no hará más que confirmar este juicio de una de sus maestras.

La imagen de la Purísima venerada en la capilla de su colegio, ante la cual elevó al cielo tantas plegarias, se le imprimió tan profundamente en el alma, que la llevó siempre el resto de su vida. Uno de los ruegos que hacía a su madre terrena, cuando la escribía era éste:

-Usted, madre, cuando vaya al Colegio, haga una visita de mi parte a mi Virgencita (17-XI-1935).

Algunas espinas

Las flores más vistosas y fragantes no suelen producirse sin espinas, y las almas que quieren conservar inmaculada su limpieza se rodean con las espinas de la mortificación. Además, en cuanto un alma empieza a amar a Dios, se siente impulsada a hacer por Él generosos sacrificios, que son al mismo tiempo chispas de caridad y combustible que alimenta su fuego.

Saturnina, conducida por los caminos de la sencillez, no hizo, que sepamos mortificaciones extraordinarias: el primero y más excelente de sus sacrificios fue el cumplimiento exacto de sus obligaciones, que comprende en sí la corrección de los propios defectos, la paciencia, la dulzura en soportar los ajenos y la fidelidad a las inspiraciones, que muchas veces le impusieron privaciones muy costosas a la naturaleza.

Aparte de esto, que es lo principal, dice una Madre: “Nunca la vi tomar un dulce, fuera de los que en la mesa se servían como postre, y que no se permitía dejar, salvo inconveniente para la salud. En sus bolsillos se encontraban los caramelos que bien las mismas niñas o las Madres repartían entre todas: estos dulces los daba luego a otras más pequeñas o a los niños que se encontraba en la calle yendo de paseo; lo mismo hacía con la merienda en la primera ocasión que se le presentaba. En el refectorio se mortificó siempre comiendo lo que se sirviera. Al levantarse, hacía lo siempre con toda diligencia y se lavaba luego, jugando como quien dice con el agua, lo mismo en el buen tiempo que en los días fríos de Valladolid cuando estaba casi helada.

“Mortificada la curiosidad, no mirando, como suelen las niñas, y aun las personas mayores, cualquier cosa extraña que ocurriese a destiempo.

“Llevaba con paciencia las pruebas o enfermedades con que Dios probaba a los suyos: una vez la vi llorar cuando su hermana tuvo que dejar temporalmente el convento por enferma, pero lo ordinario era disimular sus penas y esconder en su corazón el amor natural que sentía por los miembros de su familia. Jamás la oí hablar ni de sus parientes ni de su pueblo; muy al contrario, sólo saben hablar de sí y ponderar sus cosas”.

Nunca pidió nada a sus padres para caprichos o fingidas necesidades, y todo lo que espontáneamente le daban en casa iba a los cepillos de las limosnas generalmente para las misiones.

La postura digna que guardaba en los rezos y en toda circunstancia es también un buen sacrificio para la movilidad de la niñez y adolescencia.

Por fin, para dar más tiempo a la oración y lectura de libros espirituales, todas las noches (en casa) se privaba de buena parte de sueño: “Cada noche gastaba una vela”, dice su hermana y no saben cuándo se acostaba, pues todas quedaban dormidas cuando ella aún seguía leyendo o rezando.

Si ahora recordamos sus defectos de pequeña, fácilmente admiraremos la fuerza de voluntad que desplegó y el dominio extraordinario que supone un cambio tan radical en tan poco tiempo.

Otras espinas más agudas le proporcionó el Señor mismo con pruebas y sequedades interiores: es el camino ordinario que Dios sigue con sus íntimos. Sátor se vio a veces inundada de alegría interior, de vivas luces y ardores seráficos; pero también conoció las tinieblas y arideces. Donde otros no ven nada opuesto a la virtud, ella descubría manchas que la atormentaban interiormente; así adquirió tanta pureza de alma y se encendió en amor de Dios. Los consejos de un sabio director la ayudaban entonces; pero la pena no siempre podía esconderse en su interior, y así las personas experimentadas y observadoras pudieron notar en Sátor estas angustias. “Me pareció, dice una, que el espíritu de Sátor no gozaba sensiblemente; ella vivía suspirando por el cielo, y eso me hacía pensar que sentía nostalgia de algo que anhelaba muy hondamente. Pensando en ella muchas veces medité esta máxima: “Cuanto más grande es un corazón, tanto más grandes son sus soledades y desiertos”.

Estos deseos del cielo debían ser ya entonces en ella muy vehementes, pus dos íntimas, una del Colegio y otra de Villacid, los recuerdan: “¡Qué felicidad (cuentan que exclamaba) si muriese yo joven como Santa Teresita!”.

...¡No era para la tierra esta flor! El buen Jesús escuchó sus ruegos; pero antes de trasplantarla al Paraíso, quiso ponerla algún tiempo en el jardín de la religión, que es su antesala.

III

“FLOR ESCOGIDA”

Vocación de Saturnina

En Mayo de 1933 obtenía Sátor el grado de Bachiller. Para los estudiantes suele ser este día rosado como ninguno. Es un rayo de sol que sonríe e ilumina el porvenir y le puebla de quimeras. Las tristezas y apuros se esfuman como pesadilla de enfermo; las preocupaciones del porvenir se doran con sueños de grandeza y felicidad imperturbable, fraguados por la imaginación.

Pocos caen en la cuenta de los peligros que corren precisamente cuando se creen más seguros de la terrible responsabilidad que han de asumir al orientar definitivamente su vida por la elección de carrera.

El muchacho y más aún la jovencita, que entre diez y seis y diez y ocho años, dejan la atmósfera cálida de un internado para engolfarse de repente en la agitación de un mundo que deslumbra con sus artificios y con las más seductoras perspectivas, corren peligro olvidar en pocas semanas las lecciones aprendidas en muchos años de retiro. ¡Para cuántas se cumplen entonces a la legra aquellas palabras de la Escritura: “El hechizo de la vanidad pervierte el ánimo inocente”.

Dichoso el que en tan crítica coyuntura tiene el corazón libre y la mente tranquila, piedad profunda y docilidad perfecta a un prudente consejero. Dichoso el que está en disposiciones para oír la voz de Dios y seguirla sin titubeos, aunque no siempre sin sobresaltos... Porque Dios también suele hablar por entonces y nunca es

tan necesario escucharle como en estos días, en que de ordinario manifiesta o precisa los designios de su Providencia, revelando a cada uno su vocación. Así no es raro que, a unos días de alegría desbordante, sigan pronto los de honda preocupación.

Sátur andaba también aquellos días visiblemente preocupada; más no porque sintiese vacilaciones sobre la elección de estado: este asunto lo tenía resuelto de atrás: ella, la “flor silvestre”, había sentido pasar al divino Hortelano, que, con lenguaje mudo, pero inequívoco, la decía: “Sígueme”, Y al instante respondió agradecida: “Te seguiré, Señor, adonde quiera que vayas”. Sólo esperaba impaciente el momento de partir.

Su preocupación de ahora provenía de que se alzaban obstáculos imprevistos para seguir el divino llamamiento: dos dueños se arrogaban autoridad sobre la “Florecilla”, ésta conocía su obligación pero eran menester suma cautela y discreción para dejar contentos a ambos señores, tiernamente amados, aunque muy desiguales en la dignidad y los derechos.

Misionera

¿Cuándo oyó Saturnina el divino llamamiento? No hay indicio de que fuera en los años de su primera infancia. Después la voz de Jesús se fue insinuando poquito a poco: las visitas frecuentes que de siete u ocho años hacía a su hermana, colegiala con las Madres Bernardas serían los primeros toques de la gracia; sus bromas con las monjas, cuando años después vivió entre ellas, suponen ya cierta atracción oculta hacia el claustro; aquel repique misterioso de las campanas del Corpus Christi, parecía decirle ya que Jesús la esperaba en un convento, que, por ocultos designios suyos no era el de Huelgas Reales.

Luego, no sin alguna particular providencia, escogieron sus padres el Colegio de la Sagrada Familia para que Saturnina estudiase el Bachillerato. Las “Hijas de Jesús” era del todo desconocidas y nuevas en Valladolid; con todo, sin saber bien por qué, las prefirieron a otros acreditados colegios de aquella capital. Estas religiosas, en el fervor primitivo de todas las órdenes en su origen, cautivaron con sus virtudes, abnegación y apostólico celo el corazón de Saturnina, que sintió, seguramente muy pronto, inclinación a adoptar su género de vida. ¡Ya no oía, ni echaba de menos las campanas del Corpus! Con todo, no se lo manifestó a las Madres, debido a la reserva que guardó en todo, al cambiar de Colegio. Una circunstancia, bien insignificante al parecer, pero que nos revela de una pincelada todo el interior de Sátur, la decidió por fin, sin mezcla de vacilaciones.

Tenía ella quince años cuando en Valladolid se enteró de que las “Hijas de Jesús” habían establecido en China una casa misión. Esta circunstancia fue un rayo de luz que la descubrió en un instante su vocación verdadera. Con la gallardía de su alma generosa y enamorada de todo lo grande, se resolvió inmediatamente a seguirla. Iba a consagrar su existencia a Jesús, pero no en la estrechez de la clausura, sino buscándole almas, por medio de la enseñanza, en el campo inmenso del apostolado entre infieles: se haría monja pero monja misionera. Desde entonces soñaba con las misiones;

devoraba las revistas misionales que le venían a las manos, y la conversación más animada durante los paseos con sus íntimas, sobre todo si las creía tocadas de su misma dolencia, era hablar de los chinitos y de la insigne merced que sería para ella llamarse y ser un día “Hija de Jesús”; estos dos temas se fundían para Sátor en un mismo amor.

“Timeo Jesum transeuntem”

“Temo que Jesús pase de largo”, decía San Agustín. Jesús es dechado divino de delicadeza y caballerosidad: no fuerza, no avasalla las almas, las invita. Se muestra a ellas, las mira con amor y las dice, con sumo respeto a su libertad: “Si quieres ser perfecto, déjalo todo y sígueme” Las almas cuanto más nobles y puras, más capaces son de comprender la dignación que encierra esta invitación divina, y mejor presienten la íntima desgracia que se les seguiría no haciendo de ella el debido aprecio. Su peor martirio es el escrúpulo de ser infieles y desamoradas, o siquiera poco “cortesés” con el que Santa Teresa llama “Capitán del amor. Jesús nuestro bien”.

El deseo de Sátor, tan pronto como conoció su vocación de misionera, hubiera sido “dejar al instante” los libros y tareas, como dejaron los apóstoles sus barcos y redes, para dirigirse en pos de Jesús al noviciado. En la primera ocasión se fue aparte con la Madre Prefecta, la descubrió sus propósitos y desahogó en ella su corazón.

La prudente religiosa oyó complacida las revelaciones de Sátor, pero no mostró darles excesiva importancia. Le parecía todo muy bien...; mas el asunto pedía discreción, oraciones y tiempo...; no corría prisa el decidirse. Un poco desconcertada, Saturnina, no por eso se desalentó. Como ella, con sus quince años, podía ya empezar su formación religiosa, no dejaba de insistir, y al ver la aparente indiferencia con que la oían, llegó a asaltarle la idea de que no la querían admitir. ¡Qué pena, si con la tardanza, Jesús pasaba de largo y ella le perdía de vista!

Larga espera

Al fin, la declararon las Madres que antes de ingresar debía terminar el Bachillerato. Estudiaba entonces el cuarto curso, y la espera de dos años se le hacía interminable. Pidió dirección y consuelo a personas experimentadas, las cuales la aseguraron que la medida tomada por las Religiosas era la mejor, y que no tenía por qué apenarse ni hacer escrúpulo de retardar su adiós al mundo, puesto que lo hacía contrariando su inclinación. Apenas podía resignarse; y por eso, cuando los hombres se le oponían, acudió al Señor, y fiada más en su ayuda que en las propias fuerzas y en los cálculos humanos, se decidió a preparar en las vacaciones el quinto curso de Bachillerato. El Señor la bendijo de una manera que puede tenerse por prodigiosa, lo cual la confirmó más en su santa vocación.

Había cursado el cuarto año *como oficial*, y no podía según los reglamentos vigentes, adelantar curso *como libre* durante las vacaciones. Ella a pesar de conocer este inconveniente, se puso a estudiar fiada de que Dios podría arreglarle el asunto. Y

¡cosa extraña!, en agosto de aquel verano salió una disposición ministerial permitiendo aun a los alumnos oficiales adelantar curso en septiembre.

El sexto curso, último de Bachillerato de entonces, lo vivió ya Sátor en el mundo con el fervor de una perfecta religiosa ; y a medida que pasaban los meses se inundaba su corazón de alegría incontenible, que le hacía padecer, porque le alejaba desmesuradamente el logro de su dicha; era un estado agudo de alegría dolorosa, casi indefinible, pero que han sentido cuantos gimieron mucho tiempo lejos de los suyos.

ES muy probable que ningún Bachiller de aquel año recibió el título con el júbilo de Saturnina; no porque le rompía las ligaduras que hasta entonces la tenían sujeta, como niña a sus padres y maestras, sino al revés porque sonaba para ella la hora de volver para siempre las espaldas al mundo, y se le abrían de par en par las puertas del dulce encierro donde sería por siempre “pequeñita” como era su deseo e “Hija de Jesús”.

Era demasiado.

Estaba Saturnina muy ,lejos de sospechar la prueba que la esperaba; tanto más dolorosa, cuanto menos prevista. Su padre no se oponía a que se hiciera monja, pero, fuéralo o no, lo único prudente a su juicio era que por de pronto Sátor hiciese primero una carrera.

-Era muy joven - decía don Ezequiel- para tomar una decisión tan importante, y no conoce suficientemente el mundo para saber lo que la conviene; además, si después de terminada la carrera entra religiosa, suponiendo que no la probase el convento, encontrará al salir más facilidad para ordenar su vida en el mundo.

Son razones de prudencia humana, que de ordinario sólo se presentan cuando los jóvenes quieren abraza el estado religioso. ¡Ojalá se tomaran tantas precauciones antes de dar licencia para elegir otros estados y carreras!.

Sátor conocía la tenacidad de su padre; ella le amaba tiernísimamente, y en su vida no le había ocasionado el menor disgusto; pero aquello era demasiado, parecía superior a sus fuerzas.

Trató, pues, de vencer por un medio indirecto la oposición de sus padres, y le pareció que nadie mejor que sus maestras y futuras hermanas en religión podían ayudarla en aquel negocio; acudió a ellas pidiéndoles que intervinieran y procurasen convencer a su padre. Pero las Religiosas creyeron por entonces lo más acertado mostrarse partidarias de la opinión de don Ezequiel, y aconsejaron a Sátor que se matriculase para el curso siguiente en la Facultad de Ciencias.

“Toda enfadada cuenta la Madre Prefecta, como no recuerdo haberla visto nunca, me dijo entonces:

-Usted tiene la culpa de que yo no esté dentro.

Ella no entendía de cálculos humanos, y debió pensar otra vez: “¡Qué cosas hacen estas monjas!”

Enferma años después con la dolencia la llevó al sepulcro, tuvo esta Madre ocasión de hablar con Sátor y recordarla esta escena; pero no le pidió perdón de aquel

apóstrofe, sino que, muy seria, con cierta desazón interior que aun parecía durarla y con profundo agradecimiento a su divino Esposo, añadió:

-Y gracias que se dignó esperarme Jesús!

Este era el verdadero torcedor que atormentaba su espíritu.

Con todo, pues que no estaba en su mano hacer otra cosa, comprendió que también aquello “lo quería Dios”, y obediente a sus padres, fue a la Universidad y empezó la carrera de Ciencias. Su único consuelo por entonces era pasar en las Huelgas, algunos ratos con Clarita, ya monja profesora, según se desprende de lo que ésta escribía en octubre de 1933: “Mi hermana (Sátur) siempre me dice que pida mucho por ella, pues está cada vez más firme en su vocación, aunque ve tan perseguidos a todos los religiosos, y más donde ella quiere entrar, pues ya han tenido que vestirse de seglares para poder enseñar en aquellos años tristes de la república. No quería estudiar carrera, pero mis padres no la dejan entrar hasta que termine una, y la pobre se ha tenido que resignar y ha empezado la de Ciencias. No deje usted de pedir por ella para que salga de tantos apuros. Mañana cumple diez y ocho años.”

El triunfo.

La oración era su principal refugio: gracias a ella podía soportar tal prueba; pero le era imposible sobreponerse del todo, y sin poderlo remediar se mostraba en algunas ocasiones triste con sus padres; éstos a veces acrecentaban su pena diciéndola que no les quería como antes; otras, por probarla, la reprendían de que se diese tanto a sus devociones con descuido de otros quehaceres; pero, si inmediatamente después de la amonestación la llamaban para preguntarla alguna cosa o darla un encargo, se presentaba al instante con su habitual mansedumbre, dispuesta a obedecer y complacerles, aunque estuviesen sus ojos aún húmedos por las lágrimas momentos antes vertidas.

A estos dolores externos se juntaban las pruebas y sequedades interiores, y el temor siempre latente de cometer con Jesús algún desacato, por tanta dilación en seguirle. Ella tenía presentimientos de que su vida sería breve. ¿No podía acaso enfermar y verse privada de corresponder a su llamamiento? ¿Estaba segura de no resistir a la gracia, y de haber hecho cuanto Jesús exigía para triunfar de tanta resistencia? Tal vez no; por eso, después de haberse encomendado con todo fervor a Jesús y a la Virgen, un día que su padre estaba en Valladolid intentó el último recurso. En un momento que le creyó bien dispuesto a escucharla, empezó por extremarle las pruebas de su filial cariño, se arrojó luego a sus pies, y, toda arrasada en lágrimas le dijo que la perdonara, pero que ella no podía más; que se apiadara de ella y la diese licencia para seguir a Jesús donde la llamaba, que no le hicieran esperar por más tiempo.

El padre no pudo soportar sin enternecerse aquella súplica tan humilde y dolorida, y junto con un abrazo lleno de ternura dio la bendición a su hija y pleno consentimiento para seguir su vocación.

“¡Ya estoy dentro!”

En cuanto se vio autorizada para entrar religiosa, corrió al colegio y por encontrarse ausente **la Superiora, Reverenda Madre Acevedo**, se presentó a la Madre Prefecta, que hasta entonces (según pensaba Saturnina) tan poco favorable se le había mostrado. Ahora pudo persuadirse de lo contrario: la abrazó con cariño de verdadera madre, le arregló algunos papeles y sin esperar la vuelta de la Superiora, aunque contando de antemano con su venia le abrió la clausura con lo que Sátor lograba el colmo de sus deseos.

Seguía en traje seglar, y continuaba asistiendo a las clases, pero con una gran diferencia: ¡Ya estaba dentro! Pertenece a la familia. Así se lo expresó ella a la Madre Acevedo, cuando al regresar de su viaje fue Sátor a echarse en sus brazos para decirle todo gozosa estas solas palabras:

-¡Madre ya estoy dentro...!

Las antiguas profesoras sin dejar de serlo, eran ya sus hermanas; las condiscípulas, en cambio, aunque seguían siéndolo también quedaban de puertas afuera: eran seglares, vivían en el mundo: ella era ya religiosa y aunque sus estudios la obligaban a asistir a la Universidad, “ya no era del mundo”.

A sus mejores amigas, con quienes se cruzaba de continuo, se contentaba con volverles una de sus amables sonrisas, pero sin entablar conversación. Una condiscípula de la Universidad que frecuentaba el colegio de la Sagrada Familia, y luego siguió a Saturnina al Noviciado, nos pinta muy bien este cambio, junto con la indefinible simpatía que irradiaba en su derredor:

-Yo la conocí – dice- camino de la Universidad y desde el primer momento me atrajo con su exterior angelical. Indagué su nombre y... sus aspiraciones, y ella influyó algún tanto en mi vocación de Hija de Jesús. Tenía grandes deseos de hablarla, pero mi natural tímido me lo impedía; hasta que por fin un día salimos juntas del colegio, y después de dejarla adelantarse un buen trecho, me vencí, y aligerando el paso, me acerqué y entablé conversación. Quedé tan dulcemente impresionada, que siempre estaba buscando ocasión para poderla hablar. Pocas veces la tuve, pues a poco comenzó el postulante, *y ya sólo levantaba ligeramente los ojos, y me dirigía una suave sonrisa cuando nos encontrábamos.*

Lo mismo hacía con las demás compañeras, las cuales afirmaban que Sátor les dijo adiós con pena, pues su buen corazón tenía para todas afecto de hermana, y toda separación es siempre dolorosa a los que bien se quieren.

Postulante

Antes de vestir el santo hábito, y dar principio al noviciado, corre un tiempo más o menos largo durante el cual, la solicitante o postulante examina de cerca el género de vida que se dispone a abrazar: estudia las reglas del Instituto y sigue un reglamento parecido al de las religiosas: este período de preparación se llama postulante y generalmente se sigue en la misma casa que habitan las novicias. Para Saturnina, por excepción, y con el fin de que pudiera examinarse en la Facultad, el

postulantado dio comienzo en el mismo colegio de Valladolid: así su género de vida varió poco en apariencia, lo cual no impedía que las Madres se edificaran grandemente de su fervor.

“Daba gusto – dice una de ellas – en este tiempo de su postulantado verla con qué fervor y modestia bajaba a la tribuna a hacer los rezos; ¡parecía ya una religiosa veterana! humilde, sencilla y llena de amor a la Santísima Virgen, como lo mostraba su actitud cuando rezaba el santo Rosario. Fue por entonces su refectorio el pasillo común, por no haber otra habitación disponible en esta parte de la clausura, y, al pasar, se la veía con tanta naturalidad, humildad y modestia que era la edificación de todas”.

Otra Madre hace también la apología de las virtudes sencillas de Sátor e esta época: “ En las horas que el estudio, cuando postulante, la tenía entre nosotras, las profesas, podía muy bien decirse que su solo aspecto observante y minucioso en la distribución y la exactitud en el cumplimiento exterior de sus deberes más que de una principiante, superaba a cuanto se puede pedir a la profesas más aventajada en fervor. Su modestia y silencio riguroso, su compostura habitual podían servir de censura a las más insignificantes faltas, y la constancia de su trabajo en el estudio no pocas veces me avergonzó”.

En este género de vida transcurrieron para ella las semanas que mediaron entre el 4 de abril y el 18 de junio de 1934: distribuidos los instantes entre la Universidad y su celdita, el trato con sus Hermanas y el roce frecuente con sus condiscípulas, el estudio y la oración... todo ante la mirada amorosa de Jesús que la tenía por “hija”, y llevada de la mano por su Madre del cielo que en todo la gobernaba.

El vuelo a Salamanca

Pasados con pleno éxito ,los exámenes en la Facultad, ya nada la detenía en Valladolid, donde todavía se consideraba un poco como ave prisionera del mundo. Con íntimo consuelo podía escribir el 16 de junio: “ *Por fin* tengo la dicha de poderle comunicar que, Dios mediante, me voy al noviciado el lunes 18... estoy, pues , contentísima.

¡Cuántas cosas encerraba aquel “por fin” y con qué desahogo lo pronunciaba ahora Saturnina!... Puédesela bien creer cuando añade que “está contentísima”.

Da luego cuenta del estado en que deja sus estudios de Ciencias (primer año) y de Música (quinto curso); habla de “lo que la ilusiona no tener que ocuparse de libros en buen rato”, aunque más adelante tenga que entregarse de nuevo “ a esta penitencia”, y por fin se explaya en lo que para ella tiene mayor significado, dentro de la Congregación que se dispone a abrazar: “El Instituto del cual voy a formar parte, se dedica enteramente a la enseñanza en España y América; tiene dos casas *misión* en Filipinas y otra en China de reciente fundación”.

El 18 de julio salió en efecto acompañada de la Madre Acevedo, Superiora de Valladolid, de otra postulante y de los señores de Arévalo, amigos de la comunidad,

que quisieron obsequiar a la Madre Acevedo llevándolas a todas en el auto de su propiedad.

“No recuerdo- dice su compañera de viaje- si Saturnina lloró, pero sí la paz que me comunicaba cuando, compadecida de mis continuas lágrimas, me miraba, y de los deseos que en el viaje mostró de vestir el santo hábito, los cuales fueron creciendo a medida que se acercaba el momento feliz: de último, hasta los minutos contados”.

Las circunstancias en que estas almas generosas tomaban tan importante decisión no tenían nada de halagüeñas: era en 1934, cuando triunfaba en España la irreligión, y se perseguía abiertamente a todas las Órdenes Religiosas, especialmente las dedicadas a la enseñanza. Las Hijas de Jesús para poder seguir cumpliendo su misión, habíanse ya visto obligadas a vestir traje seglar; a las novicias no les esperaba sino el destierro, que vino pronto, y acaso la muerte, a que estaban dispuestas y que arrojaron después con valor tantos millares de religiosos.

Para Sátor se agravaba lo arriesgado de su determinación con una circunstancia dolorosísima. Durante la Cuaresma anterior, su hermana, la monja cisterciense fue acometida de una dolencia que degeneró en enfermedad larga y de pronóstico grave. Obtenida licencia de sus prelados, tuvo que dejar temporalmente el monasterio para atender a su salud en un lugar sano y apacible. Amaba Sátor a su hermana como a sí misma, y por lo que ella había padecido hasta lograr la dicha de entrar en el convento, puede ahora deducirse su pena al ver a quien tanto quería, obligada a vivir en el mundo y expuesta a sus peligros.

Todas estas cosas juntas eran muy capaces de hacerla llorar en aquel viaje; pero vemos por su compañera que todo era en Sátor placidez y alegría, si no es la impaciencia por verse cuanto antes monja del todo.

Santa Teresa llamaba a sus monasterios “palomarcicos de Nuestra Señora”, Sátor se imaginaba también la ida al Noviciado como “su vuelo al palomarcito” de Salamanca.

Vuelo corto, que sólo en parte sacia sus ansias de volar... Subida en la atalaya de sus deseos, otea el horizonte sin límites, y sólo en China o Filipinas descansa su mirada inquieta y penetrante.

Por cierto, una de sus primeras emociones al llegar al noviciado fue presenciar la tierna despedida de dos nuevas misioneras que partían para China “ Sátor se pasó el día llorando”, dice su compañera o de devoción al ver el celo de aquellas dos almas o de santa envidia porque ella nos las podía acompañar.

Los Mostenses

Son los “Mostenses” para las Hijas de Jesús algo así como Loyola es para los hijos de San Ignacio, o Asís para los de San Francisco: la cuna donde se meció la Congregación niña, que en 1871 nació en el campo siempre fecundo de la Iglesia.

Le viene a este Monasterio el curioso nombre que lleva de haberle habitado en otros tiempos los religiosos Premostratenses; y llegó a manos de las Hijas de Jesús (que hicieron de él su primer noviciado y casa generalicia) por la intervención

provincial de la Excelentísima señora de Castellanos, amiga antigua y bienhechora de la Madre Cándida.

El edificio es amplio. “Consta de un patio cuadrado, de unos 20 a 25 metros de lado, sobre el cual se levantan dos pisos en tres de sus lados, pues el cuarto lo forma la iglesia adosada” (P. Nazario Pérez).

Por el patio y su amplia huerta discurren durante los recreos las novicias, rompiendo con sus risas francas el silencio monacal que reina, fuera de esos ratos de expansión, en este santuario, doblemente venerado por las Hijas de Jesús: por cobijar a su sombra a la Reverenda Madre General y al Consejo Superior de la Orden, y porque su hermosa capilla guarda los restos mortales de la Santa Fundadora.

Dentro de los muros de este sagrado recinto se afinó y voló a las manos de Dios, cumplida su misión en la tierra.

Una sorpresa

Saturnina continuó en Salamanca el postulantado, libre de toda preocupación extraña a su nueva vida. Aquí no tenía que ocuparse sino de asistir a los actos de piedad que se acostumbra; oración, Santa Misa, oficio divino, etc.; oír pláticas y conferencias espirituales, y en los tiempos restantes estudiar el piano, o repasar algunos libros de la carrera.

Una de sus compañeras postulantes hace de Sátor el siguiente brevísimo y sustancioso retrato: “Durante el postulantado, Saturnina se mostró lo que era en realidad: un ángel. Su modestia, su silencio, su piedad, su caridad, que siempre hallaba disculpa para todas... todo en ella me llevaba a Dios”.

Las mismas novicias que, si bien separadas, podían verla y observar con frecuencia muchos de sus actos se admiraban de la aplicación con que se entregaba a sus lecturas y estudios, sin alzar para nada los ojos del libro o de su trabajo; todo tan sencilla y naturalmente que no parecía sentir la curiosidad casi irresistible que experimentan, sobre todo los jóvenes, en el trato de personas desconocidas, y en una casa nueva, donde hay tantas cosas que inspiran interés o admiración.

Así transcurrió lentamente el tiempo, sin nada extraordinario que rompiera la monotonía, si no es la salida de las dos misioneras y la visita inesperada de su hermana monja que le causó una sorpresa muy agradable.

Pasaba ésta el verano en el Castañar de Béjar y un buen día se alargó a Salamanca: “Las dos nos impresionamos” escribe Sátor, y era natural, sobre todo pensando en el contraste que se había operado: la monja claustrada venía ahora con traje seglar, y la niña traviesa de Huelgas, universitaria elegante después, era la monjita en ciernes vestida con hábito muy parecido al religioso. Con todo, más honda era la causa porque Sátor se apenaba: “Yo pido muchísimo por ella (escribía) que sea muy santa y también la salud si es la voluntad de Dios; y que ahora sobre todo no sea menos fervorosa pues es muy fácil que se distraiga con las personas de fuera”.

Alcanzar de Dios estas gracias para su hermana, tuvieron por objeto durante casi un año las oraciones de Saturnina y las cartas que con frecuencia la dirigía. Por

éstas podemos conocer qué móviles la llevaron al convento y qué idea se había formado, cuando aún estaba en sus umbrales, de...

La vida religiosa

En toda la correspondencia de Sátor no se habla ni una sola vez de felicidad temporal: ella no fue al convento para procurarse vida reposada, cálculo que suelen achacar a los que renuncian al mundo, ciertas almas bastas e interesadas; ni siquiera vida tranquila y humanamente elevada, como se la pintan a veces otras personas más delicadas y espirituales, que se imaginan el convento como una ciudad ideal poblada por personas inteligentes y de gusto refinado, las cuales desdeñan el mundo a causa de sus vicios, de su falsía o de la existencia trivial que en él se vive para agruparse con otras almas escogidas y animadas del mismo deseo de paz, de amor al estudio, inclinación a la beneficencia, etc. todas las cuales a las órdenes de una autoridad muy liberal e inteligente, cambian los goces y preocupaciones de la familia por los placeres del espíritu y la tranquilidad asegurada respecto del porvenir. Es cierto que muchos de estos bienes temporales entran en el céntuplo que para esta vida prometió Jesús a los que le siguen: pero, por estimables que parezcan son demasiados mezquinos para llenar el corazón de los verdaderos discípulos del Crucificado: solo el amor de Dios puede inspirar la guarda de los votos y el sacrificio de la propia libertad, en aras del bien espiritual y aun material de los prójimos.

Saturnina tiene clara idea de la dignidad que confiere el alma religiosa el título de esposa de Jesucristo, dignidad que impone cierto respeto reverencial para con ella a los mismos padres carnales: “Queridísimos padres... (les escribía) honren mucho a la Santísima Virgen, sobre todo ahora que tienen entre ustedes a un a esposa de su Divino Hijo, cuántas gracias alcanzará de Dios para ustedes...cuídenla bien, no sólo su cuerpo sino también y principalmente su alma, pues no crean que ahora que está consagrada a Dios por entero, la gustarán las mismas cosas que antes parecía que la gustaban, y si evitan todo eso que la desagrada, ello contribuirá a que se ponga más pronto buena”. (8-IX-1934).

La familia religiosa estrecha, según Saturnina, con vínculos aún más apretados que los de la sangre: “Me alegro muchísimo (dice ella) que Purificación (es el nombre religioso de Clarita esté mejor; a ver si pronto se encuentra entre sus queridas hermanas (Sor Purificación vivía con sus hermanas y hermanos carnales, mas para Sátor “las queridas hermanas” de su hermana, eran las monjas de su convento). Créeme añade dirigiéndose a ella estoy deseando verte entre ellas; pues el demonio es muy malo y muy listo, y de cualquier cosa se aprovecha para poder enredar a las almas; aunque tú estés segura por parte de los de casa, siempre es un poco peligroso vivir ahí tú *sola*, en el trato frecuente con el mundo. Yo pido mucho por ti, pues te quiero tan feliz como yo, *juntitas* a Jesús y María, muy felices aquí *a pesar de las cruces* que Jesús nos mande, y sobre todo felicísimas en la otra vida. Mucha, muchísima santidad te deseo, y para eso aprovéchate de los sufrimientos y alegrías que el Señor te mande, *súfrelo con igualdad y con gusto*, y esa es la mejor santidad, y yo

que es por donde Dios nos llama a ti y a mí. (11-XI-1934). En estas preciosas palabras, dichas con tanta ingenuidad y llaneza está claro lo que piensa Saturnina de la vocación religiosa.

Ella es felicísima pero por vivir juntita con Jesús y María; no porque falten, sino “ a pesar de las cruces”; y precisamente en “sufrirlas con igualdad y con gusto está la mejor santidad”. No es tiempo de entrar todavía en el santuario interior de su alma; pero convenía poner aquí algo que nos descubriera las alturas a que ascendía ya en su primer vuelo esta palomita.

Nueva dilación.

¡Sátur contaba hasta los minutos que le faltaban para la toma de hábito! Esta tierna ceremonia sirve de pórtico de la vida religiosa hasta que le franqueara no podía decir con entera satisfacción “ Ya estoy dentro”. El 28 de septiembre escribía “ por fin”: “El día que tome el santo hábito será, si Dios quiere, el 7 de octubre, fiesta de la Santísima Virgen del Rosario; estoy deseando que llegue el día... Por caridad pida mucho para que la Santísima Virgen *supla* todo lo que me falta, y haga que yo *me dé de lleno a Jesús*. Estoy *contentísima*; pida a Jesús que le esté siempre *a pesar de las pruebas* que me puede mandar”. Es el mismo lenguaje que a su hermana: Sátur es la sinceridad misma.

La primera prueba que iba a mandarla Jesús era el retrasar su toma de hábito.

El día fijado para tan grato acontecimiento, y los que siguieron inmediatamente, pasarán manchados a la Historia con los crímenes cometidos en Asturias por la revolución de octubre, ensayo y anuncio de la que asoló a nuestra patria año y medio después.

La más elemental prudencia aconsejó a las Superiores de Sátur, cuando ya estaba todo dispuesto, y su familia en Salamanca, aplazar la fecha de la toma de hábito; pues era fácil prever las consecuencias de la revolución, que si triunfaba obligaría a las religiosas a dispersarse, y a enviar con sus padres a las novicias.

¡Parece que Sátur encontraba siempre un obstáculo invencible cuando tenía la felicidad al alcance de la mano! Acudió a Jesús y María con oraciones, y suplicó e instó a las Madres, que, aún no vencida la revolución (los días 10 y 11 se señalaron con atroces martirios de religiosos) obtuvo, al cabo de solos cinco días de dilación, lo que tanto ansiaba: “ Quiso la Santísima Virgen – escribía ella - que fuese uno de sus días”: el hermoso y españolísimo de Nuestra Señora del Pilar.

La toma de hábito

Llegó tan suspirado día.

La capillita del noviciado adornada como en las grandes fiestas, anunciaba el feliz acontecimiento.

Sátur, vistiendo por última vez las galas del mundo, aparece radiante de alegría; sus hermanitos pequeños la acompañan hasta el presbiterio sosteniendo la larga cola de desposada.

“Con el fervor de un serafín – dice un testigo – oye la Santa Misa acompañada de los suyos , y recibe la sagrada Comunión muy unida a “su Madrecita”, esperando el momento ansiado de responder a la amorosa invitación del Señor, que por boca de su ministro la dice: “¡Acércate, Hija de Jesús!...”

¡Cómo resonarían estas palabras en los oídos y en el corazón de Saturnina.

Siguiendo el ceremonial acostumbrado, fue recibiendo las distintas prendas del santo hábito, y por último el Crucifijo: “He aquí – dice el sacerdote – tu querido Esposo y tu modelo, abrázale, en Él sólo encontrarás las verdaderas delicias y consuelos, si vives con Él crucificada.”

¡Cuán estrecho, verdadero y filial debió ser este abrazo!

Terminada la ceremonia, y tras una breve exhortación, se retiró para vestirse el santo hábito, y al aparecer de nuevo en la capilla vestida ya de la librea de Cristo se entonó el “Te Deum”.

Sátur se siente felicísima, ya puede contemplarse vestida de *monja*: su sueño de tanto tiempo, ha dejado de serlo.

IV

“FLOR DE MARÍA”

PERFECTA CONSAGRACION DE HERMANA

SATURNINA A LA SANTÍSIMA VIRGEN

Al franquear Saturnina las puertas del Noviciado, experimentó felicidad tan profunda y completa que le era imposible darla a entender; la parecía una anticipación de la gloria del cielo.

“Estoy contentísima- dice ella-; yo bien quisiera expresarte “cómo se está en el noviciado, pero eso sólo se puede comprender habiendo pasado por él; es así como un cielo en la tierra”.

Todas las casas religiosas son santuarios consagrados al culto divino; pero el noviciado es como el *Sancta Sanctorum* de cada religión, donde no se divide la existencia ente la oración y los ministerios propios de la orden, sino que por entero se dedican todos los instantes a tratar con Dios: la atmósfera peculiar del noviciado es el hervor o fervor en el divino servicio, la diligencia en el cumplimiento de todos los deberes, y una santa emulación entre las novicias por excederse en la observancia y en el gusto por las cosas de Dios.

Fruto del fervor es la alegría santa que se pinta en los rostros, todo a lo largo del día y particularmente en las recreaciones: en ninguna parte es tan espontánea la risa y tan continuo el gozo como en estos vergeles de la vida religiosa: es ya un regalo del cielo que Dios anticipa a los que en sus tiernos años han abrazado libre y generosamente el yugo suave de su santa ley.

El noviciado de Salamanca tenía para Sátor otro atractivo particular; allí reina como Señora y Madre la Santísima Virgen María. Ella es la principal Maestra de todas las novicias: y Sátor, “la florecilla silvestre”, que había recibido particulares favores de tan buena Madre en las Huelgas y en la Sagrada Familia, se pudo considerar trasplantada al “jardín de la Virgen, donde pronto descubrirá su destino y su misión en la tierra: convertirse en “Flor de María”.

Todo esto le produjo una alegría inexplicable:

“Qué lástima – exclama – que corra tanto el tiempo, sobre todo éste tan delicioso del noviciado!”.

El noviciado

de las “Hijas de Jesús” tiene dos años de duración; en el primero, que es el esencial, la vida se distribuye entre la oración vocal, meditación, lecturas e instrucciones espirituales, y en las ocupaciones caseras, que por espíritu de humildad y penitencia desempeñan por turno las mismas novicias, para imitar la vida oculta y atareada de la Santísima Virgen, y aun del mismo Jesucristo en la casi totalidad de su vida terrena. La que hoy es sacristana o se ocupa de bordar o hacer floreros, mañana limpiará los platos o fregará el suelo, con tanto candor y gozo espiritual, que le hace repetir lo que de sí decía Santa Teresa: “Dábanme deleite todas las cosas de Religión, y es verdad que andaba algunas veces barriendo en horas que yo solía ocupar en mi regalo y gala (cuando estaba en el siglo)... y me daba un nuevo gozo, que yo me espantaba, y no podía entender por dónde venía”.

¡Son milagros de la gracia!

En el segundo año, se le abrevian a la novicia algunas de las devociones anteriores, para que se ocupe de los estudios y se prepare a su futura misión pedagógica. La “Hija de Jesús” tiene como *único* instrumento de apostolado la educación de las niñas; ministerio nobilísimo y el más semejante al del divino Maestro pero que exige sólida preparación, la cual debe dar comienzo cuanto antes.

En la práctica de estas ocupaciones tan oscuras y monótonas pasó Saturnina los dos años más fecundos de su existencia, sin que ningún acontecimiento excepcional viniera a turbarlos, fuera del obligado destierro que pasó durante algunos meses en Portugal.

EL BUEN OLOR DE JESUCRISTO

La Hermana Saturnina para cumplir el noble ideal de hacerse santa religiosa, y prepararse a ser apóstol, no acudió, que sepamos con certeza, a ningún medio extraordinario.

Siguió cumpliendo con exactitud intachable sus nuevas obligaciones, como lo había hecho en el colegio hasta entonces; en este punto apenas podía pedirle mayor perfección; en lo que siempre continuó creciendo fue en el *amor*, que no admite límites, pues como dice San Bernardo, “la medida del amor es el amor sin medida”.

Pero ningún signo externo manifestaba sus ardores; Dios, que la inspiró grandes empresas de su servicio, no la concedió tiempo para realizarlas, y las virtudes que hermozeaban su alma se velaban con ese recato y sencillez infantil que desconoce el propio valer, y huye como instinto, no sólo la ostentación, sino cuanto pudiera distinguirla de los demás y atraerla menos estima o admiración de las criaturas.

Tampoco, pues, en esta época de la vida de Sátor podrán destacarse hechos brillantes ni maravillosos. Lo interesante en ella es su persona, no las acciones tan semejantes entre sí de un día para otro, e incluso de una a otra novicia.

Aquel “no sé qué” indefinible que irradiaba su exterior era *el buen olor de Jesucristo*, como le llama San Pablo. La flor que lo exhala oculta sus raíces en lo más profundo del corazón, se muestra por fuera en una mezcla de mansedumbre, bondad, modestia, paz y recato; y por lo común, sólo se percibe con esa fuerza en las almas inocentes, donde el mal no ha producido sus terribles estragos.

El interior de Sátor podrá estudiarse con algún espacio, aprovechando los datos que ella misma nos legó, bien ajena de pretenderlo. Es lo esencial: es la *savia vivificante* de donde todo lo demás surge espontáneo.

Del exterior sus hermanas conservan algunos destellos que procuraremos reflejar aquí con toda fidelidad. Sólo quienes conocieron personalmente a Sátor lograrán que reviva su imagen al leer las siguientes líneas, en que se compendian las impresiones de sus connovicias y algunos rasgos de su fisonomía espiritual, los cuales apenas se destacan en la armonía de un conjunto, tanto más admirable cuanto más desprovisto de aristas y fulgores extraordinarios. Son como *el aroma* de esta flor primaveral.

Exactitud y sencillez.

“Como la vida de Hermana Sátor – dice una novicia - , fue tan sumamente sencilla, su santidad no fue menos; por eso es muy difícil dar pormenores, y por eso precisamente es tan ejemplar, pues no teniendo cosas extraordinarias, se la puede imitar en todo; yo doy gracias a Dios por haber tenido la suerte de convivir con ella, y si quisiera resumir su vida lo haría con estas únicas palabras del Santo Evangelio: *todo lo hizo bien*. No se veía en ella nada imperfecto, ni que pudiera desedificar, a pesar de que yo la observé muchas veces para complacerme en comprobar que me sería imposible sorprenderla en falta, por mucho que la observase”.

La Madre Maestra es del mismo parecer: Su vida – dice - , fue siempre alegre; no recuerdo haberla tenido que reprender de ningún defecto; únicamente me puse seria con ella alguna vez cuando la veía comer tan poco y tardando tanto”.

Exactitud y sencillez, son dos cualidades tan difíciles de hermanar que llamaban en Sátor la atención de cuantos la trataron; la Madre Maestra, que mejor podía apreciar este consorcio, llega a tenerlo por algo misterioso y extraordinario: “No habrá cosas grande que decir de ella, pero esta misma sencillez ¿no era en Hermana Saturnina ya algo extraordinario?”.

Cuerpo glorioso

De colegial mereció Saturnina el apodo de “ángel de modestia”; ahora, entre un coro de vírgenes que todas cultivan el recato y mortificación de sentidos como el aderezo más estimado por el divino Esposo, todavía se señala entre todas por su modestia angelical, y es objeto de la común admiración.

En todas partes, lo mismo en la iglesia que en la sala de estudio, en los recreos que en las labores..., guardaba la actitud conveniente a cada caso; nunca un ademán desordenado, ni una actitud descuidada; al revés, su cuerpo aparecía siempre noble y digno, entonado y casi un poco erguido, aunque sin el menor asomo de vanidad o afectación.

Nunca se cansaba, o al menos nunca podía notársele cansancio; si después de una tarea extraordinaria, de un trabajo largo y pesado, como se ofreció algunas veces, sobre todo con ocasión del traslado a Portugal y del regreso a Salamanca; o en las tomas de hábito, profesiones y funciones extraordinarias, cuando hay que quitar y poner altares, organizar procesiones, servir comida a muchos forasteros, con el consiguiente aumento de trajín, limpieza, etc.; si después de estas tareas tomaban juntas las novicias algún descanso, la Hermana Saturnina sentada entre sus compañeras, aparecía con la misma actitud compuesta y entonada que si estuviera de visita o entre personas extrañas. Como dice un a connovicia con frase feliz, el de Hermana Saturnina *parecía cuerpo glorioso*. Le tenía tan disciplinado y obediente que la hubiera creído libre de las miserias comunes a los demás hijos de Adán. Sus hermanas, y aun a veces los extraños, creían notar en su cuerpo un como brillo exterior que, al verla, les hacía pensar en el cielo o en los ángeles de Dios.

En unas “Memorias de familia” que recogen con cariño los hechos e impresiones de las novicias durante su estancia en Portugal, se encuentra esta paginita:

“Era domingo; estábamos en el jardín, y de pronto llega hasta nosotras una simpática y caritativa viejecita portuguesa...”

La Madre la hizo sentar para descansar. La bondadosa viejecita nos miraba a nosotras cai con veneración... pero cuando la vimos con la cara radiante fue cuando vio a una de nuestras hermanitas (Hermana Saturnina) que asomaba sonriente por el balcón del centro, como invitando con su sonrisa a que todas gozásemos de la paz de cielo que ella guardaba en su alma. ¿Qué vio la viejecita en nuestra Hermana para que se notara que gozaba con sólo mirarla? No sé Hermanitas... Las atracciones de las almas... son misterios; y los misterios siempre deben respetarse.” (De Salamanca a Alcains “ pág 308).

En adelante, cada vez que volvía al noviciado, la buena anciana, buscaba a Hermana Saturnina, y no la perdía de vista hasta que se retiraba a su albergue.

Suelen las novicias de Salamanca rezar con frecuencia una jaculatoria a la Santísima Virgen, que encierra un programa completo de santidad: “*¡Madre mía, que quien me mire te vea!*” Y dicen que, cuanto más es doble este parecido entre las hijas de la tierra y la Madre del cielo, se vio en Saturnina.

Risa y sonrisa.

La paz inalterable, y perpetua sonrisa son el complemento natural de la modestia, y el mejor ornamento de los siervos de Dios: en Saturnina constituyeron una de sus notas permanentes. Nada revela tanto la proximidad de Dios a un alma como esta paz y alegría profunda y sincera; lo dice un moderno: "Por más que discurras, no te acercarás a la alegría sin acercarte a su manantial, que es Dios y su Cristo". (Claudel).

Sátur, además, tenía la risa fácil, y cuando la entraba de veras, por muchos esfuerzos que hiciese le era difícil contenerla, aunque estuviese dirigiendo rezos o leyendo a la comunidad. "¡Qué risa me dan los cantos que no pegan!", decía con gracia.

Y tanta le daban, que en pleno coro, si venía un verso que no rimaba, cerraba herméticamente los labios para no soltar la risa.

La puerta chiquita.

La Hermana Saturnina, como todos aquellos a quienes Dios ilustra, era alma *humilde* y *pequeñita*. Ya enferma repetía a menudo:

"Tengo que entrar en el cielo por una *puerta chiquita*, para que no se den cuenta, y así poder estar muy cerquita de la Virgen, cubierta con su manto."

Había tomado por modelo a Santa Teresa del Niño Jesús, y seguía su caminito de amor e infancia espiritual :

"Mucho me agrada – escribe Sátur en una carta – lo que usted me dice, que desea me conserve siempre niña: ése es mi ideal, ser siempre *pequeñita* como mi amada Teresita". (15-XII-1935).

"Hagamos pedir a los pequeños –decía en otra - que la oración de los niños no la puede dejar de escuchar el Señor." (21-XII-1934)

Tuvo siempre muy baja opinión de sí, lamentaba de continuo su poca correspondencia a las gracias de Dios, pero, como verdadera *humilde*, esto en lugar de desalentarla, excitaba su fervor y enardecía la confianza en Dios, de quien únicamente lo esperaba todo.

No hablaba nunca de sí, y era para su humildad un verdadero suplicio el que se ocuparan de ella o hiciesen algún aprecio de sus virtudes o talentos.

En los recreos prefería escuchar las cosas buenas que decían sus hermanas; ella nunca tomaba tono de maestro, ni tenía empeño en hablar de cosas altas, defecto en que con tanta frecuencia incurren los principiantes. Ni las más íntimas pudieron adivinar los ardores seráficos de su corazón, ni apenas conocer, sino por indicios fugitivos, los deseos en que ardía de amar a la Santísima Virgen o sacrificarse por las almas. Parecía temer que el viento de la vanagloria disipara el precioso licor de sus virtudes, o más bien creía sinceramente no tener en sí cosa buena que pudiese resultar de provecho a los demás. La reprochaban una vez por carta que hubiese tomado escasa parte en una conversación espiritual, y ella contestó:

"No se extrañe por el silencio que guardé, eso es en mí natural: de ordinario soy sosa y de pocas palabras; además había necesidades más urgentes a que atender,

hubiera disminuido el tiempo; escuchando, sacaría algo, y hablando mucho, ni serviría de nada a los otros ni a mí tampoco” (23-X-37).

Con estas ingenuas palabras tenemos ya explicado el silencio que guardaba a veces en los recreos y de que la acusaron alguna vez en capítulo. En las cartas, con algunos íntimos fue menos reservada, pero nunca escribía para enseñar, sino al revés, para recibir consejo o alientos a la virtud. En la última a su hermana monja, la deja algunos pensamientos como testamento espiritual y temerosa de haberse excedido, estampa estas palabras antes de terminar:

“No te digo todo esto en plan de consejos; éstos yo tendría que recibirlos de ti; es que os amo tanto que no sé cómo haceros felices y santos”.

Sus hermanas, deseosas de oír de sus labios alguna sentencia espiritual, le decían a veces:

-Díganos “algo”, Hermana Saturnina. Ella con una sonrisa serena y un ligerísimo gesto de amistosa malicia, contestaba ésta sola palabra:

- “Algo”. Si la interlocutora, no cayendo en la cuenta del equívoco, le volvía hacer la misma súplica, Sátor repetía de nuevo:

- “Algo”, ya se lo dije Hermana.

Y con la ingeniosa respuesta y el alegre comentario que le seguía, desviaba la conversación, y se pasaba a otro asunto.

No se crea por esto que era huraña o poco sociable; ninguna novicia era de trato más ameno que Saturnina, y cuando no se trataba de descubrir sus sentimientos personales, sino de poner en claro alguna verdad, entonces no escatimaba las palabras ni tenía reparo en dar su opinión. La Madre Maestra dice a este respecto: “Hermana Saturnina tenía conciencia tenía conciencia recta y muy bien formada, y su criterio era clarísimo y seguro. Sin meterse a consejera, cuando en la conversación se suscitaba alguna discusión sobre cualquier asunto ya religioso, ya de otra especie, ella daba su opinión sin alarde alguno, pero con tal precisión y cordura, que el asunto quedaba resuelto, y convencidas todas de que era como ella había dicho”.

En ninguna circunstancia le gustaba el boato y pompa, que tanto se estima en el mundo: “Me agrada mucho –escribe a su hermana – que en tu profesión solemne sólo haya ceremonia religiosa todos los otros aparatos no sirve sino para distraer de lo único que debe llenar el corazón”.

Le venía de dentro

Y esta humildad le venía del interior, había comprendido perfectamente la profunda sentencia de Santa Teresa, tan mal entendida de ordinario y casi siempre adulterada en las citas. “Dios es suma verdad – dice la Santa – y la *humildad es andar en verdad*, que lo es muy grande no tener otra cosa buena de nosotros, sino la miseria, y ser nada, y quien esto no entienda anda en mentira”. De esto estaba persuadida Hermana Sátor, de que somos nada, y por bien que obremos, no se debe apartar de nuestros ojos el pensamiento de nuestra pequeñez y propia confusión.

Andaba una vez cierta novicia muy apenada por una falta que había cometido, y acercándose a Saturnina, la dijo, como buscando razones para consolarse de la confusión que sentía:

-Pienso, Hermana Sátor, que con esto tengo un motivo para humillarme.

Sátor la consoló y trató con dulzura, pero antes de despedirse le regaló esta hermosa sentencia:

-Harto tenemos, Hermana, de qué humillarnos sin cometer faltas.

La Hermana enfermera la decía a veces:

-Hermana Saturnina ¿qué me va a mandar cuando esté en el cielo?

-Alguna humillación- contestaba ella - , porque usted me dice que quiere ser humilde y es muy difícil alcanzar la humildad sin humillaciones.

“... Son de la Congregación”

Ninguna Hermana vio nunca a Saturnina quebrantar un punto de regla, o la más ligera recomendación de sus Superiores. No tenía voluntad propia, sino para obedecer: era la esclavita de amor que adora en todo las órdenes del cielo, por cualquier conducto que se manifiesten. Y como la esencia misma de la perfección religiosa está en la obediencia, de ahí que pueda, sin grave exageración, decirse de Sátor que todo lo hizo bien”.

Sólo dos casos se aducen aquí que parecen dos instantáneas sacadas por un alma amiga, fina observadora, y que descubren los quilates de la sencilla obediencia con que Sátor seguía los menores consejos en las materias que suelen sorprendernos con menos docilidad.

La salud de Saturnina fue excelente durante sus dos años de novicia; nunca pidió ni necesitó alimentos distintos de los que se servían a la comunidad, pero, con todo, sentía gran inapetencia.. Las Superiores velando por su salud, y temiendo fuese penitencia mal entendida, la señalaban ración y la aconsejaban que procurase darla término todos los días: ella haciendo esfuerzos (seguramente no exigidos por la obediencia) cumplía a la letra el consejo.

-¡Cuánto le costaba comer! –exclama la Hermana amiga.

Al principio cuando me tocaba a su lado en el refectorio, la solía ayudar a concluir el pan, y me lo agradecía; pero desde que la debieron decir que lo comiese todo, tenía cuidado de que no se lo quitase, y dos veces que lo logré contra su voluntad, por la pena que me daba ver su trabajo, me hizo devolvérselo, con la cara tan seria que me puso.

Otra anécdota refiere la misma Hermana. La clase de labores estaba poco iluminada en su parte posterior, y la Madre Maestra tenía recomendado a las novicias que cuando les tocasen los últimos asientos era preferible no coser para que no se les perjudicara la vista. Esto llevaba consigo doble mortificación: una la inactividad forzada en aquel tiempo, y otra la necesidad de hacer en ratos libres la tarea que entonces no se había podido realizar. Como por otra parte la prohibición de la Maestra

no era absoluta, de ordinario todas trabajaban. No se creía Saturnina autorizada para hacer lo mismo, y como la compañera le dijese una vez:

-Hermana Saturnina ¿no cose?

Ella respondió con la mayor naturalidad:

-No; los ojos son de la Congregación.

¡Admirable respuesta que pinta de un solo trazo el alma de Saturnina! Los ojos, y las manos y todo sus ser eran de la Congregación. De la Congregación y de Jesús, a quienes se había entregado en cuerpo y alma.

Echando la capa.

El perfume de la *caridad fraterna* es el que primero trasciende y mejor percibimos porque nos toca a todos de cerca. “La vi siempre – dice la Madre Maestra-, llena de bondad y caridad en su trato”. Era toda para todos, y parecía encontrar su mayor placer en ayudar a sus Hermanas en algún trabajo extraordinario que se ocurriese; sin cansarse nunca ni pedir nada en pago, aunque sólo fuese un a sonrisa de agradecimiento.

Nunca se la oyó la menos palabra ni se la notó un gesto que pudiera interpretarse como indicio de antipatía, indelicadeza o falta de afecto fraternal. Todo al revés: se daba arte extraordinario para disculpar siempre, con simpatía tan sincera y angelical, que a ello debe gran parte el apodo de “Ángel de los Mostenses”, con que la designaban sus Hermanas. Cuando la Madre Maestra reprendía un olvido en alguna novicia, como el tiempo y las circunstancias lo permitiese, la caridad ponía siempre en los labios sonrientes de Sátor una palabra de excusa: era esto tan corriente, que la Madre solía decir, y quedó como adagio: “Ya está Hermana Saturnina echando la capa”.

Miraba todas las cosas con ojos de caridad, y así le parecían todas el color rosado, a al menos presentaban el lado amable y simpático junto al tétrico y deprimente.

-Recuerdo - cuenta una novicia- que estando nosotras en Portugal, tuvimos que irnos a confesar a la iglesia de Alcains. Estaban allí algunas jóvenes del pueblo arreglando el altar, y llevaban vestidos tan cortos, que apenas se las podía mirar sin ofender la modestia. Al salir del templo, se le ocurrió decir a una novicia:

-Parece mentira que vestidas así se atrevan a andar esas chicas por la iglesia.

Hermana Saturnina, que iba cerca y lo oyó, añadió al instante en tono de disculpa:

-Pobrecitas, seguramente como este es un pueblo tan retirado, no ha llegado aquí la moda de lo largo.

Otra vez paseando por el jardín con dos compañeras, comentaba una de éstas la libertad y aun corrupción de costumbres que había podido observar poco antes a su paso por Madrid; Saturnina apartando la atención de aquel cuadro pesimista, comenzó a ponderar lo mucho bueno que, gracias a Dios, hay también en las grandes ciudades,

aunque suele pasar inadvertido; con lo que dejó edificadas a sus compañeras y “me enseñó – cuenta una - a ver todas las cosas por su lado mejor.

Y no había salido de mi admiración porque tan buena maña se daba en defender a las personas, aun no tratándose de alguna en particular, cuando se acerca otra novicia y nos dice señalando a un pero que pasaba ceca:

-¡ Qué animal tan repugnante!

Hermana Saturnina mirándole compasiva exclama: - Pobrecito es tan viejo...!

¡Así es de tierno el corazón formado a imagen de Jesús ¡ Como ha dicho un conocido escritor: “ES muy cristiano el sentimiento de simpatía que llora con el que padece, hombre o mujer, niño o grande, y aun cuando sólo sea un desgraciado animalito”. (Van Tricht).

Como la Madre Cándida.

El ser toda para todos no ahogaba en el corazón de Saturnina los sentimientos de ternura particular hacia aquellos que por naturaleza, gracia o reconocimiento la tenían más obligada: Y amaba con tal predilección de hija, hermana o amiga que todos sus allegados se creían con motivos para tenerse por preferidos a los demás ; lo cual es como flor y nata del amor de familia, del amor de madre, ya que según el poeta:

Del corazón de una madre,
cada hijo tiene su parte
y todos tiénelo entero.

Saturnina repitió más de una vez:

-Yo tengo que decir, como Santa Teresita, que no comprendo a los santos que no aman a su familia.

Y con todo, era tan dueña de sí y guardaba tan dentro sus sentimientos particulares, que nadie le hubiera notado ese afecto, si las circunstancias en que se vio, y particularmente su enfermedad, no la hubieran obligado a manifestarlo.

En el amor a los suyos tomó por modelo a Teresita, y en el agradecimiento, a su santa Fundadora. El menor obsequio o atención despertaba en su alma profundo reconocimiento; lo mostraba con palabra y otras pruebas exteriores, sobre todo rezando por sus bienhechores; y se complacía en destacar esta virtud como nota dominante en la Madre Cándida.

Ya muy enferma díjole en cierta ocasión la Madre que la asistía:

-¿Qué no dice nada, Hermana Saturnina? ¿o es que no nos quiere?

Un poco apenada de que aun en broma le dijeran eso, replicó con dulzura:

-No es eso, Madre, es que ahora no me encuentro bien.

Desde entonces solía con la mano “tirar besos” a las Madres y Hermanas que la cuidaban diciendo al mismo tiempo:

-¡ Las quiero mucho! ¡Las quiero mucho!

Su poquito de penitencia

No despreció Saturnina la penitencia corporal; pero “su máxima penitencia como para San Juan Berchmans, consistió en seguir en todo la observancia regular”.

“No recuerdo a ciencia cierta-dice quien mejor puede estar enterado a este respecto- pero sus penitencias corporales debieron ser las que se permiten a las novicias. Poco más o menos. Dos días disciplina en cada semana, y alguno que otro cilicio: tampoco recuerdo que insistiera mucho sobre este punto solicitando más; en cambio a imitación de San Juan Berchmans, de quien era perfecto retrato, practicó una gran penitencia: el observar la vida común en todo: ésta sí la ejercitó en alto grado; en nada se distinguió que no hiciera la comunidad y como su salud durante los dos años del noviciado fue excelente, no tuvo necesidad de usar con ella singularidad alguna. ¿Qué mayor penitencia que la modestia y la igualdad de carácter y esto con todas? Pues no digamos nada de la inapetencia que se puede decir siempre tenía, y sin embargo, nunca pidió extraordinario alguno, pues su salud y aun sus fuerzas eran como de persona sana y fuerte. Ayunos los hacía todos, no recuerdo que tuviera excepción en esto”.

Entre los ejercicios de la vida común, sobre todo en el segundo año, siguió siendo para Sátor costosa penitencia la aplicación al estudio: algunas veces decía:

-¡Estudiar tanto y sacar tan poco!

San Ligorio dice: “Sufrir una palabra picante, una mosca importuna, un perro que ladra, una candela que se apaga, un vestido que se rompe y cosas semejantes, importa más que sufrir cruces grandes: principalmente porque son más frecuentes, y en segundo lugar porque así adquirimos más pronto buen hábito para resignarnos en las más arduas”.

De estas penitencias hacía Saturnina en número incalculable. Por ejemplo, sus Hermanas notaron pronto la precipitación con que bajaba al refectorio a la hora de la merienda, y acabaron por advertir la causa, a la verdad un poco extraña. Para esta refección se ponía a la Comunidad el café con leche sobrante del desayuno, y si no llegaba para todas, había frutas u otros postres. Saturnina tenía repugnancia al café con leche y con el fin de llegar al refectorio antes de que se agotara, corría presurosa para no desperdiciar la ocasión, de hacer un sacrificio en apariencia insignificante pero en verdad de los más costosos.

Nunca se quejó de nada ni de nadie; si queremos apreciar lo que esto significa, procuremos imitarla con nobleza unos cuantos días consecutivos.

Nunca salieron de sus labios expresiones como éstas, frecuentes en quienes no se quejan de los hombres, y con conciencia más o menos clara, se quejan de Dios: “Todo me sale mal”. “El Señor me prueba de continuo”: “Padezco sin descanso”. Y otras semejantes.

Nunca manifestó el menor capricho ni solicitó la más pequeña exención, ni pidió a sus padres por carta o en las visitas una de esas mil chucherías que, sobre todo las mujeres (aunque sean monjas); se imaginan necesitar para sus labores, obsequios y devociones.

“El día de mi toma de hábito – escribía a sus padres – no quisiera que se quedase ninguno sin comulgar... ése es el mejor regalo que me pueden hacer” (8-IX-34). Y en los días señalados que se sucedieron hasta su muerte no pidió otro obsequio a sus familiares y amigos.

Maravillaba a las novicias verla siempre de pie, dispuesta al trabajo y sin señales de fatiga; a veces le decían que se sentara, y ella con aquella de decir frases lacónicas, llenas de sentido contestaba:

-Los misioneros andan mucho, yo nada.

La mortificación de las pasiones y el completo dominio de sí, principal objeto de la penitencia, no exige siempre grandes maceraciones corporales; Sátor consiguió victorias tan apreciadas con penitencias menos vistosas, pero no de menos mérito.

“Le gustamos lo mismo...”

Algo pudieron adivinar las novicias de la *confianza* con que Saturnina se ponía a sí y todas sus cosas en las manos de Dios, y del espíritu filial con que le servía.

“Su confianza – dice una –era sin límites; en todo veía el beneplácito divino para recibirlo amorosamente; para todo sabía encontrar solución, y para todos tenía palabras de aliento estimulando siempre a la confianza, por difícil que fuera el conflicto”

Y estas disposiciones las tuvo siempre, no sólo cuando sintiendo de cerca la brevedad de su vida, vio rotas sus ilusiones, y a sí misma incapaz de toda actividad en lo más florido de sus años.

En uno de los primeros bombardeos que padeció Salamanca, y que, por serlo, causaban más fuerte impresión, estaba ella en la cama cuidando el que por entonces parecía sencillo catarro, y al oír el toque de alarma, todas las novicias bajaron a los sótanos dejando el noviciado completamente desierto: “Yo bajé con ellas – cuenta la Madre Maestra- , pero al acordarme de que Hermana Saturnina estaba sola, vuelvo a subir y la encuentro con su característica serenidad, tranquila y risueña: ¡Aquella alma pura no tenía miedo, estaba en las manos de Dios, pronta para partir y dispuesta a emprender el vuelo si era la voluntad de su Esposo; y si Él quería dejarla aún en el mundo ¿qué daño podía temer?”.

Brilló tanto en ella esta amorosa disposición, que a su muerte todos decían haberse señalado en su humildad, sencillez e igualdad de humor; pero que su confianza en Dios era la virtud característica.

-¡Su confianza! – exclama una de sus connovicias-. ¡Cuántas veces me dirigía palabras de aliento! Un día que me mostraba triste porque en la oración me vencía el sueño, me dijo:

-A *Jesús le gustamos, lo mismo dormidas que despiertas*. El Señor debe decir cuando nos ve así: ¡Pobrecillas!.

Leía con mucha frecuencia el librito “Jesús, Rey del Amor” ; y confesaba que éste y el titulado “La Santidad es amor”, le habían resuelto muchas dudas.

Lo más fragante.

Nada brillaba tanto en la Hermana Saturnina como su devoción a la Santísima Virgen, y su misma confianza en Dios tenía un matiz que pudiera llamarse *mariano*. Cierta día paseando por la huerta recayó la conversación sobre los deseos del cielo, tema muy frecuente en Saturnina, y como una novicia dijese que tenía mucho miedo a la muerte porque eran muchas sus infidelidades, ella con la confianza que le daba su amor a la Virgen, la alentó diciendo que la intercesión de María es como un licor preciosísimo, el cual borra todo lo manchado en las almas que se fían de sus méritos, y trabajan por serle sinceramente devotas.

A nadie podía caber duda sobre la devoción tierna y fervorosa de Saturnina con la Santísima Virgen; pero los ardores internos de este amor nadie hubiera podido adivinarlos, si ella no los hubiera consignado por escrito. Aquí más que en otro cualquier punto, resalta su modestia de humilde violeta que se esconde a las miradas de los transeúntes y sólo se deja descubrir por su fragancia.

“No cabe duda –dice la Madre Maestra, que su devoción a la Santísima Virgen era muy grande: sus ardores para con ella los conservamos escritos de su puño y letra; pero ¡qué bien los sabía disimular! Yo quedaba asombrada ante tales manifestaciones; pues aunque no se mantuviera fría cuando de Ella se hablaba, sí un tanto reservada. En cambio daba las pruebas más positivas de su amor a la Virgen en la imitación de sus virtudes, en la actitud angelical con que le rezaba el Oficio Parvo, el Rosario y demás devociones”.

Y aquí termina el boceto moral que en los dos años de novicia trazan de Sátor sus compañeras. Todo lo hizo bien sin que nada llamase la atención. Parecía un ángel, y como los ángeles, Saturnina no tiene historia: los ángeles son servidores de Dios que cumplen sus ministerios de modo invisible e impalpable; son puro espíritu y la hermosura de su esencia se resiste a la virtud de los pinceles terrenos: en los ángeles todo es luz concentrada que sólo milagrosamente se trasluce de tarde en tarde al exterior. Saturnina es un ángel con cuerpo, es una *flor escondida* que sólo da razón de su presencia porque despide de sí a su pesar el suave y penetrante, el virginal y amoroso *olor de Jesucristo*.

SAVIA VIVIFICANTE

Sorprender la corriente profunda que como “savia vivificante” animaba la vida interna de esta flor angelical, es tarea muy delicada, pero que puede intentarse con esperanzas de éxito, aprovechando en parte (aunque mínima) los dictámenes que suministran los directores de su conciencia, y sobre todo una preciosa colección de cartas, en que la misma Hermana Sátor, sin pretenderlo ni sospecharlo, nos trasmite lo mejor de su alma.

Con el fin de aprovechar la experiencia ajena, recibir alientos y excitarse a una santa emulación con otras almas a quienes Dios la unió con los vínculos de la sangre o del espiritual afecto, transparente su interior en frases desprovistas de ropaje literario,

encantadoras muchas veces por llaneza e ingenuidad y escritas siempre al dictado de las disposiciones en que se encuentra al estamparlas. Mucho, y lo más hermoso de su espíritu, especialmente en lo relativo a sus últimos años, quedará aún inédito pero en lo que “se le escapó” encontraremos suficientes datos para seguir las distintas operaciones que el espíritu de Dios obraba en su alma; la fiel correspondencia con que ella secundó siempre la acción divina, y la desproporción que se daba entre sus virtudes externas, tan ordinarias, tan insignificantes, y la riqueza exuberante de su interior; de ahí la misteriosa e inimitable sencillez que traía descorazonadas a las compañeras que se empeñaban en imitarla.

Animas animosas.

Tan pronto como nos es loable conocer directamente los sentimientos íntimos de Saturnina, se nos descubre el temple de su alma, arrojada, generosa y cautiva de las más sublimes ideas. Era de esas almas resueltas que según Santa Teresa, tanto aprovechan en poco tiempo, y tan gratas se hacen al Corazón de Dios.

“Quiere su Majestad- dice la Santa Madre- y es amigo de ánimas animosas, como vayan con humildad y ninguna confianza en sí; y no he visto ninguna de estas que quede baja en este camino, y ningún alma cobarde, aun con aparejo de humildad, que en muchos años adelante lo que éstas en pocos”. Sátor era humilde y nada fiaba de sus esfuerzos por eso pedía de continuo oraciones con las mayores insistencias, pero con la ayuda de Dios no pone límite a sus deseos y ambiciosos proyectos de santidad:

“Pide mucho, muchísimo por mí”, escribía de postulante. (9- IX – 34).

Y recién tomado el hábito, recalaba: “Pide mucho, muchísimo por mí, y no te canses nunca de pedir, como yo no me canso nunca de decírtelo para que sea una santa y (digna) Hija de Jesús. (11- XI – 34).

Ser santa era lo único que consideraba apetecible ya por entonces:

“Mucho he pedido siempre por ti para que seas muy santa, que es lo que principalmente deseo para mí y para todos.” (31- 1- 35).

Estos santos deseos, Dios los inspira, pues como dice San Juan de la Cruz: “Si el alma busca a Dios, mucho más le busca su amado a ella”. Y son una prueba exquisita del amor que Dios nos profesa: así lo comprendía Sátor, y le estaba por ello infinitamente reconocida:

“Cuánto agradecimiento debo al Señor por tantísimas gracias como me da; necesito muchas oraciones para poder corresponder a ellas: sobre todo me da grandísimos deseos de amarle y de ser muy santa” (7-III-35). “Dios a todos nos quiere santos, y puesto que lo quiere, Él nos dará su gracia” para conseguirlo. (5-XI-35).

Atizaba Saturnina este amoroso fuego que Dios encendía en su alma con el recuerdo de anteriores beneficios sobre todo el de la vocación religiosa; y no podía alejar de su mente cierto remordimiento de “haber hecho esperar a Jesús”, de donde le hacía un nuevo estímulo de acelerar el paso y reparar el tiempo perdido”.

Además tenía grabado en lo profundo de su corazón un presentimiento ni triste ni molesto; pero muy a propósito para excitar el fervor; no sé qué voz interior la

auguraba que iba a morir pronto; lo había dicho muchas veces a sus amigas en el siglo, y al correr del tiempo se afirmaba cada día en esta idea: de ahí la obligación de correr para llegar en breve plazo a la meta de perfección que Dios se había dignado asignarla.

Dolencia de amor.

El deseo de amar es ya un comienzo de amor, pues amor y deseo dependen de la misma voluntad; se diferencian sólo en que el amor supone posesión, y el deseo, carencia total o parcial del bien apetecido. Por otra parte el amor de Dios produce hastío y desgana de todo lo criado, y a medida que el alma se desprende de las criaturas, siente crecer en sí el deseo de unirse a Dios, sin que sea de pronto (por razones providenciales) escuchada en su deseo. De ahí le nace una sensación muy penosa de vacío y desamparo: vacío de las criaturas, que el alma aparta de sí; desamparo de Dios a quien el alma busca y no alcanza. Cuanto más crece el renunciamiento de las criaturas, tanto se aviva el deseo de Dios; y el tormento de la espera y los padecimientos de este ayuno espiritual aumentan en la misma proporción.

Así los deseos de amar son indicio de amor, pues “el que siente en sí dolencia de amor, es decir, falta de amor es señal que tiene algún amor, porque por lo que tiene, echa de ver lo que le falta”. (San Juan de la Cruz). Son también un incentivo del amor a la vista de los favores divinos, y un dulce tormento causado por la ausencia del Amado.

Todas estas circunstancias producían en el corazón de Saturnina un

Misterioso contraste.

Sus connovicias admiraron siempre en ella la igualdad de carácter y su perpetua sonrisa; indicio al parecer, inequívoco de la paz sin borrascas que conservaba su espíritu. Sátur misma, incapaz de fingir ni disimular, repite de continuo en sus cartas: “Yo estoy muy bien y contentísima”; (21-XII-34), dice que es felicísima, que el noviciado es para ella “así como un cielo en la tierra”; 85-III-35), y con todo si penetramos en el santuario interior de su alma, notaremos con sorpresa un extraño contraste: Quien mejor pudo observarlo se hace esta pregunta:

“¿Es que en el alma de Hermana Saturnina no se encerraba algún misterio?” Y contesta: “Tengo para mí que sí. Yo siempre la vi *exteriormente* la misma: atrayente por su modestia y compostura, afable y llena de bondad y caridad en su trato; *interiormente*, siempre o casi siempre con un vacío en el corazón que no sabía definir, anhelando algo que saciara su espíritu y buscando un guía que adivinara su interior. En el noviciado con este género de cosas, aunque ella fuera feliz en su vocación, en nada encontraba gusto, y todo le hastiaba, aunque nadie se lo conociera, si no es por las demostraciones que solía hacer en el recreo de querer irse al cielo...”

Es que sentía el “hambre y sed de justicia” que, según la divina promesa, la hacía bienaventurada: pero sin quitarle la desazón interior, semejante a la que sufre el cuerpo cuando le falta el necesario sustento o el agua que apague los ardores de la sed.

Otras veces sentía temores de no responder con la debida liberalidad a las invitaciones del cielo:

“Yo le ruego, escribía por entonces, que se interese cada vez más por mí, y me ayude con sus oraciones para que yo responda a los grandísimos deseos que Jesús me da de amarle y de ser muy santa.” (7-III-37).

Vaciar y llenar.

Saturnina ayudaba sus buenos deseos de santidad procurando tener libre el corazón de aficiones terrenas, de modo que le llenase plenamente el amor de Dios. “¡Hay tanto que vaciar y que llenar!” exclamaba con frecuencia.

La variedad de los afectos, que son las afinidades del corazón, explica las adulteraciones y corrupciones en las almas; pues, como dice Jesucristo: “Del corazón sale lo que mancha al hombre: los malos pensamientos, los homicidios”, y demás pecados.

La guarda del corazón, impedir que se contagie por el contacto del mal, vaciarle de lo que a hurtadillas se mezcla de imperfecto, aun en las acciones más santas, es tarea de toda la vida que sólo emprenden “los varones perfectos y espiritualmente alumbrados.

Este vaciar el corazón de lo terreno es la mejor ayuda que podemos prestar al Espíritu Santo para que él lo llene de Dios.

“Para gustar del Todo (Dios)

No tengas gusto a nada” (creado)

(San Juan de la Cruz)

Entre las aficiones humanas hay algunas no sólo legítimas sino de precepto: éstas se avienen perfectamente con el divino amor. Por eso Saturnina podía escribir a sus padres al fin de su carrera:

“No se pueden ustedes imaginar cuánto les amo; cada día es mayor el amor (que les tengo), y es que la gracia no destruye la naturaleza, al contrario, la purifica y eleva; cuanto un alma se une más a Dios ofreciendo en su amor, tanto más puro y mayor es el cariño que tiene a los suyos”.

Saturnina fue modelo de ternura filial y a la vez de desprendimiento, aun cuando éste supusiera sacrificios muy delicados. La separación de sus padres abrió en su alma una herida que según ella dice, solamente hacía soportable, y aun sabrosa, el pensamiento de que los dejaba sólo en el cuerpo, de que había de recobrarlos para siempre en la gloria, y de que con esta separación daba una prueba excelente de amor a Jesucristo.

Habla de la visita que le hicieron sus padres y hermanos cuando tomó el hábito y termina así:

“... Los padres se fueron antes; pero de todas maneras *prontito todos*” (11-XI-34). Y al año siguiente por la misma fecha: “Me alegré mucho de ver a mis

padres; ellos creo que lo pasarían aún mejor; pues *dicen* que el amor de los padres es mayor que el de los hijos; *no sé*: yo mucho los quiero, y cada día más; pida mucho por ellos; mi madre al marchar, llorando la *pobrecita*; mucho les cuesta; Dios quiera que vivamos muy juntitos en el cielo ya que por su amor nos hemos separado en la tierra”.

Palabras ingenuas, casi infantiles reveladoras por la ternura de los diminutivos, por esas dudas tan significativas y los cortes de frase como suspiros de lo Hondo del afecto.

“¡Mucho les cuesta!” Es lo que a ella más le dolía: que sus padres padecieran por su causa. Comparada con esta pena todas las demás se le hacían insignificantes, y juzgaba ridículo ser capaz de tan duro sacrificio como dejar a los padres, y apegarse después a bagatelas; por eso escribía a su hermana monja:

“Nosotras después de obligar a los padres a hacer este sacrificio y de hacerlo nosotras, no nos apeguemos a cosas insignificantes que nos impidan darnos por completo a Dios; a ver si llegamos con la gracia de Dios a ser muy santas. “ (12-V-35).

Quien así discurría andaba lejos de tener presa el alma en las redes de terrenales aficiones; por eso volaba, al menos con el deseo, en persecución del puro amor, todavía más presentido que gustado, y podía cantar con San Juan de la Cruz:

“Sabor de bien que es finito
Lo más que puede llegar,
Es cansar el apetito
Y estragar el paladar;
Y así, por toda dulzura
Nunca yo me perderé
Sino por un no sé qué
Que se halla por ventura”.

In altum.

Libre Saturnina del lastre de lo terreno, en nada tenía la vida presente que es breve y deleznable; sólo una cosa es necesaria: poseer a Dios eternamente en la gloria, y complacerle mientras dure la peregrinación de este mundo:

“¡ Si supieras – escribía a una parienta seglar- qué bien se está sirviendo a Dios, y sobre todo la casi seguridad de *poseerle eternamente, que es lo único* que nos debe importar” (21-XII-34).

Algunos meses después enmendaba su pensamiento en esta forma:

“¿Qué? ¿ no hay ninguna que quiera consagrarse a Jesús? ¡ Si ellas conocieran la felicidad de pertenecerle y *ser de Él sólo!* (5 –III-35).

Pero buscar en este mundo a Jesús por amor y querer encontrarle sin cruz, es amarle en sueños; por eso no se arredra Saturnina ante las cruces. La enfermedad de su hermana le ofreció oportunidad de escribir algo de lo que ella pensaba a este respecto. Acababa de llegar a Salamanca cuando ya la decía:

“No hay que temer: si el Señor te manda que sufrir, también te dará gracia para sufrirlo, y así tendrás una corona mucho más hermosa en el cielo; piensa que estás dando mucho gusto a Jesús, que es lo único que nos debe importar” (9-IX-34).

Dos meses después añadía:

“Súfrelo todo con igualdad y con gusto, esa es la mejor santidad y yo creo que es por donde Dios nos llama a ti y a mí” (11-XI-34).

Fórmula valiente y rotunda, que no acobardaba a Sátor, como tampoco a Santa Teresa, la cual decía: “Tengo yo para mí que la medida de poder llevar gran cruz o pequeña es la del amor”.

Amor y cruz son palabras que pocos entienden, y muy poco gustan y aceptan; pero Sátor no nació para vivir confundida entre el vulgo de las almas.

Simplificación

En su vida exterior fue la *sencillez* nota característica de Sátor; en lo interior lo es también; y a medida que avanza, más se simplifica. No descuidaba la práctica de las virtudes, pero habla de ellas en particular: el amor las incluye todas de modo eminente. Se aplica a los exámenes de conciencia y a la mortificación, conforme al espíritu de su Instituto y a las normas de sus directores, pero no se traba ni enreda en cálculos minuciosos ni se inquieta por práctica más o menos. Arde en celo apostólico; pero no pretende adelantar la hora de la Providencia, y así con sus Hermanas es más reservada que locuaz, gusta en vivir consigo y sólo para Dios.

Lo mismo ocurre respecto a prácticas de piedad y devoción a santos particulares; conoció pronto la mansedumbre de Dios, encarnada en Jesucristo, y a Él se dirigía habitualmente sin intermediarios, a no ser la Virgen Santísima. Con todo se le notaba cierta intimidad, que pudiera llamarse aire de familia, con tres santos jovencitos como ella.

San Juan Berchmans tan austero en su admirable sencillez, fue su modelo en cuanto a la observancia regular; no tiene con él efusiones de amor sensible; pero admiró su modestia y humilde sumisión a Dios y a las Reglas.

Con Teresita y San Estanislao, se dan simpatía y amor que parecen fraternidad de alma. Santa Teresita del Niño Jesús, a quien Sátor llama a veces “mi Teresita” la acompaña de la mano por el *camino del amor*.

“Leo algunos ratos – escribe ella- un poco de la vida de Santa Teresita; créeme que cada vez me gusta más, y cada vez más deseo seguir su “*Caminito*”, ¡es tan encantador! Puesto que tú también tanto la quieres, vamos a proponernos las dos imitarla; a ver quién la imita mejor.” (31-I-35).

San Estanislao es el patrón especial el Noviciado de Salamanca: Saturnina encarnó en un dramita la personalidad seráfica de este admirable niño, y lo hizo a la perfección. Era un encanto verla cada día limpiando su estatuita y adornando su altar: se notaba entonces tanta semejanza entre las dos fisonomías, que las novicias pensaban a veces: “¡Quién de los dos es más Estanislao!”.

Quitados estos tres íntimos, apenas nombraba a otros santos, y aun a éstos muy poco; el imán de su amor era uno solo, *Jesús*.

La sagrada persona de Jesucristo inspira veneración y cariño en toda alma noble, aunque tenga la desgracia infinita de desconocer su divinidad.

Pero Jesús es Dios y hombre en una sola persona: lo más próximo a nosotros porque no hay corazón de madre tan tierno como el suyo; “lo más excelente que se puede decir y pensar”, porque es Dios como el Padre y el Espíritu Santo. Así le veía siempre Sátor: Dios y hombre verdadero, pero uno, indivisible e inmutable. También aquí se da *simplificación*. Saturnina alude a veces a los divinos misterios de la vida mudable, en cuanto temporal de Jesucristo, pero como de paso y sin hacer en ello hincapié. A los ojos de su fe aparecen siempre como le vieron sus discípulos predilectos en el monte Tabor, nimbado con todos los esplendores de “la Divinidad que habita en Él corporalmente”.

La acción de Dios.

La santidad empieza con los esfuerzos del hombre, sostenido por la gracia, y se termina por la operación directa de Dios. En el trabajo humano, sin que de ordinario tenga el alma conciencia de ello, se mezclan mucho amor y juicio propios. Como dice uno de nuestros místicos: “La negociación e industria propia parece que en alguna manera tiene por fin el bien de la propia alma; y mientras estas cosas espirituales nos tuviéremos a nosotros por fin de nuestros ejercicios no iremos medrando tanto, cuanto si tuviéramos sólo por fin la honra y gloria de Dios”. (Fr. Jerónimo Gracián). Las prácticas del celo o de las virtudes morales, que a primera vista parecen tan excelentes, si se separan del amor divino y del influjo de la gracia, no tienen valor sobrenatural: De ahí que diga San Pablo: Aun cuando yo distribuyera mis bienes para sustento de los pobres, y cuando entregara mi cuerpo a las llamas, si la caridad me falta, no me sirve de nada”.

Estos actos heroicos no pasan de obras humanas, sin jugo de savia divina...; y santificarse es divinizarse.

Viceversa, cuando las almas vienen sirviendo con fidelidad a Dios muchos años, o se han ejercitado mucho tiempo en la oración y vencimiento propio, o vienen trabajando por despojarse de sus inclinaciones naturales y de los consuelos humanos, o han llevado desde la infancia vida inocente y fervorosa; entonces suele el Señor, por singular merced, sustituir poco a poco la operación humana por la suya divina. Ya no es el alma quien obra, se limita a sufrir en sí la operación divina. “En este negocio – dice San Juan de la Cruz – Dios es el principal agente y mozo de ciego que la han de guiar por la mano adonde ella no sabría ir. “No serán siempre prados amenos; sobre todo en los principios, la obra divina se reduce a destruir, a despojar al alma de toda liga y escoria, y reducirla a perfecta desnudez espiritual: operación *necesaria* antes de llegar a la unión con Jesucristo, que exige como condición previa estar muerto del todo a sí mismo y al amor propio, hasta en sus pliegues más íntimos. Operación *dolorosa* que

han descrito los santos con nombres diversos y en especial San Juan de la Cruz con los de noche del espíritu y del sentido.

Estados misteriosos, mezcla de luz y de sombras, llenos de oscuridades, arideces y desamparo, acompañados de una fuerza interior que sostiene al alma; y seguidos, cuando menos ella lo espera, de ardores amorosos y un presentimiento claro de la presencia de Dios: heridas sabrosas de divino amor que hacen gratos los dolores, y no se querrían trocar por todas las dulzuras del mundo, como de sí decía Santa Teresa.

Con estas alteraciones, en que el alma se ve incapaz, aprende a no contar consigo ni a buscar gusto en nada: la humildad interior nace como fruto espontáneo; y apoyada en su pequeñez, alentada y sostenida por la fe, la confianza y el amor, el alma asciende con rapidez a las cumbres de la santidad o unión con Dios por estos grados:

Disgusto de todo lo criado y deseos ansiosos de Dios.

Energía tenaz en el esfuerzo para llegar a Él, con un ardor que nada detiene y que vence todos los obstáculos: “El amor es fuerte como la muerte”.

Vehemencia del deseo que se exaspera en la persecución de un objeto, y le busca “como el ciervo sediento las fuentes de aguas puras”.

Viene luego el encuentro con el amado, cuya unión se consuma en el cielo.

No intentaremos describir con minuciosidad estas sublimes ascensiones en el alma de Saturnina. En parte ya se han podido apreciar; en lo sucesivo ha de verse mejor: sin dar un paso por cuenta propia, pero sin ofrecer la menor resistencia, surca los espacios con alas de ángel, sin lastre de pasiones humanas, sin roces siquiera de propia voluntad.

Soledad del alma.

Con su trabajo y la ayuda de la gracia, conservaba Saturnina el corazón desprendido de todo lo terreno, Dios la exigía más: que se olvidara de sí, y para ayudarla en esta difícil tarea la puso en soledad interior.

Dios no estaba ausente; ella sentía su presencia en aquellos “deseos grandísimos que la ponía en el corazón de amarle mucho y ser muy santa” y en la “felicidad profunda” que gozaba. “a pesar de las cruces”, en “ser de Jesús y pertenecerle a Él solo”. Pero si Jesús estaba cerca, ella no le veía ni mutuamente se hablaban. Como quien a oscuras da la mano a un amigo sin que los ojos hagan esfuerzos por verle, puesto que es noche cerrada, ni entabla con él conversación porque le es imposible hablar. Es la presencia oscura de la fe sin ayuda de raciocinios ni calor en la sensibilidad.

En el orden natural la voluntad no se adhiere sino a lo que antes ha conocido el entendimiento; en el orden sobrenatural, Dios puede acrecer el amor sin aumentar el conocimiento. La fe infusa suple esta falta y la voluntad la inflama sin que el entendimiento reciba nuevas luces.

Pero ocurre que el entendimiento y el corazón, faltos de luz y de amor, experimentan una impresión de vacío que perturba y desalienta a los que se empeñan en seguir asociándolos contra la moción de la gracia, al trabajo sobrenatural que se opera en ellos sin el concurso de estas facultades.

De ahí que muchas almas se desalientan por no saber que hay una oración silenciosa, sin fórmulas ni emociones del corazón, más perfecta que la meditación ordinaria; y que se puede amar a Dios por simple mira de fe en contemplación oscura. Saturnina, que según todos los indicios, pasó por estos estados, algunos de ellos desde su vida de colegial, no se desalentó ciertamente, pero sí experimentó situaciones amargas, arideces prolongadas, desorientaciones y desamparos que eran la causa principal de sus secretas melancolías, y de la desgana y hastío que notaba en todas las cosas, incluso las espirituales.

Por otra parte, como no se entendía no hallaba medio de comunicarse con sus directores; ni éstos encontraban modo de orientarla y consolarla. San Juan de la Cruz señala esta incapacidad como nota característica de esta forma de oración: “Esta sabiduría –dice el Santo - le es al alma tan secreta... que además que ninguna gana le da al alma de decirlo; no halla modo ni manera ni símil que le cuadre...; y así aunque más gana tuviese de decirlo y más significaciones trajese se quedaría secreto y por decir”.

Así le ocurría a Saturnina, según dice la Madre Maestra:

“Sus conferencias y coloquios espirituales se reducían a unas cuantas preguntas que yo le hiciera: si estaba contenta, si tenía dificultades... y sobre su amor a la Virgen; apenas daba explicaciones. Y al tocar el punto de la oración era cuando se mostraba, si no reservada, al menos incapaz de decir, o yo de entender la manera cómo oraba... Su manera de oración es el punto más difícil de esclarecer, pues ella misma dijo muy poco sobre este particular. No es que no quisiera; es que no se sabía expresar, y esta imposibilidad de expresión no sólo era conmigo, sino con todos, a pesar de que tuvo ocasión de conocer muy buenos directores de almas.

“Ella buscaba con ansia un guía que le adivinara su estado, pero no le llegó a encontrar; pues ni incluso con algún Padre que la conoció y dirigió antes de venir al noviciado, una vez en él, pudo satisfacer esta necesidad, renunciando por fin a ello. Recuerdo que estado enferma le pregunté si tenía ya facilidad para darse a entender, y me dijo que ya ni lo pretendía. Yo sospecho que su oración era de un total entregamiento a Dios; ansias de poseerle; desasimiento completo de todo lo criado; todo ello *marianizado*; y atenta siempre a la acción de la Santísima Virgen en su alma. Me domina esta idea: Hermana Saturnina fue una alhaja que Dios puso en mis manos: pero que él mismo se encargó de pulir; una Maestra más hábil hubiera sacado de ella relaciones más explícitas, pero el tropezar con ésta, fue acaso un bien, pues el Espíritu Santo se hizo su Director”.

La misma Sátor dijo a una Hermana en un momento de espontánea intimidad:

-En el mudo tuve un Director, después mi Director ha sido solo Dios.

Y esto no por ineptitud de los llamados a dirigirla- como en su humildad insinúa la Madre Maestra- ,sino por especial disposición de la Providencia, que a su tiempo buscó a Saturnina el Guía experto, aunque invisible por el que tanto ansiaba.

LUZ Y CALOR

Un año bien cumplido había pasado desde que Saturnina abrazó la vida religiosa en su propio colegio de Valladolid. En todo este tiempo, salvo tal vez breves paréntesis, había vivido en aridez y oscuridad interiormente, y sin arrimo humano que sostuviera su espíritu en lo exterior. De aquí sacó su alma frutos muy preciados: el primero *conocimiento experimental de su pequeñez*: se había visto tan incapaz muchas veces, que ni le venía al pensamiento anteponerse a la menor de sus hermanas.

El segundo fue el *fervor de sus oraciones*: el árbol de la santidad para subir muy alto necesita sol y humedad: la humedad le venía a Sátor del conocimiento propio; el sol de la gracia bajaba a raudales atraído por la intensidad de los deseos, que constituyen el fervor de las plegarias.

Otro fruto fue *confianza ilimitada en la bondad de Dios* únicamente le venían tantos bienes.

Todo ello junto ocasionó en su alma un incendio amoroso, de donde brotaban llamas encendidas de luces nuevas, transporte de amor, gustos anticipados del cielo. Es el premio que Dios otorga a los valientes cuando se entregan a los ardores del amor divino. Según la bella comparación de San Juan de la Cruz, al principio todo es oscuridad, como ocurre a un madero que embestido por las llamas se ennegrece hasta que arroja de sí toda la humedad; más después, purificado, se convierte en pura ascua y adquiere las propiedades del fuego.

Con pocos intervalos, debió pasar Saturnina en estas claridades y fervores todo el *segundo año* de su vida religiosa; aunque en lo exterior apenas pudieron notarse tan profundas diferencias; ni aun sus directores se percataban de ellas, pues era todo tan íntimo y directamente venido de Dios, que no encontraba medio de observarlo en sí la misma Sátor de modo reflejo.

El guía.

Por fin encontró un director. Fue sin duda el fruto más preciado de sus oscuridades pasadas. Dios no la dejó sola: Él mismo se hizo su conductor, pero bajo de una forma indeciblemente tierna y amorosa. Saturnina empezó por ahora a comprender con toda evidencia que los tesoros de la gracia, debían ser administrados, al menos en lo relativo a su alma, por la Santísima Virgen María. Desde esta fecha acudir a la Virgen se convirtió en una necesidad para su corazón; de ahora en adelante en la Virgen lo encontrará todo; la Virgen será *“su todo”*.

“Quiere ser mi Madrecita –dice ella - la que guíe todos los pasos de mi vida”. Y el proceso por donde llegó a serlo le exponen en unos fraternales consejos escritos por este tiempo a una pariente suya atribulada, y sin facilidades de encontrar director de su espíritu:

“Siempre y en todo lugar – escribe Sátor - nos es necesaria la dirección de la Santísima Virgen; pero en unos sitios más que en otros y me parece que estando en un pueblo donde no se tiene facilidad para encontrar directores que puedan entender y guiar; y algunas veces *se encuentra una*, aunque rodeada de gente, tan sola y en dudas y obscuridades, en tristezas etc., sin que encuentre una persona con quien comunicarse y descansar entonces más que nunca es necesaria María. Si alguna vez te encuentras en alguno de esos casos, acude a Ella y descansa recostada sobre su amantísimo Corazón. Confíala todas tus cosas será para ti tu *sostén*, tu *consuelo*, tu *descanso etc*, en una palabra, *será tu todo*, puesto que es nuestra Madre, y de Ella *todo* lo hemos de esperar. No creas te digo estas cosas por decirte algo; te lo digo de todo corazón, como una hermana puede hablar con su hermana alentándose mutuamente para llegar a la santidad.” (17-X-35).

Está claro que Sátor habla de experiencia propia.

Lo primero, la llave.

¿Cómo responder a la solicitud del “*Guía*”? Poniéndose como un ciegucecito en sus manos, renunciando a la propia libreta.

Saturnina llegó a Salamanca enriquecida con el tesoro de una ternura filial y acendrada con la Santísima Virgen.

En el noviciado, este amor fue de continuo en aumento: En vísperas de tomar el hábito, todo lo fiaba de Ella.

“ ¡ Me encuentro tan poco preparada!, escribía. Por caridad pida mucho para que la Santísima Virgen *supla* todo lo que me falta, y haga que yo me dé de lleno a Jesús.” (28-IX-34).

En el recordatorio de este día memorable, estampaba como única aspiración:

“¡ Oh Jesús mío, haced que sólo ansíe crecer en vuestro amor y en el de vuestra Purísima Madre!.

Pocas semanas después se consagró como *esclava* a la Santísima Virgen; y escribiendo luego a su hermana, cuya ausencia del monasterio era una espina que la ulceraba el corazón, se consuela con ella en estos términos:

“Se me olvidaba decirte que el día de la Purísima, la Madre Maestra nos hizo esclavas (de la Virgen) y nos dio el rosario como señal d esclavitud, así que ya podemos estar contentas, ¡tener una Señora tan buena que es a la vez Madre! (21-XII-34).

Esta consagración “como esclava” no se limitó a un rito externo, o a una muestra de filial ternura. Sátor se fue amoldando interiormente a las prácticas de esta esclavitud que encerraba en germen todo el desarrollo de su vida espiritual en lo futuro. Por de pronto renovaba con frecuencia su total consagración a María:

El día de la toma de hábito – dice en otra carta - recibí una estampa de la Virgen con la consagración de esclava; es monísima, la hago muchos días cuando puedo. ¡Qué gusto ser esclava de la Virgen! ¡qué cuidado tendrá de nosotras! ¡a ver si haces tú que se hagan todos los que van por ahí” (31-I-35).

De ahora en adelante ya no le parece difícil llegar a la santidad:

“A ver si llegamos a ser muy santos; pues aunque parece un poco difícil, la Santísima Virgen lo hará; pues lo que ella quiere es *nuestra voluntad*, y eso yo creo que por, la gracia de Dios no nos falta.” (5-III-35).

Todas estas citas demuestran la sincera devoción de Sátor con la Virgen, la confianza ilimitada que en Ella ponía y la piedad ilustrada que no sabe separar a la Madre medianera, del Hijo redentor; pero está aún muy lejos de mostrar el papel preponderante, a primera vista (¡sólo a primera vista!) exclusivo que la intervención de la virgen ejerció en la santidad de Saturnina; aún no ha penetrado ésta la esencia de la “esclavitud”; pero al declararse su *esclava*, ya le ha entregado la *llave* del corazón, su *voluntad*.

Rendida esclava.

El 9 de mayo llegó a Saturnina la noticia de que su hermana había regresado a su monasterio; inmediatamente la escribió para felicitarla, sirviéndose para ello de los términos más expresivos con que ha podido exteriorizarse por nadie la más legítima de las alegrías:

Con grandísimos deseos he deseado que llegase este día de poderte escribir a tu querida casita; ¡ya llegó, gracias a Dios!... La Santísima Virgen ha preparado las cosas para que yo lo supiera. Puedes figurarte la alegría que todo eso me causaría; alegría muy grande, pero íntima, especial. Estuve dando gracias a Jesús y a la Santísima Virgen pues Ellos ha sido los que te han llevado otra vez a su casa.

Termina la carta repitiendo casi textualmente unas frases de la anterior, pero añadiendo unas palabras que salen por vez primera en su correspondencia y son muy significativas:

“A ver si llegamos con la gracia de Dios a ser muy santas, y puesto que las dos somos esclavas de la Virgen, es muy fácil santificarnos *abandonándonos por completo* a la Santísima Virgen, que *haga lo que quiera de nosotras*” (12-V-35).

Cuando Saturnina se decide a dar un consejo, es que ya antes ha hecho lo que aconseja, e incluso tiene probada su eficacia. Ya se había, pues, por estas fechas *abandonado* por completo a María para que hiciese de ella *cuanto quisiera*.

La expresión *abandonarse*, no será muy castiza, pero sí clara y valiente; ella sola encierra en sí la esencia de la esclavitud. Abandonarse o entregarse descuidado en manos de Dios, supone no sólo *resignación* en todo lo que nos ocurre, como querido o permitido por su Providencia; ni sólo *sumisión* cordial a la voluntad divina en todo lo que se ofrece; el *santo abandono* en la sumisión completa, definitiva, a todo lo que pueda ocurrir en lo sucesivo; acontecimientos y deberes previstos e imprevistos. Es el gado más perfecto de conformidad con la voluntad divina. Esta disposición, más que

ninguna otra, caracteriza la vida espiritual de Saturnina que renuncia a conducirse por sí misma para que la conduzca en todo la gracia.

No desearía formar ningún proyecto ni entregarse, por propio impulso, a ninguna ocupación. Es “cosa “ de la Virgen, como ella decía de sí, es su “florequilla” como decimos nosotros.

A algunos parecerá indigna del hombre esta renuncia a la propia voluntad; pero solo es el mejor uso que de ella puede hacerse (pues Dios no nos ha hecho libres para que nos sustraigamos a su dominio, sino para que nuestra dependencia fuese voluntaria y meritoria) sino que es el acto más libre de todos los humanos por implicar el dominio perfecto de las propias inclinaciones y apetitos, que de ordinario avasallan a la voluntad degradándola de su dignidad de reina y supeditándola a los instintos inferiores.

Si esta perfecta donación es esclavitud, lo es de amor; es la esclavitud de los ángeles y santos en el cielo; que por una parte les impide pecar y por otra les hace perfectamente felices. Por eso, Saturnina escribía en el mismo día 12 de mayo:

“El Señor haga que me llene bien de amor de Jesús y María, pues amándolos yo creo que ya está todo... Yo siento cada día más ganas de ser toda de Jesús y María; quiera Dios que me dé (a Ellos) por completo “.(12-V-35).

De sierva a hija.

La Santísima Virgen dijo de sí : “Miró el Señor la pequeñez de su *esclava*, por eso me llamarán bienaventurada todas las generaciones”. Es el proceder ordinario de Dios: “el que se humilla será ensalzado”. Cuando un alma se olvidó totalmente de sí para hacerse sierva de Jesucristo, se da entre los dos aquel amistoso trueque que proponía el Señor a Santa Catalina: “Ocupate de mis cosas, y yo me ocuparé de las tuyas”. Ya no está tanto el alma al servicio de Dios, cuanto Dios al servicio del alma. La pureza del santo abandono le hace perder la calidad de esclava para tornarse en hija predilecta de Dios, y no son precisamente los niños pequeños quienes sirven a sus padres, sino viceversa.

Sátur irá subiendo hasta el postrer suspiro en esta filial confianza con Jesús y María, en lo que cifraba la suma de la perfección.

En junio de este año 1935, al siguiente día del Sagrado Corazón, escribía sobre este asunto, más que en propio nombre, como amanuense de la Virgen:

“Estoy escribiendo cerquita de la Virgencita que tú ya viste, para que me inspire lo que quiere que te diga, o mejor que Ella que todo lo sabe hable por mí... He pedido mucho por ti, y lo seguiré haciendo para que seas muy santa y muy agradable a su divino Corazón, pues en todas las partes se le puede dar gusto y llegar a una grande perfección. *Cumplir la voluntad de Dios en todo momento* de nuestra vida y cumplirla *con mucho amor* y por darle gusto, esa es la gran perfección. Y la voluntad de Dios, así en general, ya la tenemos dictada en los Mandamientos; ahora en particular, Dios Nuestro Señor se la revela a cada uno, según los designios que tenga sobre cada alma; pero *no puede ser por menos* que dársela a conocer; si alguna vez no lo hace desde un

principio con tanta claridad como nosotros deseáramos, *es para que acudamos más a la oración* con mucha, con ilimitada confianza como un *hijo* con su *padre*; a quien va con tanta confianza no le puede negar nada; y después de haber orado mucho, *abandonémonos* en el Corazón de Jesús y de nuestra Madre Inmaculada, que Ellos *mucho* nos aman, y dispondrán todas las cosas para nuestro mayor bien. En todas las dudas que tengas, en todas las dificultades, penas, alegrías etcétera, *acude* a Jesús y a María, *abandónate* en sus corazones, y confía en Ellos, pues nunca te desamparán. Di muchas veces "Sagrado Corazón de Jesús en Vos confío"; por medio de esta jaculatoria ha obrado muchos milagros; y acude mucho a la Santísima Virgen que está deseando que vayamos a Ella". (29-VI-35).

Ideas admirables por la exactitud y filial atrevimiento, como dictadas por un corazón de verdadera hija que meditaba por entonces, después de pedir largo comentario, esta sentencia de San Juan de la Cruz: "quien *mueve y vence a Dios* es la confianza porfiada; y así para conseguir la unión de amor, le conviene al alma caminar con la esperanza sólo en Dios y sin Él no alcanzará nada".

Este espíritu de entrega filial quería llevarle a los últimos extremos, descuidada no sólo de los bienes terrenos; vida, salud, estimación, etc., sino de los espirituales:: méritos, consuelos, tribulaciones... Verificada esta renuncia total, esperaba ser felicísima:

"Yo quisiera en este tiempo que me falta de primer año (de novicia) llegar a abandonarme enteramente a Jesús y María lo mismo en lo *espiritual* que en *material*, sin ocuparme más que de amarles y agradecerles, así viviría felicísima y adelantaría mucho más; pero todo tiene que ser gracia que me haga el Señor, así que la oración suplirá lo que yo no puedo". (10-VI-35).

Lluvia benéfica.

En tan buenas disposiciones hizo Saturnina los Ejercicios espirituales de aquel año.

En ellos se perfiló y concretó su programa de santidad y aparece en toda su amplitud el papel decisivo reservado a la Santísima Virgen, en cuyo amor se irá todo paulatinamente concentrando.

Saturnina habla de estos Ejercicios con palabras de exaltado entusiasmo y profundo agradecimiento:

"He pasado unos días de cielo" (15-XI-35). "Qué días más encantadores son los de Ejercicios! Son días de bendición y de gracia; el Señor la concede con una abundancia extraordinaria; es tiempo en que el Señor muestra con *mucha claridad* su voluntad; aunque siempre lo hace, pero se conoce que en esos días estamos en mejor disposición" (7-X-35).

Observación sagaz y muy práctica pero eso no obsta para mostrarse reconocidos como éste.

"Padre tan bondadoso que nunca se cansa de darnos y... ¡como si todo le pareciese poco!...A ver si nosotras nunca nos cansamos de darle gracias; pues el vernos

agradecidos ha de serle de mucho consuelo: Pero sobre todo a ver si le amamos cada vez más; para conseguirlo, lo mejor que podemos hacer es recurrir a la Santísima Virgen, pues nadie mejor que Ella puede enseñarnos a amar a Jesús. Dice un pensamiento que tengo yo escrito (no sé de quién será) "En unión con María se adelanta más en un mes, en el amor de Jesús que en muchos años no estando unidos a tan buena Madre".

DE estos Ejercicios salió también "con muchos deseos de hacer bien la oración", y convencida de que "se necesitan muchas oraciones para oír muy bien al Señor y ser muy fiel en seguirle muy de cerca". (16-IX-35).

Ha sentido la presencia de Jesús y María, y desea a los demás lo que parece haber conseguido para sí:

"A ver si llegas a estar pensando continuamente en Jesús y María ¡Se vive tan a gusto a su lado!" (7-X-35).

Amor y olvido.

Por fin el Señor le ha descubierto con claridad el interior. Para subir al puro amor adonde aspira, necesita una condición previa, el olvido de sí; tan cierto es que la virtud no está en milagros ni revelaciones, en sublimes conocimientos o sentimientos, sin en tener en grado subido la *humildad y el amor*. Confiesa que le queda mucho camino por andar pero con la Virgen todo lo puede:

"Necesito muchas oraciones: se me termina el primer año del noviciado, el tiempo más oportuno para mi formación y para mi entrega a Dios por *completo*, separándome de las criaturas, y de mí misma más que ninguna; yo creo que es lo más difícil. ¡Con cuanta frecuencia me busco a mí misma, pareciéndome algunas veces que busco a Dios! Con mucha facilidad me engaño. El gran consuelo que me queda es que soy de María y Ella cuidará de mí. Cada día deseo amarla más, quisiera amarla *con locura*; es una gracia muy grande que el Señor me tiene que conceder; pídesela a Jesús, sin condiciones. Él lo está deseando dar; y luego, que yo corresponda. (16-IX-35).

En estas últimas palabras parece que desvaría; pero está en su seso y sabe lo que desea y a lo que se ofrece "sin condiciones". ¡Algún misterio debe encerrar esta expresión; pero, con tal de extinguir la sed de amor que la abrasa, a todo está dispuesta. Los favores recibidos, lejos de calmar, exacerban el ardor. "La voz del que de veras ama es ésta: Más me das que merezco, pero menos de lo que deseo; soy llevado del amor, y no de la razón". (Fray Juan de los Ángeles).

Así pensaba Saturnina, que puede apodarse *la doncella de los santos deseos*.

Religiosa por delante

Había terminado para Hermana Saturnina el primer año de noviciado: en adelante con los ejercicios de piedad tendría que simultanear las tareas escolares, si bien todo ello a la vista de la Madre Maestra, debajo de su dirección y en el recinto del noviciado.

El estudio fue siempre para ella una cara; ahora se le ofrecía además como estorbo molesto; temía que dedicándola a los estudios pudieran frustrarse sus ansias de apostolado en las misiones; con todo, ella misma dice de sí: “Estudio mucho”.

El trabajo intelectual no está exento de peligros para las almas espirituales; por su misma naturaleza; si no hay gran vigilancia, disipa más aún que las ocupaciones manuales. Además en el estudio sobre todo entre jóvenes, se mezclan fácilmente actos de vanidad y desaliento...; pueden surgir emulaciones entre estudiantes, y casi siempre acarrea el peligro de entregarse con excesivo ardor a los estudios con descuido de lo esencial, olvidando el consejo de San Juan de la Cruz. “Religioso y estudiante, Religioso por delante”.

A Saturnina no se le ocultaban estos peligros, y por eso al principio se apenó algo, pero se repuso muy pronto:

“Ya he empezado a estudiar... Hasta ahora el estudio no es que me cueste mucho, pues estoy repasando lo ya estudiado, y (sólo) un poco de lo estudiado... Al principio me entró un poco de pena; no es para menos, pues el cambio es muy grande, y no estando muy llena de Dios el estudio distrae mucho; gracias a Dios pasó muy pronto, pues pienso que, siendo voluntad del Señor, cuando estudio lo considerará como *un pensar práctico en Él*; pero eso es si lo hago únicamente por su amor, y eso es lo difícil, necesito muchísimo la ayuda de nuestra Madre; en Ella confío.” (27-X-35).

“Por Él no queda”.

De esas palabras, puede colegirse que por entonces pensaba de continuo en Dios, pues sólo el estudio temía le privara de ese consuelo; y puesto que tan pronto se consoló, no debió serle tan difícil estudiar “únicamente, por amor” de Dios lo cual no es de maravillar con la poderosa ayuda de la Virgen en quien tanto confiaba. Además, junto con una salud robusta en el cuerpo, seguía inundando su espíritu con la gran avenida de consuelos que le trajo el último retiro:

“Quiera Dios – dice ella misma- que me aproveche de todo lo que el Señor en su infinita bondad me manda (o concede ahora) con mucha abundancia, y que todo me sirva para unirme más y más a Él; si no sucede así, yo tengo la culpa, que por Él no queda” (27-X-35).

A sus padres les escribe: “De salud estoy buenísima, como siempre y de contento y gozo estoy llena; pues el Señor no se deja ganar en generosidad, y si se le da uno, nos devuelve ciento con algo más” (17-XI-35).

Este “con algo más” es encantador y muy significativo.

De todo se aprovechó Saturnina, para su adelantamiento en esta época de su vida, la más rosada de su existencia; con todo, nada salía al exterior: la florecita crecía en dos direcciones opuestas, pero ambas ocultas: hincaba cada día más en la tierra las raíces del propio conocimiento, y se encendía su corazón con color de ascua siempre más viva, pero dentro del capullo; el lema de su existencia es por ahora más que nunca: amor y olvido; amor de Dios; olvido de sí.

Se ora como se ama.

Como el estudio le roba algunos ratos de pensar en Dios, se resarce en los tiempos libres con oración cada vez más sencilla: es un acto simple de puro amor, una...mirada fija en los ojos de Dios que se retratan en María, para sorprender en ellos las más imperceptibles de sus voluntades; su alma piensa cada vez menos, y ama cada día más. Ella misma nos explica algo en unas amistosas aclaraciones a ciertas preguntas de su prima:

“Dices que quisieras saber amarles (a Jesús y María): pues es sumamente fácil. Dice Jesús que “ama a Dios el que guarda sus “Mandamientos”. Si eso es así en general, yo creo que amarles con más intensidad, con más delicadeza es, no contentarse sólo con guardar Los Mandamientos, sino *estar pendientes de sus menores deseos*, y en seguida de conocidos, ponerlos en práctica. ¿Sabes dónde, sobre todo, manifiesta el Señor sus deseos? Pues creo que en la oración, por ser el tiempo en que más íntimamente tratamos con Él. Cuando estés en la oración, habla con Jesús como una hija habla con su padre y con su madre; no creas que la oración consiste en pensar cosas grandes; es mucho más fácil que todo eso, y está al alcance de todos. Santa Teresita dice que se *ora como se ama*; no hace falta emplear palabras suidas con toda sencillez decirles todas nuestras necesidades, presentarles nuestras miserias, preguntarles qué quieren que hagamos, cómo nos tenemos que portar para agradecerles; y luego *escuchemos un poco*, ya verás cómo nos contestan, si no con palabras que se oigan, con los oídos del cuerpo, pero *se oyen muy dentro del corazón*. No olvides – ¡ a Sátor le era imposible este olvido! – que *quien mejor puede llenarnos de amor a Jesús y María*, por ser Ella quien más le ha conocido y amado, y si siente gusto en concedernos las cosas que la pedimos muchísimo más gusto sentirá el concedernos el amor a Jesús; únete cada día más a Ella, y así te unirás a Jesús. (20-XII-35).

La que tanta dificultad encontraba en alumbrar la corriente de su vida interior si “ex profeso” quería sondearla, se descubría admirablemente cuando dejaba brotar espontáneamente la vena de sus ideas y sentimientos, con el fin de encender los corazones de los que con ella se comunicaban. Por este camino nos descubrió sus deseos apasionados de amar a María, hasta llegar a lo que ella llamaba

Locura de amor.

Las palabras con que concluía Sátor su carta del 16 de septiembre de 1935 eran la expresión arrebatada de una emoción violenta e irreflexiva. Eran llamadas de un deseo vivísimo considerado por ella como gracia extraordinaria de Dios. Por eso siguió solicitándolo con fervientes plegarias por espacio de un año consecutivo: probablemente hasta que lo consiguió. Conviene repetir aquí estas palabras para fijar más particularmente en ellas la atención y compararlas con otras posteriores que las aclaran y completan.

“Cada día deseo amarla más, quisiera amarla *con locura; es una gracia muy grande* que el Señor *me tiene* que conceder; pídaselo mucho a Jesús, *sin condiciones*. Él lo está deseando dar; y luego, que yo corresponda”. (16-IX-35).

En octubre del mismo año habla ya un lenguaje algo sospechoso para los que nos consideramos cuerdos: Mas no por sentirse un poco trastornada a lo divino, deja de desear estarlo del todo:

“Soy felicísima cuando pienso en Ella (La Virgen) y *estoy en su compañía*; me parece que, por la misericordia del Señor, cada día la amo más; mucho me falta para *la locura del amor*; pero me parece que en el deseo por lo menos, muchas veces *sí que tengo esa locura ¿Por qué será* que teniendo tantos deseos de amarla, y Ella deseando tanto que la ame, no la amo? A ver si el Señor le comunica la causa y me lo dice, *para que así llegue a amarla con esa locura* “ (27-X-35).

Estas ansias, desvaríos y disposiciones recuerdan los de aquella otra loca sublime, la enamorada Magdalena, cuando preguntaba al fingido Hortelano por el paradero del cuerpo difunto de su Maestro, dispuesta a todo con tal de tenerle en su poder.

Al contestarla, tuvo el corresponsal de Hermana Saturnina palabras de aliento, y pocas semanas después volvía ella a insistir en su locura con términos esperanzados y demostrativos de una inefable felicidad:

“A ver si algún día llegamos (o llego yo, si es que usted ya ha llegado) a la locura del amor, que lo *único* que constituye todos mis deseos; yo creo que el Señor al darme tantos deseos de esa locura, es señal de que me la quiere conceder, no solo en deseos, sino prácticamente; ahora sólo hace falta que yo corresponda... ¡La segunda parte de su carta sí que me consuela, sobre todo, eso de que *quien tanto desea enloquecer, muy cerca anda de estarlo!* ¡Qué dicha y qué felicidad tan grande!. Si soy tan feliz sólo de pensarlo ¿qué sería si lo poseyese? Me siento muy feliz al ver que esta mi amada Congregación ama tanto a nuestra Madre Inmaculada.” (15-XII-35).

Como felicitación de Pascuas añade sólo esta frase muy en armonía con su locura marial:

“Yo pediré el día 25 de una manera particular por usted que el Niño Dios se encuentre muy contento por *encontrarle muy lleno de María*. (15-XII- 35).

Un loco hace ciento.

Estas ansias de enloquecer habían quedado hasta entonces secretas aun para los más íntimos; pero es mala enfermedad la locura para que mucho tiempo se pueda disimular. A su madre, la “otra” madre, la de la tierra, le hace un encargo muy delicado para la Virgencita de su colegio, con un ruego muy encarecido:

“Usted, madre, cuando vaya al colegio, una visita de mi parte a mi *Virgencita*, y pídale muchas cosas, pero sobre todo que cada día la ame más a Ella y a su Jesús, *con locura*”. (17-XI-35).

A su hermana que se disponía entonces a emitir la profesión solemne, la escribía un mes después, el 4 de diciembre, asociando la locura de amor a María con el celo de las almas:

“No podemos agradecer a Dios Nuestro Señor la gracia especialísima de habernos llamado a ser sus esposas, y a vivir siempre, a que lo haga la que es nuestro *suplemento*, nuestra querida Madre; nosotras unírnos a Ella y hacer lo que podamos. El amor de Jesús y de su Santísima Madre son los grandes tesoros que yo deseo para mí y para todos los que amo; *es lo único necesario*: amar a Jesús y María sin medida, que crezca cada día con mucha rapidez hasta amarles *con locura*, pues no podemos dar lo que no tenemos”. (24-XII-35).

También a una tía suya, aquella que con tanto mimo la había cuidado en Valladolid desde que empezó los estudios en las Huelgas, y que ahora se humillaba a pedir a su traviesa sobrinilla de entonces consejos para andar segura los caminos del Señor, ésta le dice entre otras cosas:

“Únase estrechamente a la Santísima Virgen: crea que es el camino más seguro: yo de lo poquito que he experimentado la hablo por eso deseo cada día unirme más a Ella y amarla con locura. Si así lo hago estoy segura de que llegaré a amar mucho a Jesús y agradecerle, pues Ella me alcanzará gracias para ello”.

Sigue luego un paréntesis, durante el cual estos ardores amorosos de enloquecer por María quedan ocultos por la ceniza de las pruebas a que el Señor sometió su espíritu; pero aunque sin brillo, en el interior bullía el rescoldo; y el 24 de Septiembre, cuando se cumplía el año justo de súplicas incesantes para pedir esta santa locura, y faltaban pocos días para su profesión, escribía estas solemnes palabras refiriéndose a esa fecha decisiva:

“Ese día, segura de que no me negará nada Jesús...(pediré) que siempre esté muy unida con la Virgen, y amándola *con esa locura* que tanto deseo. A ver si ese día, viendo el Señor mi deseo, me la concede (24-XI-36).

La loca de la Virgen

Desconcierta la insistencia de Saturnina en súplica tan singular. Después de su profesión religiosa sólo rara vez vuelve a salir de sus labios esta expresión.

¿Es que se consideró ya dueña o víctima de lo que tanto ansiaba? Acaso sí; por de pronto una de las almas que mejor pudo conocer a Saturnina y que más íntimamente la trató, invariablemente, desde esa fecha, al título de “Hija de Jesús” con que le encabezaba las cartas, añadió otro timbre de grandeza más personal, y no menos estimado por ella: la llamaba “Hija de Jesús y Loca de la Virgen”. Nunca protestó de ello Saturnina. Acaso lo hizo por no dar lugar a explicaciones y averiguaciones que pudiesen alarmar su humildad. Acaso fue solo por su costumbre de no ocuparse de sus cosas ni dar importancia a lo que a ella personalmente se refería. ¡Pero pudo ser también asentimiento implícito!.

¿Qué entendía la propia Saturnina por esta “locura de amor” a María?

La expresión no es nueva, sino muy común en los santos y en ciertas almas espirituales; aunque en pocos se habrá dado con tal insistencia ni se habrá perseguido con tales ansias, como un fin concreto, y cima de todas las aspiraciones del corazón. Santa Teresita del Niño Jesús la repite en varios lugares de su autobiografía, y no parece aventurado suponer que de allí la tomó Saturnina, teniendo en cuenta que, por propia confesión, la lectura de este libro, comenzada en la niñez, fue asidua durante el noviciado.

Hay una página en que más de propósito trata Santa Teresita de esta locura: “Ya no tengo ningún deseo- dice- si no es el de amar a Jesús CON LOCURA”.

Y explicándose, añade entre otras cosas: Sólo el amor me atrae, no deseo ya el sufrimiento ni la muerte, aunque sigo amándolos... hoy sólo me guía *la absoluta confianza en Dios*: no tengo otra brújula. No sé ya pedir nada con ardor, excepto el perfecto *cumplimiento de la voluntad de Dios* en mi alma. Puedo decir aquellas palabras del cántico de nuestro Padre San Juan de la Cruz: “...

“Mi alma se ha empleado
Y todo mi caudal en su servicio;
Ya no guardo ganado
Ni ya tengo otro oficio
Que ya sólo en amar es mi ejercicio.”

Las disposiciones de Saturnina, al menos en el deseo (como por ahora no se cansa ella de repetir) coinciden admirablemente con las de su santa predilecta. Más adelante la coincidencia será al mismo tiempo más real y más literal. Incluso escribirá, bien ajena de que está parodiando a San Juan de la Cruz, con el mismo espíritu, aunque con menos poesía: “Mi única ocupación es amar.”...

¿Qué era para Sátor *amar*, y qué *enloquecer*?

“Sólo el amor se atrae”.

Amar, para Saturnina como para Teresita y San Juan de la Cruz, y todos los Santos (¡que no pueden salir del Evangelio!) *es guardar los Mandamientos de Dios*, no sólo en general, como comenta Sátor, “sino estar pendientes de sus menores deseos, y en seguida de conocidos ponerlos en práctica”.

Amar es, sin duda, cumplir la voluntad de Dios; pero al fin, para Sátor como para San Juan de la Cruz y Teresita, “amar es amar; es hacer uso del corazón, y de ahí la tendencia de toda alma piadosa a unirse a Dios”. Y como Sátor encuentra a Dios mejor que en ningún otro sitio, en la Virgen María, dice con vehemencia de enamorada:

“Quiero amar mucho, muchísimo a María” (30-I-36), “pide que ame cuanto en la tierra se puede amar a Jesús y María que dilaten mi corazón cuanto se pueda dilatar para que quepa en él mucho, muchísimo amor”. (20-IV-36).

Amor apasionado, por tanto *único*, que aspira a tener a Dios siempre delante, a unirse a Él, a derramar el propio corazón en el suyo a conformarse con su voluntad, sus deseos y sus mismos sentimientos, a reducirse toda a solo el amor.

Pero amor de voluntad, no sometido a las fluctuaciones de la sensibilidad, ni producto del apetito ciego, sino radicado en la fe y considerado como justo retorno al amor primero que es el de Dios. “Pensando en Dios con frecuencia, el alma se percata de que Dios piensa en ella. Deduce de ahí que Dios la ama y que ella está obligada a amarle. Esta reciprocidad de amor le ocasiona un gozo y dulcedumbre extremados; comprende incluso que Dios en su infinita bondad la amó primero, desde toda la eternidad: *con caridad perpetua*”. (P. Barré).

Y en justo retorno, el alma se entrega toda a Dios con *donación total* de todo su ser. El amor es el don de sí; será perfecto cuanto l sea la donación.

Y quien lo da todo, con nada se queda, ni aun consigo mismo.

“Como si no existiera”.

El amor de Dios se alimenta, crece y se fortifica con todo l que pierde el amor propio.

“Nada hay más excelente que el camino del amor – dice San Agustín - , pero por él no andan más que los humildes.” Y Santa Teresa: “Yo no entiendo ni puedo entender cómo puede haber humildad sin amor ni amor sin humildad”.

Y comparando el amor de Dios y la humildad en sus grados supremos, en su “locura”, hace entre ellos San Agustín aquel conocido parangón: “Dos amores fundaron dos ciudades, es a saber: la terrena, el amor propio hasta llegar al menosprecio de Dios; y la celeste, el amor de Dios hasta llegar al desprecio de sí mismo”.

¡Qué admirablemente se cumple la segunda parte de esta sentencia en Saturnina! La “locura del amor” y la “locura del propio desprecio”, van entre sí tan estrechamente ligadas que aparecen como dos aspectos de la misma realidad.

La primera idea que le viene de *enloquecer* por María es para poder realizar su “entrega a Dios *por completo* separándose de todas las criaturas y de sí misma más que de ninguna (16-IX-35).

Cuando tantas esperanzas tiene de enloquecer y aun empieza a notar los primeros efectos, añade como para apartar el único obstáculo que puede entorpecer su adelanto:

“Pida mucho para que yo pueda llegar al olvido de mí misma, y a ocuparme sólo en los intereses de Jesús y de María *por puro amor*. Creo yo que la causa de las variaciones por las que pasa el corazón, que tan pronto está muy animado como decaído, y tan pronto triste como alegre, es que no hacemos las cosas por amor”. (15-XII-35).

Poco después encontraba la fórmula definitiva del *olvido*, comparándole ahora con el abandono. Así las tres ideas fundamentales se funden en una: es el proceso natural de la *simplificación*, iniciada al principio del noviciado:

“Parece que lo que yo tengo que hace es *amar y abandonarme*; si esto yo supera hacer, muy bien me iría: Me gusta mucho la vida de abandono; pero muchas veces parece que cuesta *olvidarse* de sí misma. Pida al Señor me conceda la gran dicha de *olvidarme de mí como si no existiera*; y si no tanto, por lo menos que se aproxime cuanto más mejor; es una gran necesidad la que tengo de ese olvido para luego no acordarme más que de Jesús, de María y de las almas.” (9-II-36).

¡Conseguido eso ya nada falta! ¡Ni siquiera las almas, aquellas almas que la esperaban en China! ¡Qué maravillosamente exacto es todo esto, y qué conforme con la doctrina de la Mística Doctora!: “Quizá no sabemos qué es amor. Y no me espantaría mucho- dice la Santa –porque no está en el mayor gusto, sino en la mayor determinación de contentar a Dios, y procurar en cuanto pudiéremos no ofenderle, y rogarle que vaya siempre adelante la honra y la gloria de su Hijo y el *aumento de la Santa Iglesia*. Estas son la señales del amor”.

Abandono, olvido, entrega total a Jesús, a María y a las almas, llevado todo a la exaltación, de modo que parezca frenesí y perturbación mental a “cuerdos del mundo”. Todo eso incluye Saturnina en la *locura de amor a María*.

Y va segura. En su vida espiritual no conoció los escrúpulos. En estos arrebatos no tenía la menor duda de andar equivocada. ¡Cómo podía equivocarse si tomaba por modelo...

Las locuras de Jesús.

“Jesús – escribía Saturnina en enero de 1937 - amó a los hombres y le ama hasta *las locuras* de Belén de la Cruz y de la Eucaristía”. (31-I-37). Locura” de Belén y de la Encarnación, cuando Jesús tomó forma o naturaleza de esclavo; de la Cruz donde Dios entregó su vida por nuestro rescate; de la Eucaristía donde mora para nuestro consuelo y santificación reducido a “casi nada”. Jesús es el modelo divino de los desvaríos amorosos.

El cardenal Mercier dice que, de amar a Dios, ha de hacerlo *con locura*. Más que el hecho de haberme Vos amado *tanto* – escribe – me admira el hecho de haberme Vos amado. Me parece entrever que, supuesto que Vos me amáis, debéis amarme hasta el fin, hasta el término, que para nuestro orgullo y nuestro egoísmo, no puede ser otro que *la locura*: locura de vuestro Evangelio, locura de la Cruz de vuestro Cristo, locura de vuestra existencia Eucarística”. (Mercier La vida interior.”)

También San Francisco de Sales dice de Jesucristo que “tuvo mil desfallecimientos y angustias amorosas, porque ¿de dónde podían proceder aquellas divinas palabras, *con un Bautismo (de sangre) tengo de ser bautizado y cómo traigo angustiado y como en prensa el corazón mientras que no le veo cumplido?*”.

Y en confirmación añade el santo un hecho de la historia profana: “Agripina, habiendo sabido que el hijo que llevaba en sus entrañas, sería verdaderamente emperador, pero que la haría después de morir dijo: *Que me mate con tal que reine*. Ved – comenta el Santo Doctor – el desorden de este corazón *locamente* maternal, pues prefiere la dignidad de su hijo a la propia vida”.

Así, y con infinita más fuerza, nos ha amado Jesús; y a imitación del amor de Cristo quería que fuese el suyo Saturnina.

Amor que no piensa en sí, que se ofrece en voluntario holocausto para morir con Él en cruz. El amor de la cruz, el amor de Dios, llevado hasta la inmolación, es la locura de la cruz.

Lo nuevo.

Lo nuevo y a primera vista extraño, es que Saturnina aspirase a la locura del amor *para con la Virgen Santísima*. Pero su piedad ilustrada le impedía caer en error o falsa piedad a este respecto.

Conocía muy bien, por un lado, que la Santísima Virgen no guarda para sí la más mínima parte de la gloria debida al Señor: es un espejo que refleja, agranda y purifica el culto y amor con que se la honra, y todo lo dirige a “glorificar al Señor” como dijo en su Magnificat.

Nunca agradeceremos bastante a Dios Nuestro Señor el que haya querido hacer de la religión una familia, donde no falte el corazón maternal, obra maestra de sus divinas manos, y símbolo el más perfecto de su eterno amor, a la vez fuerte y delicado.

También en la familia cristiana tenemos Madre, y porque Dios así lo ha querido “pocas almas vienen a ser muy espirituales y santas, que su principio no sea la devoción a la Virgen María”. Así se expresa Fray Jerónimo Gracián, hijo predilecto de la seráfica Madre Teresa, confidente de sus secretos más íntimos en los años últimos de su vida.

Por otra parte – Saturnina lo dice muy claro infinidad de veces - ; el amor a la Virgen es el camino más corto para subir al amor de Jesucristo y del Padre:

“Para conseguir *el amor de Dios*, lo mejor que podemos hacer es *unirnos a la Santísima Virgen*, pues nadie como Ella puede enseñarnos a *amar a Jesús*”. Únete cada día más a Ella, y así e unirás más a Jesús”. “A medida que aumenta una unión, aumentará la otra”, etc. etc.

A su tía de Valladolid se lo exponía muy claro:

“Arrojémonos a ciegas en brazos de María, abandonémonos en Ella, confiémosla todas nuestras cosas como hijas con su madre, amémosla hasta enloquecer; feliz locura sería. “*No temamos nunca amarla demasiado, ni que nos ha de separar en lo más mínimo del amor de Dios, y nadie tampoco lo hará mejor; así que estemos muy juntitas a nuestra Madre que en lugar tan santo, muy seguras estamos.*”

En estas líneas donde se transparenta el alma entera de Saturnina, todo es diáfano, seguro, rotundo.

San Pablo nos enseña el camino para llegar a Dios, que es Jesucristo. Saturnina desciende un escalón, y aspira a estar oculta (olvidada, con la locura de amor) en María y con María en Cristo, y con Cristo en Dios. Es un camino más humano, más natural, pero no menos seguro, como prueba la práctica de muchos santos y lo confirma la Iglesia, que está próxima a definir como dogma – según parecer - la mediación universal de la Santísima Virgen.

Saturnina sigue el camino que poéticamente nos descubre San Bernardo para subir a Jesús y a Dios: “Buscad la flor en su tallo; por el tallo llegaré a la flor y por la flor al espíritu de la Divinidad con que embalsamó la tierra”.

Es lo mismo que, bellamente también, dice Saturnina, supuesta su “teoría” de la santidad, que todo lo reduce al “puro amor”: “Todo nuestro amor sea para María y Ella después de purificarlo y hermosearlo, se lo presentará a Jesús”. (1-VI-37).

Parecerá que se ha insistido demasiado en esta parte de la “historia interior” de Saturnina; pero seguramente su locura de amor con la Virgen es lo menos conocido de su persona, aun para los que más de cerca convivieron con ella muchos años; y lo que hacía inimitable su conducta exterior, milagro de sencillez y de humildad. Su empeño fue siempre la vida común, sin cosa que la singularizara ni atrajese las miradas de nadie; y lo consiguió a maravilla. Lo que no pudo impedir fue que saliese al exterior el perfume gratísimo que exhalaba naturalmente la roa fragante y encendida, aunque tan oculta, de su amor apasionado a la Madre del amor hermoso.

LAS PRUEBAS DEL AMOR

La Santísima Virgen había leído a su fiel discípula, desde mayo de 1935 a mayo del 36, un curso completo de vida santa: desasimiento de lo criado, de la entrega amorosa a las disposiciones de la Providencia humilde olvido de sí misma, todo ello compendiado en el amor puro de Dios hasta la locura de la cruz.

Para los buenos maestros, antes de licenciar a sus discípulos, les someten a pruebas prácticas de laboratorio y seminario. En la vida espiritual también hay trabajos prácticos.

Unos son externos: dolores, enfermedades, persecuciones, cansancios, humillaciones, destierros, sobresaltos por peligros espirituales y materiales, ya propios, ya de allegados y conocidos.

Otros son interiores como tristezas, sequedades, escrúpulos, apreturas de corazón, temores de las criaturas, de sí mismo y de su inconstancia, tentaciones y dudas sobre asuntos graves.

Hay otros trabajos interiores no menos penosos; son las imperfecciones que no se acaban de dominar, la mudanza de los buenos propósitos, “la inquietud que proviene a veces de no sentirla, por temor de que sea tibieza o descuido”; dolor de tantos como se pierden, deseos impacientes de trabajar por las almas o de morir por unirse a Cristo... (Fr. Jerónimo Gracián).

Muchos, o tal vez todos estos trabajos, pasó Saturnina en los años que corrieron entre su tránsito a mejor vida y los últimos meses de noviciado. Verdad es, que, según su costumbre, hala poco de ellos, lo uno por espíritu de sacrificio, lo otro porque servía a Dios en simplicidad de corazón, y aceptaba humilde y sumisa cuanto su Providencia la enviaba, sin pensar que le fuese debido otro trato, y sin cuidarse de su

gusto; fija siempre en sus deberes de esclava, y en los principios inmutables que se servían de fundamento, lo mismo cuando hinchaba las velas de su barquilla el viento suave de los consuelos divinos, que cuando remaba sola amarrada al banco inmovible de la fe.

Lo primero, empezó a sentir fluctuaciones en el fervor, remisión en los afectos amorosos y miedos de volver atrás. Donde antes no veía defecto, ahora le descubre manchas e imperfecciones que le torturan el corazón y la hacen asustarse de sí misma.

En forma feliz, que pudiéramos llamar científica, decía de sí por ahora Hermana Saturnina: “La acción casi nunca responde a la intención”. (12-VII-36). Aunque se la aplica en un caso aislado, tiene significación general a su situación presente.

“Pida mucho para que me deja manejar por mi buena Madre, que Ella muy bien hará *si yo la dejo*, lo que más glorifique al Señor”. (10-V-36).

Los Ejercicios de aquel año la dejaron tan árida que por todo comentario dice al salir de ellos:

“Hoy hemos salido de ejercicios, pida para que el fruto sea duradero. (23-IX-36).

La proximidad de la profesión no deja de inspirarle cierto temor a la vista de sus imperfecciones:

“¡siempre pidiendo oraciones!, exclama. Es que falta tan poco tiempo para *el gran día*, y hay tanta *necesidad de vaciar y de llenar*...que tiene que darse prisa la Señora, si no, me parece que no le va a dar tiempo”.(12-VII-36).

“Necesito muchas oraciones, especialmente ahora, pues si empiezo mal, *no sé cómo terminaré*”. (24-IX-36).

Sólo las almas fervorosas que han gustado la felicidad de la divina presencia, pueden medir con exactitud lo doloroso de este estado, y el mérito que supone vivir con la voluntad tan resignada, al beneplácito divino como en los días felices. San Francisco de Sales lo expresa con su lenguaje florido y cargado de imágenes: “El santo abandono al querer de Dios en las tentaciones, sequedades, arideces y repugnancias que sobrevienen en la vida espiritual es la virtud de las virtudes la flor y nata de la caridad, el mérito (al parecer) de la paciencia y el fruto de la perseverancia”.

Y Saturnina fue fiel al Señor:

Pida *lo que en mí glorifique más al Señor*... que sólo viva para Ellos; pídaselo con mucha intensidad, pues lo necesito mucho”. (10-V-36).

En junio escribe casi con el ardor de antes, aunque no con tanta seguridad:

“Como última despedida dirijamos las dos nuestras miradas a María, pidamos nos llene del amor a Jesús y a Ella, que los amemos apasionadamente, que no tengamos otros ideal que agradarles. Tú pide mucho por mí, pues... ahora más que nunca necesito grandes gracias del Señor”. (5-VI-36).

Incluso la hace feliz el pensar en los beneficios recibidos:

“Yo continúo muy bien, cada día más feliz por haberse dignado el Señor llamarme a su santa casa” (Ibidem).

Dolor de España.

La revolución atea, que se cernía como tempestad amenazadora sobre el cielo de nuestra patria desde comienzos del año 36, fue ocasión para Saturnina de muchos trabajos internos y externos, personales y de otras personas queridas.

Con ocasión de las elecciones de febrero u hermanos suyo soldado, tendría que salir por las calles a mantener el orden y Saturnina pasa en su corazón los peligros de su hermano y más aún los sobresaltos del corazón de su madre: “Me figuro que mi madre tendrá mucho miedo; ya hará la caridad de pedir usted” (9-II-36).

Detentadores del poder, a los pocos días, los mayores enemigos de la Religión y de la Patria, Saturnina experimenta en todo su ser el escalofrío de espanto y de dolor que estremeció a todos los buenos españoles: no temió por sí (Saturnina al parecer nunca tuvo miedo), pero sentía el dolor de España, y otro dolor más fino, los peligros a que quedaban expuestas tantas esposas de Jesucristo:

“Pido mucho por España (escribe a su hermana) a ver si obligamos a Dios Nuestro Señor a que retire el castigo que sobre nuestra amada Patria está pesando, y que el Sacratísimo Corazón de Jesús reine en unión de nuestra Señora del Pilar... Pide mucho... para que ninguna de sus esposas le sea infiel”. (20-IV-36).

Al destierro.

A medida que pasaba el tiempo los estragos eran más amenazadores; las Hijas de Jesús permanecieron valientes en sus puestos resueltas a cumplir su misión apostólica mientras les fuere posible; mas para los tiernos renuevos de la orden, para el semillero del noviciado, su ternura maternal, anteponiéndose a cualquier grave contingencia, les inspiró la idea de pedir hospitalidad a la nación hermana y a primeros de mayo, el Noviciado de Salamanca se trasladó a Alcains, en Portugal. Así pasó Saturnina por la dura prueba del desierto.

La aceptó resignada, pero no indiferente: su corazón virginal dejaba en Salamanca muchas cosas dignas de su amor, y el paso de frontera suponía muchas separaciones dolorosas y dificultades de todo género; leyendo con atención sus cartas, y familiarizados ya con su estilo, no será difícil adivinar las espinas clavadas en lo profundo del alma.

Recién llegada a Alcains, escribía:

“Es voluntad de Dios que dejemos nuestra amada Patria por el tiempo que Él quiera; a ver si se arregla pronto para *en seguida* regresar a nuestro *amado nidito* de Salamanca. Yo vine el día dos de mayo con otras diez; luego han venido otras”. (10-V-36).

El dolor de sus padres, como siempre, la duele más que el suyo, por eso procura consolarlos pintándoles la nueva casa con sus mejores tintas y explanándose sobre aquella “su filosofía del amor” que ya conocemos en parte:

“Yo continúo contentísima y muy bien: como estamos rodeados de campo con árboles y flores, aunque algunos días (muy pocos) ha hecho calor, por la noche refresca y paseamos por el jardín”.

Pero las preocupaciones no han cesado:

“Me he enterado que en Valladolid habían matado a alguno... quisiera tener noticias (por) si les había pasado algo... y si Eusebio (su hermano) ha terminado el sericio”.

Ahora viene la filosofía:

“No crean que con la distancia el amor disminuye; es todo lo contrario; no se sabe cuánto se ama a una persona como cuando nos vemos separados de ella, y parece que entonces ha aumentado el amor; ni tampoco al entregarnos a Jesús... etc. Cuando más nos unimos y amamos a Dios, tanto más crece el amor que tenemos a las criaturas; pero ese amor es más desinteresado, más puro, más santo. Ya sabe que ocupa el primer puesto en mis oraciones, y que es casi una continua oración la que estoy ofreciendo por ustedes al Señor, sin ninguna violencia, es una necesidad, un desahogo del corazón que ama, y ve que no puede hacer otra cosa por aquellos a quienes ama... Este escapulario para que usted (su padre) le ponga como recuerdo de su hija”. (5-VI-36).

Con estas muestras de afecto procuraba Saturnina llevar sola aquel destierro, al que se unían otros destierros más dolorosos para ella. Jesús no sólo se hacía el sordo en su alma, sino que también le faltaba en la Iglesia, donde le tenemos prisionero sin que pueda ausentarse a nuestra fe: llegada a Alcains le hirió en lo vivo esta privación:

“A Jesús en el sagrario hasta ahora no le tenemos; pero esperamos que pronto se quedará entre nosotras”.(10-V-36).

Tardó más de lo que ella se prometía.

“Después de haber pasado un mes sin Jesús en el Sagrario (por lo cual se nos hizo bastante largo)” “ya le tenemos entre nosotras; es dura prueba vivir sin Él, sobre todo después de estar acostumbradas a tan dulce compañía; parece que nuestra Madre Purísima quiso hacernos esta gracia en retorno de las guirnaldas de flores que la habíamos entregado el día de su fiesta (del Amor Hermoso); pues al día siguiente nos vino el permiso, y el día dos de (junio) ya quedó con nosotras”. (5-VI-36 y 12-VII-/-).

Todo es aquí placidez y conformidad; pero con un deje de melancolía que revela el vacío interior.

Otros destierros.

En este primer mes en que las desterradas vivían solas: sin conocidos, lejos de los padres, sin los Superiores a cuya compañía estaban acostumbradas en la casa Madre de Salamanca, y sin Jesús en el Sagrario que parece se complacía en hacerles más duro el destierro, vino a sorprenderlas una noticia que les dejó consternadas. La Reverenda Madre General, que habían dejado con un ligero catarro, moría santamente, solos quince días después de despedir “hasta pronto” a sus benjamines de Alcains.

El corazón de Saturnina tan tiernamente filial, se sintió huérfano por muchos días. No es fácil, a quienes no lo han sentido comprender el efecto a la vez sensible y espiritual, que une al joven religioso con los Superiores de su Congregación: máximo si se trata del Superior de toda la Orden, en el cual se han acostumbrado a ver la columna del Instituto.

Su desaparición, se les ofrece como un trastorno casi irreparable: es el efecto natural de la veneración que le profesan y de la alta consideración que tienen de sus dotes y virtudes.

Esta triste nueva hizo correr muchas lágrimas a las novicias de Alcains. Sátor habla de este hecho con su ponderación ordinaria, añadiendo la nota espiritual y el recuerdo del cielo, que en esta época sobre todo, era el bálsamo de sus penas:

“Nuestros corazones necesitaban *fuerza y consuelo*”, “pues durante la ausencia Eucarística de Jesús habíamos sufrido una *gran tribulación*”. “El día 14 de mayo nos llevó el Señor a la patria a nuestra buenísima Madre General”. Era una santa, llena de amor de Dios y de María, y de una caridad y dulzura que a todas encantaba; y con ésta todas las virtudes”. “Así que nos ha dejado a todas sus hijas llenas de dolor, aunque consoladas por ver a nuestra Madre en posesión del reino que tenía merecido por su santa vida.” “Sobre todo a nosotras, nos causó mucha impresión, pues no hacía quince días que nos habíamos separado de su lado dejándola buena, sólo un poco acatarrada. ¡Dios sea bendito en todo!” (5-VI-36, 12-VII-36).

Otra separación de muy distinta naturaleza vino a enternecer a Sátor, que ya en otras ocasiones semejantes le había hecho llorar largamente. Fue el embarque de algunas Hermanas misioneras para China y Filipinas:

“¡Felices ellas que han sido elegidas por el Señor para darle a conocer a esas almas que nunca han oído hablar de Él. Pidan para que tengan feliz viaje y salven muchas almas.” (5-VI-36).

Ahora que en el corazón atribulado de Saturnina todo acontecimiento tenía resonancia melancólica, esta separación amargaba su pecho con tristeza sublime: tristeza que era envidia santa mezclada de amargos presentimientos, los cuales la decían allá en lo hondo del alma que, entre muchos sacrificios, Jesús le iba a pedir el más fino de todos: renunciar, tal vez, a ser monja misionera.

Fuertes sobresaltos.

A tantas penas vienen a juntarse los sobresaltos que la revolución española produjo en el corazón de la pobre desterrada. Iniciado el Movimiento Nacional para la salvación de España, los “rojos” se entregan a todo género de crímenes: ¡Qué había sido de sus padres, de sus hermanitos, de la hermana monja, del hermano militar, de tantos religiosos, de tantas esposas de Jesús! Los periódicos y las radios hablan de asesinatos y de atropellos de muchas partes; de luchas encarnizadas, en tras; de bombardeos, incendios...

Fuera de la Patria, con las comunicaciones difíciles o suspendidas pasaron muchos días, ¡mes y medio! Sin noticias seguras.

Sátor escribió inmediatamente a sus padres esta saeta que les lanzaba su corazón oprimido:

“Amados padres: Aquí se encuentra su hijita, deseosa de tener noticias de ustedes, pues no sé si viven o han muerto. Por favor, escríbame en seguida dándome

noticias de todo y de todos. Reciban un cariñoso abrazo de su hija que mucho les ama, Saturnina.” (¿-VII-36).

En términos parecidos escribió a la hermana de las Huelgas, , y a los otros íntimos.

No tuvo contestación alguna hasta el 3 de agosto en que llegó la de su hermana monja. Dominada por indecible gozo, contestó inmediatamente:

Por fin llegó la tan deseada carta y me llenó de grande alegría; no esperaba yo menos de la protección del Señor... Por caridad escribanme más a menudo; que yo sepa *todo* lo que pasa a mi madre y *todos* los demás, y *todo* lo que sufren para consolarles lo que pueda”.

Luego les alienta:

“Me alegro mucho que ayuden cuanto puedan a los pobrecitos que luchan por Dios y por España; todo se lo merecen, y el Señor se lo ha de recompensar como Él solo lo puede hacer.”

A continuación se alegra de que comience el reinado del Corazón de Jesús:

“Nos dicen que llevan “detentes” y medallas por fuera, éste es el empuje del reinado del Corazón de Jesús. Quiera El que pronto, muy pronto ese reinado sea total sobre el mundo entero, y más que en ninguna parte en España, como lo ha prometido Él mismo; pidan para que pronto así sea: que conducidos por nuestra Madre Purísima todos se postren y rindan homenaje a nuestro Rey Jesús.” (3-VIII-36).

¡Así se vivía en el noviciado de Alcains la guerra España, entre los violentos empujones de los más fuertes sobresaltos y de las más puras y nobles alegrías!

Mas el gozo de aquella primera carta fue de breve duración. A los quince días escribía de nuevo a su hermana:

“Aunque de Valladolid, desde el principio tenemos buenas noticias de los pueblos no sé qué tal serán; y como Villacid si pasa algo, los primeros que lo pagarían serían los nuestros, figúrate sin recibir noticias, cómo estaré. Y aunque no (les) suceda nada; qué mal lo estará pasando nuestra madre (por causa de Eusebio que está en) la guerra, y por ti si sabe que bombardean a Valladolid” (17-VIII-36).

Amor y resignación.

¡Cuán cierto es lo que repite Saturnina que el amor de Jesús lejos de apagar los afectos legítimos de la tierra los acrecienta y ennoblece! El corazón puro conserva íntegro el caudal de amor con que Dios le ha enriquecido: es como una llama blanquísima dispuesta siempre a adueñarse de los dolores ajenos para hacerlos sustancia propia y aliviarlos al menos con la compasión, sin esperar recompensa. ¡Cuán diferente es el corazón marchito por el vicio, que ha ido dejando jirones de su afecto en las criaturas más abyectas, y, víctima de su egoísmo, es incapaz de condolerse con el que llora!.

El corazón de Saturnina, tan humano y tan seráfico, es un ejemplo admirable del triunfo del divino amor en nuestra carne terrenal.

Estos dolores y angustias se compaginan perfectamente con la conformidad más absoluta al beneplácito de Dios que no puede confundirse con el seco o inhumano estoicismo. El austero asceta Beato Juan de Ávila dice muy bien: “Aun diciendo Dios : Yo quiero que vuestro se muera, y quiero que se queme la casa de vuestro vecino: no habéis de buscar vos que vuestro padre se muera, ni que se queme la casa del otro, antes habéis de sentir trabajo y llorarlo”.

Sátur padece, pero plenamente designada al querer de Dios. Después de los gritos de angustia que anteceden, añade con suma paz y sinceridad:

“En medio de todas estas cosas tengo grandísima confianza en el Señor y en la Señora, y creo que tú así estarás. Se está tan bien abandonados enteramente a su voluntad y a sus disposiciones, sabiendo lo muchísimo que nos aman y que no permitirán nos suceda nada que nos perjudique” (17-VIII-36).

Además, aunque Sátur no insista en ello abiertamente, no tanto se aflige de las desgracias temporales que pueden acaecer a los suyos, cuanto de la terrible y única verdadera catástrofe, que puede sobrevenirles a causa de una muerte “súbita e *imprevista*”. Aun en esto se fiaba de la paternal providencia de Dios, por eso escribía con ingenua sinceridad:

“Del <hermano (religioso) no me da tanto cuidado, aunque me acuerdo mucho, pues *creo está en muy buenas disposiciones para entrar en la Patria...*: pide mucho para que todos los estén; yo confío que el Señor los dispondrá”. (17-VIII-36).

Nostalgia del cielo.

A esta época de la vida de Sátur se refiere, sobre todo, la Madre Maestra, cuando dice: “Aunque ella fuera feliz en su vocación, en nada encontraba gusto. Y todo le hastiaba, aunque nadie se lo conociera, si no es por las demostraciones que ella solía hacer en el recreo de querer irse al cielo”.

Fue la única singularidad de Hermana Saturnina. Ninguna de sus connovicias oirá por mucho tiempo hablar de la gloria sin que la imagen de Saturnina acuda como naturalmente a su memoria.; ni podrá olvidad fácilmente el tono dulce y convencido; la actitud de íntima fruición con que repetía las palabras del apóstol: “Ni ojo vio, ni oído oyó, ni pasó a hombre por el pensamiento, cuáles cosas tiene Dios preparadas para las que le aman”.

“Cuando hablaba del cielo parecía como si ella hubiera experimentado la felicidad de su posesión. Repetía de tal modo las palabras de San Pablo que encendía en deseos del cielo”.

En los últimos meses de noviciado ya no eran sólo deseos del cielo, sino presentimientos claros de su pronta posesión. ¿Era sólo nostalgia? Puede ser, porque el amor gustado meses antes había sido para ella un como anticipo de la gloria; y al verse ahora árida y seca, suspiraba por el cielo “donde no hay fluctuaciones ni sombra de variación”.

¿Era presentimiento natural de su próxima partida para la Patria? No lo sabemos; pero ella estaba sana y robusta; ¿de dónde, pues, le venían tales presentimientos?

¿Tuvo de su próxima partida algún aviso secreto? Lo ignoramos también; a juzgar por las apariencias sería lo más llano y verosímil, como se comprobará adelante; pero es aventurado acudir a lo extraordinario sin pruebas seguras, sobre todo tratándose de Saturnina, que siempre caminó por el sendero llano de la humilde sencillez.

Lo importante es asentar que, ni las pruebas interiores; ni los trabajos exteriores, que este tiempo abundaron; ni las torturas del corazón, ni las previsiones más opuestas a los nobles ideales que había impreso a su vida apostólica, ni el desamparo en que siguió por parte de sus directores, ni algunas faltas que en esta época le reprochó su conciencia...; nada logró desviarla del camino que la mano amorosa de la Virgen la había trazado; siguió firme en la confianza, y salió de la prueba confortado su ideal de amor hasta la locura.

Faltaron los gustos, más no flaqueó la voluntad.

V

“EN OLOR DE SUAVIDAD”

MISIÓN Y TRÁNSITO DE LA HERMANA SATURNINA

El día 11 de Septiembre de 1936 regresaba Saturnina del destierro a su nido de Salamanca”.

En su primer vuelo, dos años antes, Salamanca le parecía “nido de paso”; ahora siente un gozo especial en cantar con el Salmista: “El pájaro halló descanso para sí y la tórtola nido en donde poner sus polluelos: tus altares, Señor de los ejércitos, Rey mío y Dios mío, son para mí este nido”. (Salmo 83).

En España sigue la lucha por la más noble causa.

En el alma de Sátor reina la soledad: tiste como toda soledad; pero tranquila, pues no teme por la fidelidad del que ama aunque se finja ausente.

De fuera le llegan mensajes contradictorios: lejos le espera la China... cerca, muy cerca, el cielo. ¿Cómo unir tales extremos?.

Ni lo entiende ni se inquieta. No son cuidados suyos. Está en vísperas de desposarse, y en adelante su misión es única: ser cosa de su Esposo. Los deseos serán pronto realidades; *la entrega total* va a verificarse dentro de breves días.

Lo que sí le parece es que Salamanca será “su morada para siempre”, y el altar donde ha de cumplir este consejo de San Pablo que ella se viene aplicando a realizar hace mucho tiempo: “Proceded con amor, a ejemplo de lo que Cristo nos amó y se ofreció a sí mismo a su Padre, como oblación y hostia *en olor de suavidad*”.

El día grande.

La profesión religiosa es un contrato oficial y público de mutua donación entre Dios y el alma. Es un acto solemne que fija al profeso en estado permanente, libremente elegido, por el que renuncia a sí y a sus cosas, para constituirse propiedad de Jesucristo, de modo sin comparación más perfecto que lo hacen los esposos terrenos.

Saturnina ve venir esta fecha como el día de su liberación: se verá *libre* de sí misma, y posesión de Jesús como *esclava, hija y esposa*. Le llama de antemano *el día grande* de las misericordias del Señor: en él se cumplirán las cosas gloriosas que con voz queda le tiene prometidas el buen Jesús allá en el retiro de su corazón.

Es el término de sus deseos, el fin de todas sus empresas, la corona de sus fatigas. Era colegial, y ya repetía muchas veces: “Una vez consagrada a Jesús por los santos votos de religión, haga de mí el buen Jesús lo que quiera”.

La preparación viene de lejos.

Algunas veces se atemoriza ante la dignación que va a tener con ella Jesús; pero ella le ama, y como dice con frase feliz: *el amor hace comunes los bienes*”. Si su amor no es suficiente para tan gananciosa fusión de intereses con Jesús, tiene de antiguo hecho un pacto con la divina Madre: ha renunciado a sus bienes propios para ponerse a sí misma con ellos en manos de la Virgen como esclava. La Virgen Santísima la ha tomado por su suya, y la adornará con sus propias joyas, pues nadie está tan interesada como la Madre del esposo en que su esposa sea digna de Él.

Habla de prepararse para su “unión con Jesús”, y corrige tal modo de expresarse en esta forma:

“Mejor dicho estaría para que *me preparen*, así es, acudí a mi Madre y Ella se encargó de hacerlo, con la única condición de que la dejase obrar en mí; parece que lo que yo tengo que hacer es amar y abandonarme”. (9-I-36).

Las pruebas porque está pasando desde hace varios meses le han proporcionado muchas ocasiones para “abandonarse” a las disposiciones de la Providencia, y el “amor” es objeto de sus deseos más ardientes y plegarias más fervorosas, precisamente con miras al día grande de la profesión:

“Pide de una manera particularísima por mí, pues como ves ya se termina este tiempo de formación, y otras muchas cosas empiezan. Así que insiste y vuelve a insistir a tu Santo Padre (San Bernardo) para que alcance de la Señora para tu hermana el amor tan grande que él la tenía, que con eso seré feliz y tendré las demás cosas”. (17-VIII-36).

A medida que se acerca la fecha siente acrecentársele la alegría, el agradecimiento y la confianza en la Santísima Virgen:

Ya se acerca el día felicísimo de mi unión con Jesús, cuya felicidad no comprenderemos hasta que estemos en el cielo...Tú comprendes mejor que yo esta dicha, y por lo mismo te invito y ruego des gracias a Dios por mí: pide mucho, mucho por tu hermana para que sea fiel y todo lo más digna de su divino Esposo. El día de mi entrega a Jesús será el 12 de octubre, fiesta de Nuestra Señora del Pilar. Fíjate qué

bien: voy a ser presentada por mi buena Madre, después de haberme Ella engalanado con sus joyas. ¡Si no fuera por eso!... Además es la Madre del Esposo, figúrate que confiada debo ir". (23-IX-36).

Toda su confianza estriba en la ayuda de la Santísima Virgen. Al día siguiente de escrito lo anterior, insiste:

" Parece que mi madrecita, correspondiendo al deseo que yo tengo de hacerlo todo en Ella, con Ella, por Ella y para Ella, ha escogido para mi entrega a Jesús un día de su fiesta... Mi Madrecita *lo hará todo*, y confío que podré agradecer a Jesús en Ella... Usted pida para que la entrega sea *total y para siempre*". (24-IX-36).

Ni una vez emplea Saturnina la palabra "profesión"; para ella este acto solemne es su "unión" con Jesús; y más aún, su "*entrega*" a Jesús. Es el acto final en que se consuma su ofrenda como *esclava*. Ella no es más que eso: "la esclava" de Jesús; si su Señor la eleva a la dignidad de "Hija de Jesús" y de "Esposa de Jesús", es por pura dignación. Por eso sus sentimientos son como los de María, de profundo agradecimiento y humildad: *Porque el Señor miró la pequeñez de su esclava, me llamarán bienaventurada todas las generaciones.*

Regalo de bodas.

La ceremonia externa de la profesión fue muy sencilla: misa cantada, con emoción de envidia santa por las compañeras de Hermana Saturnina que seguían en el noviciado.

Homilía sobre la dignidad y los deberes de la esposa de Jesús, con alusiones a la Virgen de las vírgenes, y Madre de todos los españoles desde su trono santo del Pilar.

Antes de la Comunión, el sacerdote presenta el divino Esposo, velado con los blancos accidentes, mas allí presente con todo su corazón, con toda su alma, con toda su Divinidad.

Delante de Él, al alcance de la mano, Saturnina, que con voz dulce, serena, segura, hace su ofrenda: "¡Yo, Saturnina Carlón Blanco, en presencia de la Santísima Virgen María, Madre de Dios y de toda la Corte Celestial hago a Dios Todopoderoso... voto de pobreza, castidad y obediencia en el Instituto de las Hijas de Jesús... Por la sangre de Jesucristo, suplico humildemente a Vuestra bondad y clemencia, ¡Oh, Dios mío! Queráis aceptar este *sacrificio en olor de suavidad*...Salamanca, 12 de octubre de 1936. Saturnina Carlón".

Inmediatamente después le toca a Jesús hacer su donación. No se le oyen palabras; la Comunión de aquel día es su entrega callada de Esposo; el dulce abrazo que fusiona en uno los dos corazones; basta un instante para decirse muchas cosas:

La principal que ha dicho Sátor es ésta: "Segura de que hoy no me negarás nada, dame, te ruego, Jesús mío, que siempre esté muy unida con la Santísima Virgen y contigo, amándoos con esa *locura* que tanto deseo".

En el corazón siente una emoción hasta entonces no sentida, y de su garganta, levísimo, casi imperceptible, se escapa un golpecito de tos.

¡Concedido!

Pronto, muy pronto termina el canto del Te Deum y la Consagración a la Virgen. En los claustros felicitaciones, abrazos de los suyos, alegría un poco bulliciosa de los de casa. Saturnina sonríe algo abstraída: todo lo agradece, a todos atiende, pero el corazón está dentro ocupado; y, de vez en cuando... se le escapa un golpecito de tos.

Después de comer subió unos momentos al noviciado para dar el adiós a sus compañeras de tantos meses: muchas se enternecen pensando se aleja la Hermana mayor... Todos notan que la voz de Saturnina no es tan timbrada como de costumbre; la Madre Maestra la interroga:

“Tiene usted tomada la voz, Hermana Saturnina. ¿Se ha constipado?”

“No, Madre – contesta ella -, es que llorado y se me habrá tomado la voz por eso.

Nadie lo dio importancia, como tampoco... a los golpecitos de tos, que de vez en cuando se la escapaban.

Se despidieron los padres hermanos; al anochecer, la campana del noviciado tocó a silencio; Saturnina quedó al fin sola ¡cuánto lo deseaba! ¡Qué feliz era! ¡Cómo sentía que se esfumase aquel día de sus desposorios! ¡Se sentía con toda evidencia *Esposa y esclava* de Jesús! Le parecía que era otra persona, que no juzgaba como antes, que desvariaba: que si dijera en público lo que su corazón sentía, la llamarían loca. Le parecía que esta locura de amor era el regalo de boda que le hacía su Jesús. Y le parecía más; le parecía también que como prenda de su amor le había dejado *en arras* su Esposo, no una señal exterior que pudiera perderse, sino un sello grabado en la carne viva, allá en lo más hondo del pecho... ¡Y de allí salía de vez en cuando... aquel golpecito de tos que se escapaba!.

¡Qué feliz era por todo ello!...

Si alguien hubiera querido lamentarse de que Jesús la había dejado en arras la santa cruz. Sátor le habría contestado estas palabras de la Madre Teresa, con quien tantas veces coincidía, aunque la hubiese leído poco:

“¿Sabéis qué es ser espiritual de veras? Hacerse *esclavos* de Dios, a quien señalados con su *hierro* que es la *Cruz*, porque ya ellos le han dado su libertad, los puede vender por esclavos de todo el mundo, como Él lo fue; que no les hace ningún agravio ni pequeña merced”.

Religiosa profesa.

Hasta ahora Saturnina había estado haciendo el aprendizaje de la vida religiosa: el noviciado es tiempo de estudio y de prueba: terminado éste, Saturnina pertenecía de hecho y de derecho a la Congregación; era ya verdadera “Hija de Jesús”. Este solo pensamiento la producía tanta paz que, según ella aseguraba, la vida del noviciado no admite siquiera comparación con la vida de profesa. Para la novicia todo es incierto; para la profesa todo es seguridad. Por eso en adelante la Hermana Saturnina será en su interior incomparablemente más feliz que lo ha sido hasta ahora.

En sus ideas de espiritualidad la profesión religiosa no ha hecho sino afianzarla.

Pintar las dulces emociones que siguieron a su entrega total, le es imposible, pues pasado ya un mes de este fausto acontecimiento, ella misma se ve incapaz de darlo a entender.

“La primera vez que te escribo después de *mis desposorios con Jesús*, y no sé qué decirte; son cosas más para sentidas que para dichas. Tú que también has tenido la dicha de experimentarlo puedes saber un poquito lo que es; pues ni siquiera nosotras podemos darnos mucha cuenta de tan grande dicha como es ésta.

¡Qué felicidad, hermana, ser esposas de Jesús, aunque indignísimas de ello! Ayudémonos mutuamente a darle gracias y a corresponder con mucha fidelidad a tanta fineza que se ha dignado tener con nosotras. A ver si no nos dejamos vencer por nadie en el amor de Jesús y María. Unámonos más, mucho más a nuestra Madre y Ella nos unirá a Jesús: vamos a vivir las dos muy bien *la vida de las esclavas de María*, viviendo siempre en Ella, con Ella, por Ella y para Ella, totalmente *abandonadas* a su querer y disposiciones, sin inquietarnos por nada, ni ocuparnos nada más que de hacer en cada momento lo que a Jesús le agrade, y *sólo por agradarle*, y yo te aseguro que seremos felices y agradaremos al Señor, que es *lo único que debe importar*. ¡A ver quién lo hace mejor; tú pide por mí y yo por ti para que lo hagamos las dos muy bien!” (10-XI-36).

La *vida mariana* se ha reforzado, y las disposiciones de ahora parecen recapitulación de las que tenía los meses primeros de novicia; pero con una diferencia esencial: lo que entonces se presenta como lección teórica es ahora vida práctica; ya no es estudiante sino licenciada: Hasta en lo escrito hay una diferencia ; de ahora en adelante todos los pronombres personales que se refieren a Jesús y a María, en cualquier caso gramatical en que aparezcan, vienen escritos con mayúsculas:

“Es muy natural que quien ama a María hable de *Ella*, sobre todo cuando se dirige con otra persona que también “*La*” ama”.

Es una insignificancia; pero su misterio encierra.

Lo mismo que este ruego es también muy revelador de sus disposiciones:

“El sábado si Dios quiere, empezaremos los Ejercicios Espirituales, pide mucho para que *agrade en ellos, y con lo que de ellos saque*, al Señor”.

No le importa hacer esto o aquello, sacar este o aquel fruto; sólo le importa en todo agradar a su Esposo.

¡Aquella tosecilla!

En su vida externa, hubiera tenido Saturnina que entregarse inmediatamente en cuerpo y alma a sus estudios; pero se lo impidió...aquella tosecilla del día de la profesión, que no se calmaba. Parecía del todo inofensiva, no presentaba síntoma alguno de gravedad; pero era persistente; y las novicias que amaban tanto a la nueva profesora, al cabo de algunos días, comenzaron a alarmarse, y a decir durante los recreos: “Como Hermana Sátor es tan ángel, su lugar no debe ser la tierra, o el cielo”. La Madre Maestra riñólas por ello y la frase no volvió a repetirse en público, pero la persuasión quedó en sus almas.

La salud robusta, tanto de colegiala como de novicia, quebrantada de modo tan inesperado el día mismo de su profesión, hizo pensar a muchos en algún designio o intervención extraordinaria, sobre todo cuando empezaron a recordar ciertas anécdotas y “predicciones” que hasta entonces no habían merecido atención particular.

Paseando un día por la huerta con sus Hermanas se fijó como al descuido Saturnina en los racimos aún verdes que pendían de las parras y exclamó:

-¡Qué cosas! ¡Hasta que las uvas no están maduras no las cogemos! Así pasa con las almas, hasta que no maduran no las lleva Jesús... Pero a las almas puede Jesús darles algo con que maduren enseguida, y llevárselas.

-¿ Y qué cosa es esa, Hermana Sátor?- dijo una de las presentes

-¡Ay! Eso yo no lo sé pero que el Señor puede darla no hay duda.

Sin parábolas se expresó otras veces con algunas más íntimas: “Solíamos hablar muchas veces, dice una de éstas, sobre quién de las dos moriría primero. Una vez me aseguró que sería ella con acento tal de convencimiento, que yo quedé persuadida de que sería así. Estábamos en Alcains, y en un recreo la dije yo:

-Como moriré pronto, puede decirme. Hermana Saturnina, lo que usted quiere para allá.

-No- replicó ella convencida-, usted todavía no, yo seré la que muera pronto.

Otra novicia lo oyó e impresionada, corrió a decírselo a la Madre Maestra. Sin darle importancia, ella preguntó riendo a Saturnina:

-Hija, ¿qué síntomas tiene para decir eso?

-Ninguno- contestó ella - ; pero ya verá, Madre, como así será.

Casos análogos cuentan muchos las novicias:

“Unos días antes de su profesión, estando en el recreo nos pusimos a cantar “Al cielo sí. Un día a verla iré!” , y Hermana Saturnina cantaba el segundo verso en esta forma: “Muy pronto” a verla iré. Lo decía con tal seguridad que otra Hermana que también la quería mucho, le dijo:

-Hermana Saturnina, no cante eso, que me está poniendo nerviosa.

Y ella replicó:

-Y ¿por qué? Hermana crea usted que así va a ser.

Cuando luego la vimos enferma tan de improviso, comprendimos que su fin se acercaba y que el Señor, de un modo o de otro, se lo había dado a entender”.

Sin dar excesiva importancia a estos presagios, queremos poner aquí otra anécdota parecida a las anteriores, pero conservada con toda viveza y espontaneidad y que nos descubre el estilo “propio” de Sátor, y cómo de hecho, aunque sólo fuesen presentimientos naturales, Dios la preparaba para el sacrificio total, que había de costarle más de lo que por entonces ella podía suponer.

“El cielo dice la íntima interlocutora de Sátor, lo veía muy cercano, como me lo dijo a mí meses antes de terminar su noviciado, con tal certeza, que yo (y no me

parece dar crédito fácilmente a lo que muy bien pudieran ser ilusiones) me sentí preocupada. Procurando con todo, no darle importancia, la pregunté:

-¿ Y cuándo va a ser?

- pronto-. me dijo.

La volví a preguntar:

-¿ Dentro de un mes?

Me miró sonriendo sin contestarme.

-¿De dos?...

Y al fin me dijo:

-¡Quizás!

Cada mañana yo miraba a ver si se había levantado(dormía a mi lado), y como pasados los dos meses, ninguna señal aparecía de su próxima partida, le dije al fin:

-Parece que todavía no se va.

Y me contestó:

-Cuando se me arregle una cosa.

Y, curiosa, yo insistí:

-¿Qué cosa? ¿Se puede saber?

Y repitió con su habitual sonrisa:

-¡Una cosa”

-¿Con quién?

-Con Jesús.

Después profesó, y ya no pude hablar más con ella.

Esa cosa que tenía que arreglar con Jesús era el importante negocio de su profesión; por eso cuando la vieron enferma precisamente el día mismo de su consagración a Jesús por los votos, sus connoicias es natural discurriesen como lo hace una de ellas: “¿Casualidad o providencia? La casualidad dicen que no existe, luego será providencia” Lo cierto es que desde aquel día ya no volvió a estar bien, y que el Señor tuvo para con ella la delicadeza de esperar a que profesase; pues, como decía muy graciosamente después:

-Si llega a venir el tren un poco adelantado, me arregla.

Aunque la tosecilla no inspiraba el menor recelo, las Superiores hicieron guardar cama a Sátor, y la Hermana enfermera le fue aplicando los remedios corrientes de los catarros y constipados. A fines de noviembre se avisó al médico, el cual tampoco notó cosa de gravedad, hasta que a fines de diciembre se declaró una fuerte bronconeumonía: ni siquiera esta afección podía inspirar serios temores, dada la robusta constitución de Saturnina.

Paz y unión.

Los dos primeros meses de su enfermedad los pasó Saturnina saboreando las dulzuras de sus místicos desposorios, en santa paz, y unida más que nunca a María y a Jesús. Su prima, que asistió a la profesión, se había decidido a pedir ese día el hábito de

Hija de Jesús; surgían graves obstáculos, y, para consolarla, le escribió Saturnina, haciéndola, como siempre, partícipe de sus propios sentimientos:

“No debe afligirnos nada en este mundo, ni mucho menos quitarnos la paz... Después de haber hecho lo que está de nuestra parte para cumplir la Divina Voluntad, debemos ponerlo todo en las manos de Dios, y descansar en Él con toda confianza...Acaso Jesús quiere ver y complacerse en los esfuerzos que haces para manifestarle tu amor y el deseo que tienes de agradarle...Ánimo, pues, carísima, no desconfíes; pon todas tus cosas, y a ti con ellas, en manos de María, nuestra amadísima Madre, y Ella, que tanto te ama, todo te lo arreglará...Cuanto más trabajes en conseguir esta dichosa *unión* con nuestra Madre, mejor preparada estarás para recibir la gracia del Señor. Pido mucho por ti; no puedo hacer otra cosa, y no es poco, pues la oración todo lo puede. Ora mucho, y todo lo conseguirás. (1-XI-36).

Al agravarse a fines de diciembre, vio claro Saturnina lo que hasta entonces sólo confusamente, tal vez, había previsto. Las Madres confiaban en su fuerte constitución; ella debió persuadirse de que su fin estaba próximo. Pudo comprender con claridad que la *locura de amor*, con tan grandes ansias pedía a Jesús y a la Santísima Virgen, “*sin condiciones*”, era aquella enfermedad que segaba su vida en flor; pobre le parecía el obsequio que ofrendaba; pero era voluntad del Esposo, y ella se sacrificaba gustosa.

Ahora que lo había entregado todo, y se había resuelto a todo, incluso a la renuncia de las más nobles empresas, soñadas desde la infancia por el honor de su Prometido, podía sellar sus sacrificios con el mayo y más hermoso, con el holocausto de su vida inmaculada y joven!.

Su alma se vio inundada de gracias nuevas y de un gozo incomparable; no alborotado y envuelto en deseos congojosos, sino tranquilo, sosegado como una sonrisa de agradecimiento y amor infinito en los labios de Jesús.

La lectura atenta de la carta que escribió a Sor Purificación para felicitarla la víspera de su santo, 2 de febrero, es muy instructiva si se la sabe leer, con sólo ir poniendo en primera persona lo que dice Sátor tomando todas las precauciones para que no se adivine su estado:

“Amadísima hermana en Jesús y María: Te habrá extrañado mucho no haber recibido carta mía en las alegres y simpáticas fiestas de Navidad. Pensé escribirte el *día 26*, pues antes no había podido, y aquel mismo día me vino una *ocupación (i)* que me lo impidió hacer en bastantes días.

“Recibí tu carta, y aunque ya haya pasado un mes de este año, no es tarde para deseártele felicísimo y muy santo, *llena de celo* por la gloria y el triunfo de nuestro Rey Jesús. Como tú bien dices, Él quiere reinar primero en nuestros corazones, así es. ¡Qué deseos tan inmensos tiene de ser el dueño absoluto de los corazones de cada uno de sus hijos, que Él es su Dios y *su Padre amantísimo* que les ha amado y les ama hasta *las locuras de Belén*, de la Cruz y de la Eucaristía, y otras *mil locuras* que tiene con las *almas* que, creyendo en su amor para con ellas han dejado *poseerse de Él* y han *enloquecido también ellas* por quien tanto las amaba. ¡Qué felices seríamos, hermana,

si nos dejásemos poseer por Jesús: El *nos transformaría* en sí y obraría *grandes maravillas en nosotras*, aunque no nos diésemos cuenta de ello.

“Pero no olvidemos, Carísima, que Jesús no se encuentra a gusto donde no está su Madre y que el alma que más unida está a María atrae las preferencias de Jesús y hace que más la una a sí y que haga mayores cosas en ella; así que es muy necesario unirnos estrechísimamente a tan buena Madre: vamos a hacerlo muy bien nosotras para que nos enseñe y ayude a agradar siempre a Jesús. Tú que tratas directamente a las almas, incúlcalas mucho la devoción a la Virgen; que sea práctica... Estoy muy *bien* y *muy contenta*, que no se preocupen por mí.” (31-I-37).

Ha cambiado un poco la forma de despedirse; no dice que está *buena*, sino que está *bien*, y bien puedo estarlo aun siguiendo mala.

Parece claro que Sátor es de esas almas que *también han enloquecido* y se han dejado *transformar por Jesús* por vivir *estrechamente unida* con la Santísima Virgen. Vuelve a aparecer la santa locura, de la que no había hablado en varios meses.

Carta blanca.

Una duda se ofrece respecto a la enfermedad de Saturnina. ¿Ofrecióse al Señor como “víctima” antes de su profesión? Algunos indicios inclina a suponerlo: la Madre Maestra habla de algún misterio oculto en la enfermedad de esta Hermana.

Otras Religiosas citan frases o interpretan hechos en sentido favorable a esta ofrenda heroica. Por otra parte, la paz con que veía venir la muerte, y el poco empeño que ponía en pedir su curación, cuando todos la solicitaban de Dios con insistentes plegarias, parece favorecerla.

Pero de hecho no hay dato alguno indudable que obligue a afirmarlo. No sabemos que obtuviese licencia de sus directores para hacer ese ofrecimiento, y sin este requisito, Saturnina no le hubiera hecho; pues a una Hermana que hablaba de ofrecerse a Dios en su lugar, la interrumpió con viveza diciendo:

-¡Eso no puede hacerse sin permiso del Director!.

A su madre, cuando la visitó enferma, y, llevada de la ternura maternal, le reprochaba el haberse venido tan joven al convento exponiendo con ello su salud:

-¡Qué cosas tiene mi madre- le interrumpió Saturnina -. ¡Cómo iba yo a hacer esperar más tiempo a Jesús, que ya tanto me había esperado!.

Y más íntima y calladamente díjole ciertas cosas por las que su madre quedó persuadida de que Sátor supo antes de profesar que en día tan fausto el Señor la visitaría con la enfermedad de la muerte.

-¿Y se lo pediste tú, hija mía?

-No, Madre – contestó ella - , eso no debía yo hacerlo; pero sí recibir la enfermedad como regalo del cielo.

Si no creía conveniente pedir la enfermedad, tampoco parece que hubiera, de propio intento, ofrecido su vida con un acto explícito y positivo.

Además, parece compaginarse esto mejor con su espíritu de humilde simplicidad, que nada pide ni rehúsa, que *firma en blanco* la carta donde Dios se digne escribir lo que sea más de su gusto; y que sin caer en la cuenta de que hace rica ofrenda, sacrificio heroico, acepta de antemano todo lo que Dios disponga, oscuro o brillante, como humilde esclava de amor, que no escoge sitio, sino que acepta el último que lo señalen.

Saturnina se parece más a sí misma diciendo con San Juan de la Cruz: “¿Qué aprovecha dar a tu Dios una cosa si Él te pide otra?”

Estaba ofrecida para todo a la Santísima Virgen, y por Ella a Jesús; les había dado ya de antiguo sobre todo su ser *carta blanca*.

Ecós de Getsemaní

Pero a la poesía sagrada del amor no se opone la realidad amarga del dolor. Sería desconocer nuestra naturaleza y no tener corazón capaz de latir, aunque de lejos, al compás de del de esta niña, suponer que en el holocausto de una existencia exuberante y que ha soñado con altas y nobles empresas, puede renunciarse a todo sin el mérito de las lágrimas. Sería olvidar las de sangre y agua que corrieron en Getsemaní, cerrar los oídos al eco sublime de aquellas palabras: “Si es posible, aparta de mí este cáliz.”

NI siquiera las ansias de cielo, que de tan atrás sentía, eran bastantes para acallar tantas angustias como ahora de golpe se presentaban. Según observa un escritor ascético, ¡cuántas veces el soldado se despide para la guerra cantando, mientras los suyos lloran; y al verse solo se retuerce de dolor ante la perspectiva que le aguarda! ¡Cuántas veces el misionero enjuga las mejillas de sus padres al embarcarse para el martirio, y al volver aquellos la espalda tiene que desahogarse dando rienda suelta a sus ojos! Y el que tachara de cobardía a uno u otro, o es incapaz de tales heroísmos o desconocería en ellos el fulgor que los abrillanta.

Lo primero que hace gemir a Sátor es la soledad de sus padres. Para evitarles todo dolor tiene resuelto (si de ella depende) no decirles nada; segura de que en el cielo le ha de ofrecer a Dios modo fácil de consolarlos; pero entre tanto siente por ellos una solicitud más particular.

La escriben alarmados porque no reciben carta, y ella se alarma a su vez, por temor de que adivinen su estado:

“Dice mi madre que han estado un poquito malos; por Dios, cuidense bien; no sé si se les habrá ocurrido algo en los bombardeos.” A ver si dejan todas las preocupaciones (cuando no llegan las catas) y viven muy contentos. Tú (dice a su hermana) que tratas más con ellos, procura ser muy cariñosa y atenta que siempre vayan alegres y contentos después de haber estado contigo.”

Desearía decir adiós y dar un abrazo a sus hermanos pequeños, pero no lo demuestra claramente porque en el fondo teme que vengan y se enteren de su enfermedad:

“¿Qué tal los peques? Les supongo muy aplicaditos, sobre todo Ezequielín, que estará muy formal en sus estudios; *si les veo no les voy a conocer*. Dígalos que sean muy buenos, que obsequien mucho a la Virgen en este mes de mayo y que comulguen muchas veces durante él y siempre. Yo estoy muy bien, gracias a Dios, y cada vez mejor y más contenta”. (24-IV-37)

Siente también que su enfermedad se alargue desmedidamente. “Recuerdo haberla oído decir (escribe una condiscípula de la Sagrada Familia) que ella pedía a Dios una enfermedad que hubiese de durar poco, y que no tuviese necesidad de operaciones ni de mucha asistencia médica.” Todo parecía ya por estas fechas que sucedería al revés. Y, aun cuando estuviese cierta del cariño de sus Hermanas, le dolía molestarlas tanto:

“Duerma usted fuera, Madre (decía a la R. Madre Procuradora, que con cariño maternal la cuidó de continuo), duerma usted fuera que ahora no hace frío y va usted a ser mártir de la caridad”.

Le dolía, sintiéndose con tantos deseos de trabajar por su Congregación, serle una carga desde el día mismo de su profesión.

Pero el dolor por entonces más agudo era la renuncia a sus

Sueños de misionera.

Ser misionera había sido en su intención la raíz primordial de hacerse monja. Cada expedición de misioneras para la China era una fiesta para su corazón, que le costaba muchas lágrimas de santa envidia.

Se sobresaltaba al solo pensamiento de que, por dedicarla a los estudios, no pudiera realizar su sueño dorado de ir a China.

Todo lo relativo a las misiones la entusiasmaba:

“¿No tenéis calendario de las misiones? (preguntaba a su hermana). Está lindísimo: vienen nuestras hermanas; ya conocerás a la Madre María: es la que está haciendo la señal de la cruz a un niño: están monísimas.” (¿-I-35).

La Madre Maestra rifó entre las novicias las hojas de este calendario; a ella le tocaron algunas y muchas de las demás se las regalaron las agraciadas por la suerte, al ver la alegría que cada nueva adquisición le producía. ¡Entonces sé que se mostraba elocuente en frases de cariño: - ¡Mira qué riquines!...”, y los estampaba un beso que sin duda iba más allá de la “foto” de aquellos pobres niños.

Estando en Portugal pidió a otra Hermana que le enseñase a poner inyecciones, “porque (decía) esto es muy necesario en China”. El día que puso la primera, le dijo a la Hermana:

-Hágase la idea de que se la pone a un chinito.

Y ella, todo contenta, respondió:

-Ya puedo ayudar en algo a la Hermana Herminia en su dispensario de China.

Para irse acostumbrando, gozaba en explicar la doctrina a los niños más desarrapados que se encontraba en los alrededores de Alcains, y venciendo las dificultades que le ofrecía expresarse en portugués, se figuraba andar entre infieles.

El apostolado en China se asociaba en ella a la idea del martirio; muy veladamente alude a ello por estas palabras de una carta:

“Esta dicha tan grande del martirio sólo la concede el Señor a algunas almas; *no sé si algún día, por su misericordia, nos la concederá a nosotras*”.

Por eso, ¡qué sacrificio tan delicado y penetrante al exige el Señor con la renuncia de lo que más en el mundo estimaba! ¡Acaso de lo único que deseaba en él!

De ahí que parezcan regalo providencial los presentimientos tan claros que meses antes le puso Dios en el corazón, de su próxima muerte, y los deseos de cielo que la embargaban. Sólo con este contrapeso le fue posible hacerse a la idea de renunciar a las misiones.

Las mismas novicias, cuando tanto ponderaba la felicidad del cielo, solían recordarla el apostolado en China, y la pobre Sátor se veía perpleja entre lo más digno de ser deseado. Aun muy adelantada la enfermedad, se dieron en ella fluctuaciones entre desear morir o pedir a Dios la salud para volar entre sus chinitos, extender su reino algunos años y regar aquellas tierras de promisión con la sangre pura de sus venas. Sólo al fin logró solucionar el conflicto.

Está hecha un ángel.

A mediados de febrero, escribía la Madre Maestra:

Pida la salud para la Hermana Saturnina; la tenemos muy malita a causa de una fuerte bronconeumonía: no diga nada a la familia, pues esperamos en Dios que se resuelva favorablemente.”

Mes y medio después escribía la misma Madre:

¿Qué decirle de la Hermana Saturnina? Su enfermedad se prolonga y a mí ya me va preocupando; confiamos ante todo en el buen Jesús, en su Santísima Madre y en el buen tiempo. Pida mucho: *está hecha un ángel*; lo que es, y esto también me hace pensar, si no será para esta vida. Sus disposiciones son admirables; pensaba escribirle a usted ella misma, pues lo puede hacer perfectamente, aunque en la cama; pero la enfermera no quiere que se moleste en nada, y no sé si al fin lo hará. No quiere Hermana Saturnina que digamos nada en su casa, y siguen sin saberlo.”

Ya no son solas las novicias; ahora también la Maestra piensa que el lugar de aquel ángel es el cielo. Sátor es un ángel de paciencia, de conformidad, de santa alegría. Pensaba y deseaba escribir al único con quien podía desahogarse, pues le suponía en condiciones de soportar el golpe y callar la enfermedad a los padres y hermanos; ahora es la enfermera quien sin sospecharlo, y por mimo de ternura, se lo impide. Es otro sacrificio que la exige el Señor, pues por razones diversas, y echándolo muy de menos, hace cuatro meses que no puede comunicar con él. ¡Bendito sea Dios!, dice el ángel y sigue sola con sus ideas, con sus pesares y con una... alegría íntima inefable que le causa el padecer con su Esposo sin consuelo humano. Las siguientes palabras con que cierra la carta del 1 de junio a su hermana, lo dice con mucha elocuencia:

“Pide mucho por mí, que estoy *especialísimamente necesitada* de la ayuda del Señor. Hermana mía, soy cada día más feliz; *jamás pude pensar que pudiera llegar a tanto*; las necesidades no me impiden el serlo; al contrario; cuando mayores sean, *más cerca tiene que estar de mí el Señor para remediarlas*”. (1-VI-37)

“Eternamente agradecida”.

Con más libertad pudo, ocho días después, escribir la preciosísima página siguiente. Parece un suspiro escapado a medias, que deja entrever lo acendrado del sacrificio que Sátor está ofreciendo:

“La Purísima Virgen nos cubra con su manto. Amadísimo Hermano en nuestra Madre Inmaculada: El Señor le pague la caridad que ha tenido conmigo, escribiéndome, cuando *tanto lo necesitaba*, y sobre todo, por las oraciones que sin cesar dirige por mí. Pienso que sólo en el cielo sabré lo que debo a muchas almas que, sin yo figurarme, están rogando por mí; Dios se lo pague.

“Siempre me ha parecido (y más ahora) que se ha formado o le han hecho formar una idea de su pequeña hermana muy distinta de la realidad! Esta sólo Dios la conoce casi siempre.

“Me da la enhorabuena por la enfermedad, considerándola un regalo de mi Madrecita; *yo también la considero de ese modo y estaré eternamente agradecida* al Señor, que así se compadeció de mí, que me mandó este regalo, le necesitaba, no lo hubiera pensado así antes de haber visto lo que he visto; pero es así.

“Estoy mejor, gracias a Dios; pero sigo reposando *por los que trabajan*, rodeada de tantas atenciones y delicadezas de parte de todas mis Hermanas, que es difícil figurárselas sin verlas; Dios se lo pagará a todas.

“La visita de Jesús no me falta; todos los días por la mañanita viene; sabe Él muy bien que sola no podría nada y *no me deja ni por prueba*. Ni que decir tiene que mi Madre está con quien tanto la necesita y, llena de ternura *todo el peso lo lleva Ella*, permitiéndome apoyar la mano sobre él para que me ilusión de que hago algo.

“ Piensa usted que en el mes de mayo le diría (le hubiera podido decir) cosas grandes de mi madre (del cielo); ni en ese mes ni en ninguno seré capaz de decir nada; *soy muy pequeñita* para que quepa en mí tanta grandeza. *Mi ocupación es amarla*, como y cuanto mi corazón puede, ayudada de la gracia y desear y procurar que todos la amen.

“Siga pidiendo mucho por mí, y nunca se canse: *es muy necesario pedir por los enfermos*. Estoy muy contenta, y *sólo deseo agradar al Señor*, pero necesito mucha ayuda. Pida mucho, y *más por mis padres*; por mi parte (si no disponen de otra cosa), haré lo posible porque no se enteren: han de sufrir mucho, sobre todo mi madre; *pero hágase la voluntad del Señor*.

“Aunque estoy muy bien atendida, le agradezco mucho que me escriba, aunque yo no pueda con tanta frecuencia, y cuanto más mejor; pero sin quitarlo a otra cosa,

sólo si buenamente puede. No le olvida ante el Señor quien sabe le ama en Jesús y María, humilde sierva en Cristo, Saturnina. Hija de Jesús” (9-VI-37).

Esta carta no pudo escribirla más que un santo ángel. Intentar comentarla sería quitarle su frescura y su fragancia. La expresión es felicísima y la sinceridad y espontaneidad tan patentes, que las palabras parecen halcones por donde el alma se muestra al exterior. Si Saturnina hubiese escrito la historia de su alma, ¡qué cosas hubiera podido contarnos! Por de pronto no olvidemos algunas sentencias:

“La realidad Dios solo la conoce casi siempre”. Por estas fechas se alarmaba mucho todavía si se le daba alguna alabanza. Un día la Hermana enfermera le dijo que no necesitaba que pidiesen tanto por ella; y, visiblemente contrariada, seria y mirando al cielo, decía: “Dios mío, no he hecho nada, ni valgo nada, ni puedo nada, y piensan así de mí”. Después se fue serenando, y ya oía hablar de sí sin inmutarse.

“Estaré eternamente agradecida al Señor; necesitaba este regalo.” Preguntaba más tarde en una visita qué cosas fueron tan especiales que le mostró el Señor con la enfermedad, eludió la respuesta diciendo que eran sólo para ella, y para los demás carecían de interés; de seguro fueron *aquellas maravillas que hace Dios en las almas que se le entregan y enloquecen por Él*; de lo cual hablaba en tercera persona a primeros de febrero.

“La visita de Jesús, que no la deja ni por prueba, y la ayuda de su Madre, etc”. ¡Qué fe tan viva! ¡Cuánta familiaridad! ¡Y hasta que finura de observancia psicológica!

“Mi ocupación es amar”. A esto llama Santa Teresita su *locura de amor*: decir con San Juan de la Cruz:

“Que ya sólo en amar es mi ejercicio”

Es muy necesario pedir por ls enfermos” Luego tiene muchas necesidades, y su paz y gozo no es apatía, sino “puro amor”.

“Pero pida más por mis padres”. Esta es Sátor, que decía por entonces con tono de profunda pena: *“¡ Los otros, los otros!”*.

“Le agradezco mucho que me escriba” Es la única petición en toda su correspondencia. Tiene a Jesús, a María y a sus Hermanas; pero aún le queda tiempo, y no siempre tiene el espíritu para pensar por cuenta propia, y quiere que otros la ayuden “A ver si me corresponden con otra (carta) mayo diciéndome muchas cosas de nuestros Amores”, suplicaba también a su hermana. (1-VI-37).

“Hágase la voluntad del Señor” De seguro que ella no lo pensó, pero esta cata sólo podía terminar con estas divinas palabras, *eco fidelísimo del Huerto de las Olivas*.

Lo que faltaba al holocausto.

Llevaba Saturnina diez meses largo enferma: había tenido ya varias hemotisis, y sus padres y familia lo ignoraban todo; había rogado con insistencia a los Superiores que se lo tuviesen oculto, porque se le hacía insoportable ver padecer por su causa.

Las Superiores, por no apenarla, condescendían con este sentimiento tan justo, pero no sin repugnancia. Por fin la Providencia se encargó de solucionar la situación, contra el gusto de la Hermana Saturnina, que debía ofrecer, antes de consumirla todas las repugnancias y deseos en el altar del sacrificio.

La prima que tan hermosas cartas tenía recibidas de Sátor y que fue luego objeto de sus oraciones especiales, logró en febrero de 1937 vencer todos los obstáculos que se oponían a su vocación, e ingresar en el noviciado de Salamanca.

El día 15 de agosto fue el fijado para su toma de hábito, y, dado el deudo y la amistad que había entre las dos casas, era imposible no invitar para tan fausto acontecimiento a los padres y hermanos de Saturnina. Esta lo comprendió así, y aunque se atrevió a suplicar a su prima que no los invitase, no quiso insistir, pues por no herir los sentimientos ajenos renunciaba ella gustosa a los suyos.

A primeros de agosto se agravó mucho, y llegó a persuadirse de que celebraría en el Cielo el gran triunfo de la Santísima Virgen; su alegría no tenía límites. ¡Morir el mismo día que su Madre! Si venían sus parientes a la toma de hábito de su prima, asistirían a su entierro, pero sin dolor, porque ella desde la gloria se encargaba de alcanzar de la Virgen que les ahorrara todo pesar. Así pensaba Saturnina; pero contra toda esperanza, mejoró los días anteriores a la fiesta; tanto, que pudo recibir de pie a las dos hermanas que le seguían en edad y a otros parientes que fueron a ella.

Tenía Sátor la tez sonrosada y la cara llena; a primera vista, no parecía enferma; ella hacía esfuerzos para ocultarlo, pero resultó imposible; las manos blanquísimas y descarnadas, la ligera inclinación de su cuerpo, que contrastaba con su esbeltez de meses antes; lo apagado de su voz y la tos profunda que a pesar de sus esfuerzos, de cuando en cuando se le escapaba, eran indicios demasiado claros de su dolencia; sus hermanas se percataron muy pronto de ello y, sobre todo la mayor, no pudo contener el llanto en todo el día.

Regresaron a Valladolid las invitadas con tan mala noticia, y en casa, y en el convento de las Huelgas, y entre todos sus familiares y amigos, empezaron a correr abundantes lágrimas, porque a aquel ángel todos le querían, y porque les era imposible comprender un desenlace tan súbito si antecedentes que pudiesen explicarle.

Saturnina sentía, sobre todos sus males, la angustia de los suyos; pero su dolor propio le importaba menos: ella había callado por evitar dolores a los demás, no tristezas personales. Y desde esta fecha aparece como la

Consoladora universal.

Ciertamente, pocas cosas tan edificantes como una doncella de veintidós años, hermosa de rostro, graciosa de cuerpo, hábil en toda clase de labores, mañosísima en cualquier trabajo, con la carrera de piano casi terminada, cursando con brillantez la de Ciencias, con la cabeza llena de proyectos y el corazón abrasado en ardores santos, para cuyo celo el mundo parece pequeño, en vísperas de emprender su soñada expedición a la China...; una niña en estas condiciones, que se ve condenada a muerte

lenta pero segura, y que se dedica a consolar y alentar a los que padecen por su causa, con cariño siempre, con palabras graves otras veces y algunas con fina ironía, es un triunfo manifiesto de la gracia sobre la naturaleza.

Le dijeron una vez que su prima estaba muy apenada por verla enferma:

-¡Anda – contestó - , en vez de ser yo la que esté triste, lo está ella!

-Sin duda lo está de verla a usted así.

Dígala que soy dichosísima haciendo lo que Dios quiere.

Su madre fue a verla muy pocos días después, y comprendió muy pronto, con la perspicacia del cariño, que su hija no iba a sanar; pero Saturnina le dijo tales cosas, apretándole la mano y hablándole del cielo y de la Virgen que, pasando el primer desahogo, sola, después de dar el último beso a su hija, no volvió a llorar, y decía a los suyos:

-No sé qué tiene esa hija ni qué cosas dice; pero aunque estoy segura de que se nos va, yo no puedo ponerme triste.

Sáturn felicitó a todos al saber que se resignaban:

“El Hermano me comunicó la noticia de la resignación con que habían aceptado la prueba que el Señor les envía con mi enfermedad; esto sirvió de mucho consuelo a mi corazón, que tanto sufre al ver que están sufriendo por mí. Crean que es lo único que me apena.” (28-IX-37).

Su hermana monja, que no se pudo contener cuando su madre le dio la triste nueva, recibió poco después esta cariñosa admonición:

“Una cosa me ha disgustado: que tú te hayas mostrado menos conforme con la disposición de Dios Nuestro Señor y hayas llorado delante de madre, sabiendo que eso la aumenta el dolor... ¿No ves que todo eso no sirve más que para hacerla sufrir?... Hemos de estar totalmente entregadas a la voluntad divina, pero hacer lo posible para conservar la salud.” (28-IX-37).

Les da esperanza de curación:

“Estén muy tranquilos, que estoy atendidísima; además estoy mejor, así lo dice el médico... Si el Señor quiere, con toda facilidad me puede dar la salud como se la da a muchos, no dejéis de pedírsela con insistencia; pero además totalmente entregados a su Voluntad santísima, segurísimos de que lo Él disponga es lo mejor.”

Muestra por ellos solicitud de madre:

“Cuídense mucho, no trabajen con exceso, coman bien y duerman mucho.”

No se olvida de ninguno. Para su hermano el oficial escribe:

“De Eusebio me acuerdo mucho, pobrecito; cuánto frío pasará y en cuántos peligros. Pero el Señor que le ama mucho le protege y le libera de todos; díganle que tenga mucho cuidado... Primero el alma que su destino es eterno y es lo único importante; que en los peligros siempre invoque mucho a la Virgen que es nuestra Madre”. (23-X-37).

Se ocupa de sus hermanitos uno por uno. Véase una muestra:

“A ver si pronto me escribes diciéndome entre muchas cosas que has engordado mucho; para eso, come y descansa. Todo el día tienes para estudiar; haz lo que puedas, confía en Dios y Él pondrá lo que falta. Si todavía no Le has conocido bien, ya Le irás conociendo a medida que el trato con Él sea más íntimo. Amale mucho; entrégate a Él totalmente, piensa mucho en Jesús, permanece siempre en espíritu al lado de su Madre, y ámale mucho, muchísimo. Pide mucho por mí. Te abraza con todo cariño tu hermana.”

Extrema con todas las frases de cariño:

“Les amo tanto, que no se lo pueden figurar.” (23-X-37). “Cada día es mayor el amor que les tengo; es que la gracia no destruye la naturaleza, etc (25-X-37).

¡Cómo quisiera hacer llegar hasta ahí el fuego del amor que en este corazón de hija y de hermana hay para todos los moradores de esa querida casita; de seguro que por mucho frío que hiciese habían de estar bien calentitos; pues hay una hoguera muy grande y arde sin consumirse. Me encuentro incapaz de manifestarles el grandísimo amor que les tengo. Algún día comprenderá, madre mía cuán grande es el amor de esta su hijita y se alegrará.” (88-I-38). Etc etc.

Y el amor de Saturnina a los suyos no era fingido, ni les hablaba así por solo consolarles. Dirigiéndose a extraños se expresa, si cabe, en términos más significativos:

“A los de casa siempre les digo las cosas de la mejor manera posible y que menos les haga sufrir”. (21-XII-37).

Sobre todo cuida de los padres, mira que ahora sufren mucho, procura espiritualizarles todo lo que les ocurra...; no puedes figurarte cuánto les amo; cada día siento más ternura por ellos, y no sé cómo demostrárselo.” (20-XII-37).

Esto de espiritualizarles la pena, era su mayor preocupación; y en la sinceridad de su afecto llega como San Pablo, a buscar el bien de los padres con preferencia al suyo propio:

“Pida mucho, muchísimo por mis padres y hermanos; si puede ser, *más que por mí*; se lo agradezco mucho más. Si llego a faltar visiblemente de su lado (pues invisiblemente, si Dios quiere, nunca faltaré), procure sobrenaturalizar y suavizar su pena todo lo posible; Dios se lo pagará todo” (23-X-37)

Misión.

Dios Nuestro Señor trata las almas con infinita delicadeza; las va disponiendo suavemente para los mayores sacrificios sin violentarlas ni exigirles en cada instante más que lo posible a sus fuerzas. En las almas que se *entregan* a Dios con absoluta sinceridad se descubren mejor estas trazas providenciales, y si los designios de su amor se realizan por las manos de María, resplandece con más evidencia esta suavidad de Dios.

Todos traemos al mundo un “mandato de Dios”, de cuya realización dependen nuestro bien temporal y eterno, y la gloria que nosotros podemos procurarle. La misión de Saturnina fue imitar la de Jesucristo. ¡Qué cosa en apariencia tan extraña como la vida y muerte de Jesús! ¡Viene como doctor de una nueva ley que ha de transformar el

mundo, y limita su ministerio a predicar tres años en el estrecho recinto de una provincia romana, de las más exiguas y menos estimadas, para morir a la postre, ajusticiado por blasfemo y público malhechor!.

La misión de Saturnina (en cuanto aquí son lícitas comparaciones) se pareció a la de su Maestro: tiene ansias de vida, talento para emular las glorias de ilustres mujeres y Dios le pide la vida cuando apenas ha empezado a gustarla.

Dios tomó en serio la ofrenda que de sí misma le había hecho sin condiciones; segó su vida “en flor” (para nuestros ojos enfermos); “en perfecta sazón” a los suyos que ven las cosas *en sí*, no en sus fulgores engañosos.

Dios concede ciertos talentos e inspira a veces proyectos de su gloria con el único objeto de que se los ofrezcamos en sacrificio. Y las almas que lo hacen gustosas (a veces las deja en libertad) prestan a Dios y a su gloria el mayor de los servicios y el más semejante al de Jesús, de quien se hacen imágenes vivas; porque “el mejor uso que puede hacerse de la mejor de las cosas es sacrificarlas al amor y voluntad de Dios”. (P. Germán Foch).

Es la mejor manera de darle gusto y probarle que se le ama; desear una cosa y escoger otra es el acto de amor más auténtico que puede hacer el corazón del hombre; fe el sacrificio supremo de Jesucristo, y el de las almas que más se le asemejan.

Saturnina se venía disponiendo a él desde que se hizo *esclava* e la Virgen, con aquellos deseos de “ amar y abandonarse”; se ejercitó en el *renunciamento*, aceptando tantas pruebas como le vinieron después; *le consumó* en su voluntad el día de su profesión, pero le falta conformar del todo “ la acción con la intención”, y Dios la va ayudando quitándole poco a poco los deseos pequeños que le quedaban; el último ha sido el de ocultar a sus padres la enfermedad.

Ahora, parece ya no le queda cosa que hacer; sus disposiciones son admirables: Vive la *locura del amor* que se goza en las cruces y las agradece:

“Me encuentro bien y *contentísima* de poder decir a Jesús que *le amo por Él*, y estoy contenta con todo; no me pueden desear mayor dicha” (11-IX-37).

“Ya te habrá dicho madre cómo estoy, gracias a Dios, pues por todo le hemos de dar gracias ya que Él es todo amor, y *todo lo dispone* con infinito amor”(25-IX-37).

Hace suya una frase del Santo Cura de Ars:

“Si supiéramos lo que Dios nos ama, moriríamos de amor”. (28-IX-37)

Practica el santo *abandono*: “En todo momento hemos de estar en suma paz y gozo, estando como estamos *en manos de un Padre* tan lleno de bondad y ternura para con nosotros. (25-IX-37)... Comulgo todos los días, y nuestra Inmaculada Madre, tan cariñosa, siempre a mi lado” (25-IX-37).

Por eso no la preocupa el saber cosas altas; todo lo tiene en Jesús y María; lo que importa es amarlos:

“En cuanto a luces y conocimientos que yo le podría haber comunicado; está usted muy confundido: no se necesitan esas cosas grandes para complacer a un Padre tan bueno. Él sólo quiere amor y para amar no se necesita saber mucho. Pido y pediré

al Señor y a nuestra Madre querida sean siempre su *todo*; con eso ya están resueltas todas las dificultades. Ellos obrarán en usted y por usted, y así todas sus ocupaciones serán para gloria de Dios y bien de todos.” (22-X-37)

No por eso se ve libre de necesidades, proyectando sus propios sentimientos en el corazón de una antigua maestra suya, enferma en el convento de Huelgas, la envía este recado:

“He sentido muchísimo el sufrimiento de la Hermana Esperanza, aunque acaso ella *se goce de estar en la cruz por Jesús y con Jesús*; pido por ella más que antes, pues aunque esté contenta necesita mucha gracia del Señor”.(2º-XII-37)

Y por si pide también oraciones con mucha insistencia:

“Siga encomendando al Señor y a nuestra Madre mucho, pero mucho a su pequeña hermana.” (23-X-37).

Está ya a inmensa distancia de aquellos afanes, de aquella hambre y sed tormentosas que la agitaban al comienzo del noviciado; ya todo es calma y *pacífica posesión* de lo esperado tanto tiempo.

“Nos perdemos una joya!

Las Superiores de Hermana Saturnina creyeron durante mucho tiempo su posible curación. En junio de 1937 escribían de ella: “Su restablecimiento va despacio, y así la tiene usted en la cama con una *serenidad, conformidad y alegría* que encantan”. (8-VI-37).

A fines de agosto a pesar del amago de días antes la misma Madre decía: “Hermana Saturnina en su alma, bien, gracias a Dios. Su enfermedad sigue su curso favorable, al parecer lento, aunque hay tenido algún síntoma alarmante” (¿-VIII-37).

Ella en cambio sólo pensaba en volar al cielo. Y como los principales acontecimientos de su vida habían coincidido con alguna fiesta de María, esperaba que el más trascendental de todos sucediera también en un día consagrado a su Madre del cielo.

Vencido aquel amago del día de la Asunción, se fue preparando para la Inmaculada. Y en efecto el día 2 de diciembre tuvo un fuerte vómito de sangre, y se agravó de tal modo que ella misma pidió los últimos Sacramentos, los cuales se le administraron el día siguiente, fiesta de San Francisco Javier, devotísimo suyo, como Apóstol que murió a las puertas de China... como ella.

Pensando en la coincidencia, sin duda, al verse morir cuando tantas almas la esperaban, *se le saltaron las lágrimas*, las postreras, acaso, que derramó en la tierra. Con ellas se vació su alma de las últimas pesadumbres. Es la hora, en rigor, del sacrificio supremo, hecho con plena lucidez, con entereza conciencia de lo que ofrece.

Por eso era aquel el momento más oportuno para completar el rito de la ofrenda. El día de la Inmaculada después de comulgar se le acercó la Reverenda Madre General y le ofreció como privilegio extraordinario, concedido en ciertos casos a los moribundos, la gracia de emitir los *votos perpetuos*, antes de la edad canónica.

Saturnina, al oírlo, dejó reflejar en su semblante una impresión profunda de gratitud y felicidad y contestó sencillamente:

-Sí, Madre, sí, con sumo gusto y agradecimiento.

Ella misma leyó la fórmula con admirable paz y serenidad de ánimo.

Días después de esta conmovedora escena, escribía la misma Madre General: "ES un angelito; no cesamos de pedir y ofrecer especiales oraciones por su curación ; pero ella dice estar segura de que se va al cielo, *a ser desde allí misionera, como Santa Teresita; con alguna pena* de no haber podido morir en China, según su devoción hacia aquellas almas; siempre ante todo, respetando y amando las disposiciones divinas. Está de aspecto y semblante monísima, con su habitual sonrisa y carácter de siempre; nos perdemos una verdadera joya".

El mismo día de la Inmaculada Concepción tuvieron las novicias una veladita religiosa: una de ellas se vistió de Virgen, y la Maestra obtuvo permiso a esta novicia así disfrazada para que fuese a visitar a la Hermana Saturnina. Al verla entrar y oír que le decían: "Hermana Saturnina, la Virgen viene a saludarla", agradeció la delicadeza, pero añadió espontáneamente con un deje de desilusión: "No es ésta la Virgen que yo espero".

Mas si no hubo visitas sensibles, ni muerte física en esa fiesta venturosa se consumaron los divinos desposorios mediante la profesión perpetua, y se operó la muerte mística, con la abnegación absoluta y sumisión perfecta de todas las facultades a la voluntad de Dios. Luego que pasó el peligro escribía a sus padres:

"Cuánto habrán sufrido al recibir el otro día la noticia, *para ustedes tan desagradable!* Pero gracias a Dios ya se ha pasado todo; estoy como antes muy alegre y muy contenta." (6-XII-37).

Estaba mucho más alegre que de ordinario: Su prima escribía de ella: "Está que parece un ángel (¡en esto coincidencia absoluta) sonriente, muy de broma y a mí me dice que esté siempre alegre. La Reverenda Madre Superiora, que entró luego, me dijo que Sátor era una criatura extraordinaria que edifica con solo mirarla; que a su juicio, no ha perdido la inocencia bautismal".

Ella misma bromea con su enfermedad.

"¡La muerta resucitada! Aunque no llegó a tanto; todo se pasó muy pronto...Por ahora no parece que me vaya a la Patria, si no se presenta otro susto, que no parece difícil: no sé lo que tendrá dispuesto el Señor. De todos modos pida mucho, que tengo grandísima necesidad". (21-XII-37).

EN EL ALTAR

Desde el 8 de diciembre cuando hizo la profesión perpetua puede decir Hermana Saturnina con Santa Teresa del Niño Jesús: "Ya no tengo ningún deseo; sólo me atrae la confianza en Dios; no sé ya pedir nada con ardor sino el perfecto cumplimiento de la voluntad de Dios".

Como las flores cortadas del rosal conservan muchas horas su color y aroma propios, sin recibir de la tierra el jugo que da vida; así esta “flor de la Virgen” se consume poco a poco exhalando su fragancia en el ara del divino beneplácito, sin que haya cosa que la sujete a la tierra. De vez en cuando desprenderá algunos de sus pétalos como ofrenda extraordinaria a su soberano Dueño.

Uno de los días que tuvo vómito de sangre, acudió en seguida la Madre General a su cabecera y al decirle:

-¿Qué, Hermana Saturnina está ofreciendo flores encarnadas al Corazón de Jesús?

-Sí, Madre – respondió con toda paz y dulzura. Sin turbarse, clama de vez en cuando:

-Señor ¿cuándo vienes por tu pequeña Saturnina?

Su alimento como el de Jesucristo es hacer la voluntad de Dios: “Yo sigo haciendo – dice de sí – la santísima voluntad de nuestro buen Dios como mejor puedo: estoy muy contenta y muy tranquila”. (20-IV-28.)

-¿Qué quiere que diga al Señor, de su parte? – le pregunta una Hermana; y ella contesta:

Que aquí me tiene para lo que Él guste”

También el sacratísimo Cuerpo de Jesucristo es alimento de su alma.

Al pasar por la enfermería vio una Hermana dispuesta en el cuarto de Saturnina la mesa donde debía reposar el Copón: las velas encendidas, el Santo Cristo y los corporales. La Hermana se acercó a la puerta y dijo con cariño a la enferma:

-Esto dice algo, Hermana Sátor.

-“Esto” lo dice todo- repuso ella con brevedad, llena de sentido.

Por eso, su único desahogo, cuando le suben de comer, es suspirar con los ojos en el cielo.:

-¡Señor! ¿Cuándo será Tú mi único alimento?

Más no por eso rechaza el que a sus horas le sube la Hermana enfermera. Si es necesario pasará varias horas en esta penosa tarea; se lo vuelven a calentar y ella a reanudar los esfuerzos para tomar cuanto le presentan.

Si las enfermeras se lamentan alguna vez de que los alimentos no están bien sazonados, ella excusando a todos, como siempre, las interrumpe:

-¡ Hay tanto que hacer en esa cocina!

En diez y ocho meses de enfermedad, dice la Madre que la cuidaba, no la oí una sola palabra de desdoro para nadie.

Magnífica alabanza de cualquiera, más de un enfermo.

Padece insomnios, neuralgias, gravísimas molestias. Tiene que salir de su amado nidito para ir a la clínica de vez en cuando; quien tanto repugnaba la intervención facultativa, tiene que resignarse a inspecciones minuciosas, a curas difíciles: a todo se somete como un corderito, con su indefectible sonrisa.

Lo más, cuando el dolor es muy agudo, un “¡Madre, Madre, Madre!, a la enfermera; y cuando ésta acude, una frase de carió con que disimular el dolor y excusar la flaqueza.

Ella no hace alardes; al revés dice con entera sinceridad:

“Mi Jesús y mi Madre tienen mucho cuidado en poner su fortaleza en lugar de mi flaqueza, y así juntos, seguimos adelante; ruégueles mucho por su pequeña hermana que es muy feliz en el seno de la misericordia dl Señor (3-III-38).

Ya conocíamos otras fórmulas parecidas pero ésta muy completa y bellísima.

Por eso, porque todo es de Jesús y María, ella no se considera con nada propio -¡Hermana Saturnina! – le ruega una Madre - , ofrezca al Señor por mí algo de lo que padece.

-Ya lo tengo ofrecido todo. Dios y yo sabemos por qué estoy aquí. Laconismo muy suyo.

Nada tiene y nada quiere; le basta saber que Jesús y María la aman; por eso escribe:

“Yo, contentísima: El me ama muchísimo y puedo descansar tranquila en sus brazos paternos”. (18-IV-38).

A su madre le expone este pensamiento con más amplitud:

Estoy muy contenta, madre mía. ¡Si supiera lo agradable que es pensar que Dios *me ama* con un amor y una ternura mayor que la de todas las madres juntas; que todo lo hace por mi bien; que vela constantemente por mí como si no tuviera otra cosa que hacer; que estoy haciendo su voluntad santísima y que esto le agrada mucho! Esto y muchísimo más, que no podemos comprender es Dios Nuestro Señor para mí y para usted y para todos y cada uno. ¡Qué felices siempre y sobre todo a la hora d la muerte, si hemos procurado agradecer a Aquel que nos ha de juzgar” (8-I-38).

Y porque Jesús la ama a ella, cuidará de los suyos.

“Si vieran qué consuelo me da que, porque estoy unida a Él, les ama a ustedes con amor especialísimo, y tiene una providencia muy particular de todos y de cada uno! Y eso es muy natural pues el Esposo ha de mirar por los intereses de la esposa, y yo no tengo mayores intereses que a ustedes” (20-III-38).

Ella también Los ama, y el amor lo suple todo:

“El hacerlo todo por amor de Jesús y María es bastante oración y presencia de Dios”, dice ella (21-XII-37).

La Madre Procuradora la preguntó una vez qué virtud había procurado practicar más particularmente y ella contestó:

-La del amor, Madre.

En fin el canal por donde le llegan todos los bienes es la Santísima Virgen; cada vez quiere unirse más a Ella, y desea que los que ama hagan lo mismo:

“Nuestra Madre Inmaculada, que tan plenísimamente posee a Jesús. Le una con usted de tal manera que *no Le pierda de vista ni un momento*” (21-XII-37)

Así se deslizan tranquilos los largos meses que separan aún a Saturnina del día de su liberación sin perder de vista a su Esposo en cuyo altar se consume, con ansias de santidad, pero sosegadas y tranquilas, como ella misma lo dice:

“Llegar a ser santa es lo que debemos procurar continuamente, pero con mucho *sosiego y paz*. Lo conseguiremos estrechándonos cada día más a nuestra Madre querida. Ella hará que sea totalmente de su Jesús; nos facilitará extraordinariamente los medios más seguros y sencillos para conseguir la santidad, y nos llevará de la mano o mejor en sus brazos, y de ese modo, fácil será todo”. (20-XII-37).

Esperando la señal de partir.

Saturnina, “arreglados todos sus asuntos con Jesús” esperaba la señal de partir.

Le recomendaban algunas veces ciertas precauciones, y ella, obedeciendo al instante, decía con la mayor naturalidad:

-Total unas horas antes o unas horas después ¿qué importancia tiene?

Todas las religiosas salían de su cuarto edificadas y con santa envidia de sus disposiciones; las jóvenes pedían como gracia especial que las dejaran visitarla, y volvían admiradas de “su compostura, de su sencillez y de su sonrisa”.

Sus antiguas maestras se admiraban particularmente de encontrarla “tan expresiva y expansiva”.

La gustaba ponerse en la cama como si estuviese ya difunta, con las manos cruzadas sobre el pecho, inmóvil, con los ojos cerrados y decir: “Ya soy cadáver”. Y con esto reír y dar bromas a la Hermana enfermera, que un día se asustó de verdad, pues aunque la tocaba no rebullía.

Más común era en ella mostrar deseos de irse al cielo, lo cual daba ocasión a que la Madre, entre bromas y veras, le hiciese algunas objeciones.

-¡Vaya, vaya! La decía una vez - .¿Cómo se quiere ir al cielo si aun no ha hecho nada para ganarlo?.

-A mí, Madre, me lo regalan – contestó.

No menos compendiosa y bella es la respuesta siguiente.

-¿Con qué se va usted a presentar, Hermana, delante de Dios, si aún no ha podido hacer nada?

-El amor hace comunes los bienes.

Con más abundancia de palabras, extraño en ella, aunque explicable, por tratarse de la Reverenda Madre Procuradora, que la cuidaba con carió maternal, respondió otra vez a la misma pregunta:

-Yo con la santidad de Jesús seré santa; con su perfección seré perfecta; con su grandeza seré grande; con su felicidad seré feliz; con su gloria seré gloriosa.

“Con el sentimiento de que perdiese tan pronto la Congregación un miembro tan útil – agrega esta Madre – hacía yo constantes novenas para alcanzar del Señor que

nos la dejara, concediéndole la salud, si era de su agrado. Y diciéndole a ella que pidiese lo mismo, siempre contestaba:

“O lo otro”, qué quería decir: o ir al cielo.

Con todo en algunas novenas pidió con verdadero fervor la salud, pensando en sus chinitos; hasta que encontró manera de conciliar los dos deseos más vivos de su corazón.

-Pida mucho por mí, que me voy a morir- dijo a una Hermana.

-¡Ah! ¿ ya no quiere... ?

-Sí, lo que no quiero es ir contra la voluntad ajena: China o el Cielo.

Después decía:

-A China desde el cielo.

Con sus plegarias, con su ejemplo también, querrá Dios suscitar a otras almas generosas que la sustituyan.

Apurando el cáliz.

Pero esta paz y alegría se compagina con la amargura del cáliz que estaba bebiendo; nadie pudiera adivinarlo, ni más ni menos que había ocurrido durante toda su vida; pero así era su realidad.

Todos creían que su espíritu vivía muy favorecido por del Señor; y era cierto en lo profundo del alma, pero no en la parte sensible. A fines de marzo visitábala un grupo de novicias, y una de ellas, reparando en lo mucho que tardaba en comer por su inapetencia y la grave afección que padecía a la garganta le dijo:

-Siempre la encontramos a usted en perpetuo festín.

-Así es – respondió Saturnina.

-Eso en lo de fuera, que en el interior también será perpetuo –prosiguió la interlocutora.

-¡Y exquisito!- añadió Saturnina haciendo con el rostro un gesto muy significativo como de quien saborea algo muy apetitoso.

-*Denos un poco* – continuó la Hermana siguiendo la broma.

-*¡Ay Hermana Fulana! Acaso no la gustase. Pues todos los manjares no son para todos los paladares.*

Así terminó el diálogo Hermana Saturnina poniendo aquella picaruela que solía, y con la que daba una expresión indeleble a los asuntos graves.

Más concretamente sabemos que en las últimas semanas permitió Dios que le asaltara el enemigo con las dudas y temores que más directamente podían herir su corazón.

El Señor quiso librarla de otras tentaciones harto frecuentes en almas santas y de pureza inmaculada. Acaso quiso premiar la vigilancia con que se había guardado de toda ocasión peligrosa mientras vivió en el mundo, o darla ese parecido con su Madre del cielo; lo cierto es que su imaginación no se vio ensombrecidas con imágenes torpes o menos puras: pero durante varias semanas padeció fuertes acometidas contra la fe, y muy particularmente contra la esperanza del cielo. ¡Era atacarla en lo vivo!

Llevó la prueba con indecible paz, ayudada de su confesor, al que rogaba que cuanto le fuere posible no se apartase de su lado, pues aunque involuntarios, la parecía con aquellos pensamientos y sentimientos herir los Corazones amorosísimos de Jesús y María.

La más sencilla razón del padre espiritual la dejaba tranquila, porque su fe era simplicísima y su obediencia como de un niño pequeño, pero al alejarse el confesor, todo lo que había oído se le borraba de la memoria, y seguía envuelta en una nube densísima que no dejaba pasar un rayo de luz. Era la última purificación de su alma, que entonces más que nunca fijaba su vista en la cruz de Esposo para decirle: “Padre mío, Padre mío ¿por qué me has abandonado?”

Así, a pesar de las luces recibidas en otros tiempos, de la estima que le mostraban sus hermanas, y hasta de algunas indiscretas alabanzas que se les escapaban en su presencia, Saturnina se conservó humilde y pequeña hasta el último instante, fiada solo en el amor y ternura de su Madre del Cielo:

-Tengo que entrar en la gloria – decía – por una puerta, chiquita para que no se den cuenta, y así poder estar muy cerca de la Virgen, cubierta con su manto.

Adiós a los amigos.

La enfermedad seguía en abril su curso, con algunas alarmas pasajeras, pero que al cabo de diez y ocho meses no hacían prever un próximo desenlace. Con todo, Saturnina empezó sus adioses de despedida: a su hermana monja la envió una larga carta, su testamento espiritual, en que la anima a hacerse santa, a estrechar su unión con la Virgen, y ejercitar el celo de las almas cuanto la fuere posible y a ser el consuelo de sus padres.

A éstos les escribe el 18 de abril otra carta bellísima preparándoles para el sacrificio que ofrecerán juntos. Por excepción única esta carta se termina con las iniciales A. M. D. G. et M. I.: el mejor colofón de su vida entera: “A mayor gloria de Dios y de María Inmaculada”.

Con mano temblorosa e insegura, haciendo grandes esfuerzos les escribió otra esquela el 31 de mayo. Esta termina con las siguientes palabras que parecen promesa profética: “Si siempre les llena de sus gracias el Corazón de Jesús, el día de su fiesta se las comunicará de una manera especialísima.

¡Ya lo creo, como que estaría ella junto al Corazón divino en el cielo para suplicárselo!

Al Hermano religioso le escribió también el 20 de abril y le mando como único obsequio en toda su vida, una imagen de la Purísima con aquella consagración de los esclavos que ella había saboreado tantas veces, y estas últimas palabras escritas de su puño en la estampa:

“María es mi Madre, con Ella, lo tengo todo”.

Durante el mes de mayo empezó a dejarse sentir la flaqueza corporal; se la veía decaer de un día para otro: ella volvió a figurarse que el 31 fiesta del Amor Hermoso y aniversario del nacimiento de su santa Fundadora, vendrían las dos a buscar a su hijita.

Se preparó con extraordinaria devoción para día tan señalado... pero la Virgen tampoco vino.

A primeros de junio recibió por segunda vez los últimos Sacramentos. Al llegar el párroco con los santos óleos, las Madres dijeron a Sátor que se retiraban para que ella pudiera reconciliarse; mas contestó enseguida:

-No tengo nada, no me ocurra nada, Madres.

Vivía en perfecta paz interior, fruto entre otras causas de la caridad con que se explicaba siempre en las confesiones.

“Jamás hizo falta pedirle aclaración de lo que confesaba”, asegura uno de sus más asiduos directores.

Desde esta fecha rogaba a la Hermana enfermera que la leyese con frecuencia la recomendación del alma, la cual, según ella decía: “¡es tan hermoso!”.

El 5 la visitó su prima. Esta oyó de labios de Sátor las últimas despedidas para los suyos, ni más ni menos que si se tratara de una ausencia de pocos días, a corta distancia y sin riesgo alguno. Los consignó por escrito así la prima: “Me estuvo diciendo que ya se morirá pronto, y que yo, así que se muera, escriba a sus padres, y les consuele, porque van a llorar mucho; pero que ella es muy feliz y que ¡ay! Si les pudiera manifestar luego su alegría... no llorarían. Y tú (me dijo a mí) ¿qué vas a hacer cuando me muera? – Mira, no llores ni estés triste; a pedir todos muchos por mí, y ahora también... Me dijo luego que cuando yo profese no invite a los de su casa, que sufrirán, y que a su entierro no quiere que venga nadie para que no sufran... Yo la pedía algún consejo, me decía que ya tengo a la Madre Maestra...que no *pensase en mí* y que tuviese plena confianza en Jesús y María, porque *la desconfianza es lo que más les desagrada*”. (6-VI-38).

El tránsito.

Ya no volvió Saturnina a pensar en día fijo para irse al cielo. Dejaba por fin a su “Guía” organizarlo todo como bien le pareciese.

¡Porque Sátor estaba segura de hacer aquel viaje, en compañía!. Era encantador oírsele decir a ella.

-Tengo que ver a la Santísima Viren antes de morir.

-Ya la verá usted en el cielo-la contestaban.

-No, no, yo quiero verla antes.

-Y ¿qué mérito alega para solicitar esa gracia?

-Es mi Madre; y es natural que, al morir, la Madre esté junto a su hijita, pero como la hija no puede correr a su madre, la Madre tiene que venir a buscar a la hijita.

Con esta confianza esperaba Saturnina su último suspiro en la tierra. A veces se ponía a remedar la muerte de Santa Teresita, cruzaba las manos sobre el pecho, y

decía con énfasis las últimas palabras de la Santa: “Oh, Le amo! ¡Dios mío os amo! Y cerraba los ojos, aunque al exterior no pudiera apreciarse con claridad.

El 21 de junio, sintió un dolor agudo como si le introdujeran un clavo en la cabeza; desde ese momento empeoró visiblemente.

El día 23 se le fue apagando la voz y, conforme transcurrían las horas su rostro que había conservado su delicada belleza, empezó a palidecer y a dar inequívocas señales de que llegaba el fin de aquella vida tan corta, pero ya en sazón.

El Confesor del Noviciado que estaba a la cabecera de la enferma, y la conocía como ninguno, le dijo medio en serio, medio en broma, recordando las ansias con que había deseado morir en una fiesta de la Virgen:

-Hermana Sátor, la Madre no la llevó, pero el Hijo *como puede más* se la lleva.

-No hagamos de menos a la Madre – contestó vivamente la enferma que hablaba ya muy poco- ¿No puede decir una madre a su hijo cállate?...

Graciosamente solía preguntar días antes:

-¿Tengo el ojo triste? – señal que alguna le había dado de la llegada del Esposo. Ya no lo podía preguntar, pero todas comprendieron que aquellos ojos se apagaban para siempre.

Hacia las seis de la tarde, la trajeron el último alimento que tomó en la tierra. Por fin Dios la concedía ser Él su único sustento, como tantas veces se lo había suplicado.

Siguió postrándola la fatiga, y cuando la Madre Maestra fue a decirle, hacia las ocho, que iba a pedir todas las gracias necesarias para aquellos momentos, ella sin que apenas se dejase oír un hilito de voz contestó:

-Sí, Madre, pida.

Algunas de las Madres presentes la preguntó si se daba cuenta de qué día era: Octava del Corpus y víspera del Corazón de Jesús; contestó con un signo afirmativo.

Como ya la habían hecho la recomendación del alma y rezado las Letanías de los Santos y demás preces propias, la propusieron rezar el Santo Rosario; con muestras de agradecimiento aceptó, le comenzaron y ella con atención constante y el movimiento todavía perceptible de los labios, le seguía. Hacia la tercera Ave María del quinto misterio, inclinó la cabeza al lado derecho, y sin agonía, ni signo alguno de angustia, clavada en la cruz como su Maestro, rindió el último suspiro.

Era el toque del “Ángelus”, la última llamada del pueblo cristiano a la Madre celestial para que se digne escuchar su saludo. Nada se vio exteriormente, pero no pudo faltar a la cita que tantas veces la había dado Saturnina para aquella hora solemne y triunfal: confianza como la de Sátor no puede dejar sin efecto ternura como la de María.

Era la caída de la tarde cuando se completa la tarea de los trabajadores, porque Saturnina en pocos años había cumplido larga carrera.

Era por fin, y sobre todo, la víspera del Corazón de Jesús, fiesta patronal del noviciado y décimo aniversario de aquel día en que Sátor, niña de pocos años se retiró al secreto de su habitación para pasar la primera hora santa consolando a Jesús en sus angustias de Getsemaní.

La Santísima Virgen no vino a buscarla en un día de su fiesta; el oficio de María es llevar a las almas a Jesús, y quiso en esta ocasión sensibilizarlo, presentándole en las primeras vísperas de su Corazón una de las “flores” más fragantes y bellas que han germinado en el huerto de la “perfecta devoción” a María.

Al día siguiente, también al atardecer, a otro toque de Ángelus, rezado por el propio sacerdote revestido, y toda la comunidad ante el cadáver, salía el cuerpo de Sátor para el camposanto d Salamanca. Allí quedan los despojos: el botón de la rosa, su alma purísima, la había trasplantado la Virgen al jardín de la Gloria.

Estaré con vosotros.

“Aunque me separe de ustedes con el cuerpo, si Dios quiere con el espíritu nunca los dejaré”. Esto había escrito a los suyos muchas veces Saturnina y las bendiciones de todo género, sobre todo espirituales que han llovido sobre ellos, lo confirman plenamente. Hasta de intervenciones extraordinarias hablanalgunos; pero es pronto para traerlas aquí.

Sus amigos también la invocan, y creen experimentar los efecto de su intercesión.

Por tratarse de una íntima de Sátor, que había de seguirla muy pronto al cielo, se aduce aquí el caso siguiente, tal como lo relata un testigo presencial.

“Todos temíamos para Herman Gloria la llegada de la hora suprema, por el terror que le inspiraba el solo pensamiento de morir. Súbitamente le llegó la hora, cuando ya estaba muy mejorada de su enfermedad; y con sorpresa y grande alegría vimos cómo se arrojaba en los brazos de Dios con entera resignación, para que se cumpliese en ella la adorable voluntad. Después de recibir con gran paz la Extremaunción y de recomendarnos que no llorásemos nos dijo:

“Herman Saturnina me anunció que se moriría antes que yo, y que me vendría a buscar. La contesté que no viniese porque me daba mucho miedo, y me prometió que vendría de modo que no me asustase. ¡Y qué bien lo ha cumplido! Todos los sacrificios se pueden hacer por la dicha de morir en la religión”

Todo esto en un viernes a las once de la noche y todavía el sábado a las seis lo volvía a recordar. Poco después falleció con muerte envidiable ensalzando las divinas misericordias.

¡Qué bien debe estar Sátor cuando así se acuerda d cumplir sus promesas!.

Favores espirituales (y en especial el espíritu de confianza que animaba a Hermana Saturnina) son sobre todo los que por su intercesión creen recibir quienes se le encomiendan.

“Cuando me enteré de la muerte de Hermana Saturnina- dice una antigua compañera- la pedí me dejase en herencia aquella su confianza que tanta paz daba su vida. Y no cree Vuestra Reverencia que esta nueva fase de mi vida es efecto de su intercesión? Mucho la pido que sepa imitarla”.

Por su parte dice la Madre Maestra: “Es admirable el efecto que su recuerdo está ejerciendo entre sus connovicias: son varias las que atribuyen a su influencia la confianza que tienen en su espíritu, de la cual antes carecían, el vencimiento de carácter, mostrándose amables con todos”.

No es hora todavía de entrar en pormenores; ni se escribieron estas páginas con miras a producir admiración en los ánimos; sino al revés, ara presentar un ejemplo vivo de cómo se puede servir a Dios calladamente, llegar a las alturas del amor por los medios en apariencia más insignificantes.

EPÍLOGO

“PAJECITO DE LA VIRGEN”

De colegial firmaba Sátor sus papeles con las iniciales H.M., *Hija de María*.

Más adelante se llamó *esclava*.

A estos dos títulos no renunció nunca; pero según crecía en el conocimiento y amor de su Madre y Señora, fue adoptando para sí apelativos más modestos.

No era desconfianza ni falta de ternura; era ansia de unión cada vez más estrecha, hasta fundirse o perderse en la soberana grandeza de la Madre de Dios.

Cosa de la Virgen.

Los antiguos señores se arrogaban poder tan omnímodo sobre sus esclavos que les trataban como *cosas* de su propiedad. Era abuso inicuo que clamaba venganza al cielo.

Pero este dominio absoluto que no puede atribuirse ningún hombre sobre otro, se le debemos todos a Dios, en justicia.

Sátor con la espontaneidad ingenua de quien se deja conducir por el Espíritu Santo, aspiraba a este total renunciamiento de su persona, hasta “olvidarse d sí como si no existiera”, y convertirse en *cosa* de Dios, *cosa* dela Virgen.

Como *los esclavos* eran *cosas* de sus señores, así *las cosas* son los mejores *esclavos* de Dios. Nuca quebrantan sus mandatos ni ponen resistencia a sus designios, por variados y opuestos que sean los ministerios que su Providencia divina les encomienda:

“Todo cumple su fin mansamente,
Todo sigue un mandato de amor.”

La aspiración de convertirse en *cosa* de Dios que tenía Sátor es argumento elocuente de la espiritualidad amable y maciza, de la sobrenatural prudencia que logran en poco tiempo los que se consagran a la Virgen, y siguen dóciles su amoroso magisterio.

En el cielo.

Para Sátor la muerte no era rompimiento definitivo ni sustancial con las almas que aquí quedaban, sino mudanza, cambio de residencia, que sólo atañe a lo sensible.

Sólo al fin de sus días lo comprendió del todo y mediando el dogma consolador de la *comunión de los santos*, pudo tranquilizarse de no trabajar en China por la conversión de los niños infieles.

-Misionaré desde el cielo – decía luego alegre a sus Hermanas.

Y también:

-Iré a China antes que ninguna de mis compañeras.

Desde el cielo iba a ser la “recadera” entre Dios y las almas.

Es el oficio propio de los *ángeles*, cuyo nombre significa “mensajero”.

Pero, llamarse a sí misma “ángel”, no se lo consentía a Sátor su humildad.

Pajecillo.

En cambio conocía Sátor muy bien el oficio de ciertos muchachos, casi niños, que ataviados con trajes vistosos, sirven en los establecimientos de lujo o en ciertas casas opulentas para traer y llevar los recados. En Valladolid se los llama “botones”, en atención, sin duda, a los muchos y muy visibles con que está adornado su elegante uniforme.

No le parecía a Sátor indigno del cielo el oficio de *botones*, que, atento a la menor señal, y “fijos siempre los ojos – como dice el Profeta – en las manos de sus señores”, espía el menor signo con que se le intime un mandato, y es modelo acabado de la fidelidad sencilla y alegre en el servicio.

Por eso repetía Sátor que en la gloria, ella iba a ser el “Botones de la Virgen”.

Sus Hermanas la dijeron, que los reyes no tienen a su servicio “botones”, sino *pajes*.

A ella no le pareció decente introducir *motu proprio* reformas en el formulario de protocolo, y desde entonces empezó a decir que, pues en el cielo no hay “botones”, ella sería el “Pajecito de la Virgen”.

El título de “paje” lleva consigo distinción y nobleza: es empleo, o mejor, categoría reservada a los hijos de grandes personajes; cuadra, pues, muy bien a los servidores de Dios en la gloria.

Almas sencillas.

Que habéis leído esta historia; no sé qué planes tendrá trazados la Divina Providencia sobre cada una de vosotras.

Más... *esclavos* o *pajecitos* de Dios en las faenas caseras y oscuras; capitanes adelantados de Jesucristo en las conquista de las almas o en los cargos culminantes de la sociedad; sed siempre y en todo *servidores suyos*, con la sublime sencillez de los santos, con la candorosa simplicidad de Saturnina.

“Cosa y flor de la Virgen, en la tierra,

“Pajecito o Botones” suyo, en el cielo.

I. D. et B. M. V.

I N D I C E

Prólogo.....	4
Semblanza Misional.....	5
Introducción.....	9
I.- Flor de los campos.....	11
II.-Flor sin espinas.....	25
III.-Flor escogida.....	45
IV.-Flor de María.....	56
El buen olor de Jesucristo.....	58
Savia vivificante.....	68
Luz y calor.....	76
Las pruebas del amor.....	90
V.- En olor de suavidad.....	97
Ecos de Getsemaní.....	106
En el altar.....	117
EPÍLOGO.-Pajecito de la Virgen.....	125